

● **La izquierda contra el franquismo.**

Miguel Romero (editor), Martí Causa y Ricard Martínez (LCR), Jtxo Estebaranz (libertarios), José Antonio Errejón (PTE), Francisco Letamendia (abertzales), Xavier Domènech (PCE)

● **Túnez. Accidente y revolución.**

Santiago

Alba Rico ● **Cuba. El socialismo democrático ante las actuales reformas.**

Armando Chaguaceda y Ramón I. Centeno ● **FSM de Dakar. La ocasión perdida.**

Josu Egireun ● **Francia. El NPA en la encrucijada.**

Josep Maria Antentas ● **Política, conflicto y populismo (II).**

También en Europa: posibilidades populistas en la política europea y española.

Iñigo Errejón ● **In memoriam. Jean Haíra**

1
el desorden
global

- Túnez**
Accidente y revolución. *Santiago Alba Rico* **5**
- Cuba**
El socialismo democrático ante las actuales reformas.
Armando Chaguaceda y Ramón I. Centeno **13**
- Foro Social Mundial de Dakar**
La ocasión perdida. *Josu Egireun* **25**
- Francia**
El NPA en la encrucijada. *Josep María Antentas* **31**

2
miradas
voces

- El escenario de una especulación. *Álvaro Minguito. Carmen Ochoa Bravo* **41**

3
plural
plural

- La izquierda contra el franquismo**
Presentación. *Miguel Romero* **47**
La LCR y la izquierda radical (1966-1975). *Martí Caussa* **49**
El choque contra la Transición. *Miguel Romero* **56**
La LCR más allá del franquismo: de la "unidad trotskista" al Partido de los Revolucionarios
y la fusión con el MC (1978-1991). *Ricard Martínez i Muntada* **64**
La eclosión de la corriente asamblearia (1969-1975). *Itxo Estebaranz* **72**
El Partido del Trabajo de España. *José Antonio Errejón* **79**
La izquierda abertzale en la pre-Transición (1974-junio 1977).
Francisco Letamendia **87**
El PCE en el proceso de cambio político. La voluntad de ser arte y parte.
Xavier Domènech Sampere **95**

4
plural2
plural2

- Política, conflicto y populismo (II). También en Europa: posibilidades populistas en la
política europea y española. *Iñigo Errejón* **105**

5
voces
miradas

- Primera palabra. Pablo Martín Coble (Madrid, 1960)
Antonio Crespo Massieu **115**

6
in
memoriam

- Jean Haíra, lagun, internacionalista, jusqu'au bout. *Josu Chueca* **121**

7
subrayados
subrayados

- El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano. José Manuel
Naredo y Antonio Montiel Márquez. *José Galante* **123**
La Crisis de la Economía de Mercado (2010). Jesús Albarracín. Adaptación y actualiza-
ción de Daniel Albarracín. *Camilo Espino* **124**
La universidad en conflicto. Capturas y fugas en el mercado global del saber. VVAA.
Joseba Fernández González **125**
Democracia laica y religión pública. Rafael Díaz-Salazar. *Michael Löwy* **126**

SOME RIGHTS RESERVED Esta obra se puede copiar, distribuir, comunicar públicamente o hacer
obras derivadas de la misma, bajo las siguientes condiciones:



Debe reconocer
y citar al autor
original.



No puede utilizar
esta obra para
fines comerciales.



Si altera o transforma esta
obra, se hará bajo una
licencia idéntica a ésta.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/deed.es>

Consejo Asesor

Luis Alegre Zahonero
Nacho Álvarez-Peralta
Iñaki Bárcena
Martí Caussa
Íñigo Errejón
Sandra Ezquerria
Ramón Fernández Durán
José Galante
Pepe Gutiérrez-Álvarez
Pedro Ibarra
Petxo Idoyaga
Gloria Marín
Ladislao Martínez
Bibiana Medialdea
Justa Montero
Daniel Pereyra
Enric Prat
Begoña Zabala

Redacción

Josep María Antentas
Andreu Coll
Antonio Crespo
Josu Egireun
Manolo Garí
Roberto Montoya
Alberto Nadal
Carmen Ochoa
Jaime Pastor
Carlos Sevilla
Pilar Soto
Miguel Urbán Crespo
Esther Vivas

Editor

Miguel Romero

Diseño original

Jérôme Oudin & Susanna Shannon

Maqueta

Fernando de Miguel & Judit González
TRAZAS S.L. trazas@telefonica.net

Redacción

C./ Limón, 20 – Bajo ext-dcha.
28015 Madrid. Tel. y Fax: 91559 00 91

Administración y suscripciones

Josu Egireun. Tel.: 630 546 782
suscripciones@vientosur.info

Imprime

Varoprinter.
C/ Artesanía 17. Pol. Ind. de Coslada.
28823 Coslada (Madrid).

DL: B-7852-92

ISSN: 1133-5637

Propuesta gráfica a partir de fotografías de Xabier Idoate, artista y profesor de la Universidad del País Vasco – Euskal Herriko Unibertsitatea

Puntos de difusión de VIENTO SUR

Barcelona

Espai Icaria
Arc de Sant Cristófol, 11-23
(08003).

La Central del Raval
Elisabets nº6. (08001).

La Central
Mallorca, 237. (08008).

La Ciutat Invisible
Riego, 35, baixos.
(080014).

Laie
Pau Clans, 85. (08010).

Librería Documenta
Cardenal Casañas, nº4.
(08002).

Bilbao

Librería Cámara
Euskalduna, 6. (48008).

Córdoba

Espacio Social y Cultural
Al Borde
Conde de Cárdenas, 3
(14003).

Granada

Librerías Picasso
Obispo Hurtado, 5
(18002).

Huesca

Librería Anónima
Cabestany, 19. (22005).

Las Palmas de Gran Canaria
Asociación Canaria de Economía Alternativa
Café d'Espacio
Cebrián, 54. (35003).

Madrid

Librería Fuentetaja
San Bernardo nº 48
(28015).

Librería Antonio Machado
Fernando VI nº 17
(28004).

Librería Rafael Alberti
Tutor nº 57. (28008).

La Libre
Arguosa nº 39.
(28012).

La Marabunta
Torrecilla del Real, 32
(28012).

Librería Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense
Campus de Somosaguas
Traficantes de sueños
Embajadores nº 35
(28012).

Kiosk
San Millán / Plaza
Cascorro. (28012).

Málaga

Librería Proteo
Pta Buenaventura nº 3
(29008).

Oviedo-Uviéu
Conceyu Abiertu
La Gascona, 12 baxu A
(33001).

Tienda de Comercio Xustu
"L'Arcu la Vieya"
El Postigu Altu 14, baxu
(33009).

Pamplona-Iruñea
Zabaldi (Casa Solidaridad)
Navarrería, 23, bajo
(31001).

La Hormiga Atómika
Liburuak
Curia 2, bajo. (31001).

Santander

La Libre (librería alternativa)
Cisneros, 17. (39001).

Sevilla

Ateneo Tierra y Libertad
Miguel Cid, 45

Valencia

Librería tres i quatre
Octubre Centre de Cultura Contemporània
San Ferrán, 12
(46001).

Valladolid

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
(47002).

Vitoria-Gasteiz
ESK
Beethoven, 10, bajo
(01012).

Zaragoza

Bar Barrio Sur
San Jorge, 29
(50001).

Papelería Germinal
Sepulcro, 21
(50001).

Librería Antígona
Pedro Cerbuna, 25
(50009).

Librería Cálamo
Plaza San Francisco, 4
(50009).

Kioskos
- Plaza San Francisco
(50009).
- San Juan de la Cruz, 3
(50009).

Se decía: “el imperialismo es una época de guerras y revoluciones”. Y sonaba optimista, porque las guerras engendrarían revoluciones y las revoluciones serían victoriosas. Un siglo después, no han quedado ni las ruinas de ese optimismo, esa perversa ilusión de la recompensa segura al final de las batallas trágicas y necesarias. En cambio, los acontecimientos que se desarrollan desde finales del 2010 en los países árabes responden bien a la vieja imagen de imperialismo, guerras y revoluciones.

Esta vez, llegaron primero las revoluciones con su capacidad creativa y su generación de entusiasmo y de contagio intactas, despertando las potencias dormidas de los pueblos oprimidos, desordenando el mundo, por fin, en el buen sentido. **Santiago Alba Rico** viene escribiendo crónicas sobre la revolución en Túnez, originales e inspiradoras. En su artículo reflexiona sobre el sentido y las perspectivas de la revolución, cuando hay que pasar de la lírica a la política, de las fórmulas generales al análisis de las situaciones concretas.

Y llegan también las guerras, ya en acto o como próxima amenaza en Bahrein, Yemen y, sobre todo, Libia. Será más difícil entender las cosas, ponerse de acuerdo. Pero se puede confiar en que, al menos en Túnez y en Egipto, siguen vivos procesos revolucionarios. Hay que estar muy cerca de ellos. Lo estaremos a nuestra manera, desde la web.

Se nos reprocha frecuentemente lo poco que publicamos sobre Cuba. La verdad es que no resulta nada fácil encontrar buenos textos. Cuando lo encontramos lo publicamos. Así lo hacemos con el análisis de **Armando Chaguaceda** y **Ramón I. Centeno** sobre los “Lineamientos de la Política Económica y Social” que serán, sin duda, aprobados en el próximo congreso del Partido Comunista Cubano. Además los autores se arriesgan a proponer alternativas desde un punto de vista socialista y democrático, que pueden sonar muy alejadas de las posibilidades actuales, pero si no es por ese camino, parece inevitable la desintegración de lo que todavía pueden considerarse “logros de la revolución”, que por otra parte sólo ocupan espacio retórico en los documentos preparatorios del congreso.

En cambio venimos dedicando una atención amplia y sistemática al Foro Social Mundial y al Nuevo Partido Anticapitalista. Por una infeliz coincidencia, publicamos ahora textos que dan cuenta de situaciones muy difíciles en ambos casos.

Desde hace ya mucho tiempo, el Foro Social Mundial viene perdiendo la capacidad que tuvo originalmente para ser un referente internacionalista. **Josu Egireun** considera que el Foro de Dakar continúa en la misma dirección. Es verdad que no hay recambio, pero esa no es razón suficiente para permanecer. En Dakar se convocó una Jornada Internacional de solidaridad con los Pueblos

Árabes para el 20 de marzo. Quizás haya habido alguna acción respetable y valiosa en algún país. Pero la jornada no ha existido. La solidaridad internacional contra el capitalismo y el imperialismo tiene que buscar nuevos caminos.

El NPA nació con fuerza e ilusión hace dos años. En Francia, pero también más allá de Francia, fue considerado como la prueba de que se había iniciado una nueva y prometedora etapa para la construcción de organizaciones de la izquierda política anticapitalista. Incluso, a veces, fue considerado como un modelo, más o menos lejano. La experiencia ha resultado mucho más dura de lo que se imaginó. Pero no es difícil entender las dificultades que se han mostrado en el reciente congreso, que responden a los grandes problemas que tiene que afrontar ahora cualquier organización anticapitalista: fundamentalmente, a mi parecer, la política unitaria a la izquierda de la socialdemocracia, a escala nacional y europea; la necesidad de que la política concreta predomine sobre la propaganda anticapitalista; y la transformación del “partido de vanguardia” al “partido plebeyo” enraizado en eso que en Francia llaman “el pueblo de izquierdas”. **Josep Maria Antentas** expone sus propios puntos de vista sobre estos temas.

A partir de este número vamos a contar con una colaboración fija en esta sección, que reduce el espacio de texto con lo que todos salimos ganando. Tres grandes dibujantes, Azagra, Miguel Brieva y Eneko, se turnarán con sus dibujos en este espacio. Su compañía es un honor. Empezamos con un dibujo de **Azagra** que evoca imágenes que nos llegan de los países árabes.

M.R.

Azagra



1 el desorden global

Túnez

Accidente y revolución

Santiago Alba Rico

Rida Ridawui, un abogado tunecino conocido por su compromiso y apoyo a los cambios democráticos en el país, decía de un modo provocador que “*la revolución en Túnez se había producido por accidente*”. Con ello no quería disminuir la importancia de lo ocurrido ni sus potencialidades emancipatorias sino señalar dos elementos esenciales sin los cuales es difícil evaluar las causas y anticipar los efectos del levantamiento popular iniciado el 17 de diciembre de 2010: el azar imprevisible que lo puso en marcha y la pura afirmación rebelde que lo lanzó más allá de la conciencia misma de sus participantes. Nadie podía prever la mortal protesta individual de Mohamed Bouazizi frente a la enésima humillación cotidiana de la policía; nadie podía prever que la mortal protesta individual de Mohamed Bouazizi frente a la enésima humillación cotidiana de la policía fuese a hacer caer al dictador Ben Alí y a ondular de arriba abajo el mundo árabe. Lo más sorprendente de las revoluciones es que ocurran; pero no tiene nada de extraño que *hayan ocurrido*. El “accidente” de Sidi Bouzid, cuna de Bouazizi y de las revueltas tunecinas, iluminó la lógica implacable que llevaba necesariamente hasta él; y los acontecimientos que desencadenó demostraron hasta qué punto ese gesto de desesperación no era ni desproporcionado ni caprichoso ni individual: se ajustaba de la manera más coherente a la situación general. Podía no haber sucedido nunca, es verdad, porque hay miles de leyes apodícticas que no se materializan jamás; podía no haber sucedido nunca porque lo necesario, en cualquier caso, sólo sucede *por azar* (y por voluntad). Pero, una vez lo necesario irrumpe, lo sorprendente es la sorpresa que nos produce; lo sorprendente es que no haya irrumpido antes.

La situación general había sido ya expuesta en abril de 2005 en el informe encargado por la PNUD a una grupo de intelectuales árabes:

De acuerdo a los estándares del siglo XXI, los países árabes no han resuelto las aspiraciones de desarrollo del pueblo árabe, la seguridad y la liberación, a pesar de las diversidades entre un país y otro a este respecto. De hecho, hay un casi completo consenso en torno a la existencia de graves carencias en el mundo árabe, y la convicción de que éstas se sitúan específicamente en la esfera política.

Corrupción, clientelismo mafioso, parcialidad de la justicia, tribunales de excepción, violencia contra la “sociedad civil”, desigualdad económica, el informe incluía también una denuncia de la ocupación de Palestina e Irak como obstáculos decisivos para la democratización de la zona: “Tras dismantelar el antiguo Estado, las autoridades al mando de Estados Unidos han dado pocos progresos a la hora de construir uno nuevo”. Era una forma cortés de aludir al enorme esfuerzo –al contrario– que EE UU y la UE han hecho en esta zona del mundo para impedir la democracia. Tras los atentados del 11-S y la invasión de Irak, la administración Bush había comprendido la necesidad de hacer algunas concesiones que maquillaran los regímenes amigos sin cuestionar su poder o –como gustan decir los bombardeadores– su “estabilidad”.

Las reformas constitucionales en Túnez y Egipto, las elecciones familiares en Arabia Saudí y los pomposos y perversos comicios en Irak, junto a las manifestaciones masivas en Beirut, llevaron a algunos propagandistas a hablar en 2005 de una “*primavera árabe*”. El informe del PNUD venía a corregir esta visión soñadora para hablar con aspereza de “*un agujero negro*” y “*una catástrofe inminente*” asociada a una “*explosión social*” que podía, según sus previsiones, provocar “una guerra civil”. Sus propuestas y su lenguaje, en todo caso, se ceñían muy claramente a los límites de las reformas liberales y a los anhelos de una “buena gobernanza” concertada entre los Estados árabes y sus poblaciones.

En ese mismo mes de abril de 2005, sin embargo, el analista Gilbert Achcar veía con toda claridad la ilusión fraudulenta de la “*primavera árabe*”, tomaba distancias frente al informe de la PNUD y anticipaba una sacudida que hoy, seis años más tarde, nos resulta sorprendentemente natural:

Un estudio libre de toda restricción institucional concluiría más bien en la necesidad de una unión de las fuerzas democráticas con el fin de imponer desde ‘abajo’ cambios radicales, que serán menos violentos en la medida en que sean masivos, como lo ha demostrado ampliamente la historia y como también lo confirma la actualidad reciente. Además, en esta parte del mundo donde subsisten numerosos Estados patrimoniales, en los cuales todavía las familias reinantes se apropian de una parte considerable de los recursos nacionales, agrícolas y mineros, no podría haber consolidación de la democracia sin una importante redistribución de la propiedad y de los ingresos. Por eso parece mucho más ilusorio instaurar de manera duradera las libertades y la democracia por medio de una acción concertada con una parte de las clases dirigentes en el mundo árabe actual que, mucho antes, en las monarquías absolutas europeas o, hace poco, en las dictaduras burocráticas de Europa central y oriental.

Así fue, así pasó, así está pasando. El informe de 2005 de la PNUD definió negativamente la unidad del mundo árabe, que desde hacía décadas aparecía fragmentado, desordenado, difícil de integrar en cualquier forma de descripción

homogénea: ahora el concepto de “dictadura” venía a vincular orgánicamente ampulosas monarquías teocráticas con pseudo-repúblicas laicas en el marco de una frustración política, cultural y vital al mismo tiempo panárabe y pandémica. Las reflexiones de Achcar dejaban claro, por su parte, que la democratización de las dictaduras árabes, en las que política y economía se fundían inextricablemente, implicaba necesariamente una ruptura institucional revolucionaria y una redistribución social de los recursos. No se podía negociar nada con los Estados; había que tumbarlos.

La situación local de Túnez, por debajo de los espejismos, se ajustaba plenamente a la situación general. Provinciana y periférica, mimada por la UE y los EE UU, adulada por el FMI, fotografiada por los turistas, ignorada por los grandes medios europeos, la nación norteafricana parecía sustraerse en la imaginación a todos los males de la región. ¿No era un país “moderado”? ¿No ocupaba el puesto 41 en el ranking de desarrollo humano? ¿No tenía un crecimiento del 5% anual? Españoles, italianos, franceses, ¿no invertían sin parar en el sector turístico y textil? ¿No era el país más competitivo y el más “occidental” de África? Todavía hoy, dos meses después del 14 de enero, la entrada “Túnez” de la Wikipedia afirma con desparpajo: *“A Túnez le faltan los inmensos recursos naturales de los países vecinos, pero la dirección económica cuidadosa y exitosa ha traído una prosperidad razonable”*. La dirección económica *“cuidadosa y exitosa”* había puesto en torno al 60% del PIB en manos de la familia gobernante –la de Ben Alí y su esposa, Leyla Trabelsi– en un proceso de privatización feudal-capitalista beneficioso para los grandes intereses extranjeros y ruinoso para las regiones más desfavorecidas del país. De pronto, tras la fuga del tirano, los gobiernos que apoyaban el régimen de Ben Alí y los medios que lo ignoraban, descubrieron que Túnez era un país dictatorial, corrupto y pobre. A veces muy pobre. La fractura tradicional Este/Oeste no ha dejado de agravarse en las últimas décadas y, frente al modesto desarrollo de las costas orientales, el centro y suroeste se han mantenido sumergidos en un abismo completo y humillante. Vías de tren abandonadas desde la época colonial, carreteras comidas por la arena y los arbustos, sin hospitales ni escuelas ni obras hidráulicas que permitan desarrollar la agricultura, el Estado mafioso de Ben Alí, sin embargo, no olvidaba a los parados y a los pobres, hasta los que alargaba sus tentáculos para succionarles, como ácaros o chinches, sus últimas fuerzas y sus últimos recursos. Para entender bien el impulso revolucionario tunecino –y árabe en general– y la fuerza material de sus consignas abstractas (dignidad y democracia) es necesario llamar la atención sobre este proceso general, íntimo, capilar, de contaminación popular a manos de un poder que no desdeñaba ninguna fuente de riqueza, por modesta que fuera. Todos los tuneceños, pero muy particularmente los de las regiones del interior, tuvieron que dejarse mancillar durante años, cotidiana e ininterrumpidamente, por unas instituciones con las que tenían que negociar todos los minutos del día, y ante las

“El grito *karama* (dignidad) era y sigue siendo el impulso rabioso de una catarsis compartida que incluye todos los órdenes de la existencia, íntimos y colectivos y el grito *dimocratiya* (democracia) demanda, más allá de las transformaciones institucionales, también trabajo, escuelas, hospitales, distribución justa de los recursos del país”

que tenían que inclinarse todos los segundos de cada hora, para reproducir su vida desnuda, su pura existencia biológica. La dictadura política y policial se desprendía naturalmente de este sistema de corrupción general; para robar a todos y cada uno de los tunecinos –en los pueblos más lejanos, a los cuerpos más desamparados– era necesario humillarlos, ofenderlos, encadenarlos, golpearlos y enfangarlos sin cesar. El grito *karama* (dignidad) era y sigue siendo el impulso rabioso de una catarsis compartida que incluye todos los órdenes de la existencia, íntimos y colectivos; y el grito *dimocratiya* (democracia) demanda, más allá de las transformaciones institucionales, también trabajo, escuelas, hospitales, distribución justa de los recursos del país. Esta fusión totalitaria entre dictadura, corrupción y pobreza explica por qué en Túnez, como en el resto del mundo árabe, la democratización pasa necesariamente por una ruptura institucional y una recuperación de soberanía nacional.

Naturalmente, la revolución tunecina –a nadie puede sorprenderle– no es una revolución socialista. Lo que sí es sorprendente, aquí como en Egipto, es que no ha sido tampoco –o aún menos– una revolución islamista. Condenados por occidente al letargo oriental o al fanatismo religioso, tunecinos y egipcios, sin ninguna tutela o dirección, han reclamado ingenuamente, seriamente, sacrificando sus vidas, esa cosa que a tantos parece vacía o engañosa: “democracia”. No han lanzado esta palabra al aire angelical de las ideologías abstractas. La han arrojado violentamente *contra nosotros*, se la han echado en cara a las potencias occidentales que apoyaron a los dictadores y que no han dejado de intervenir para reproducir dependencias políticas, económicas y culturales. “*No queremos una democracia importada*”, “*no queremos lecciones de Francia*”, “*no a la intervención extranjera*”, eran consignas repetidas una y otra vez en la doble ocupación de la Qasba de Túnez (del 21 al 28 de enero y del 20 de febrero al 4 de marzo) y que expresan claramente la dinamita anti-colonial contenida en las demandas políticas de los árabes. Francia, Italia, España, EE UU no son el modelo; los países occidentales, al contrario, tienen pendiente su propia democratización.

Como señala el escritor libanés René Naba, la revolución árabe es

la primera revolución democrática del siglo XXI que se ha llevado a cabo, a diferencia de las de los pueblos de Europa del Este en la década de 1990, sin ayuda exterior, contra los opresores y los patrocinadores de los opresores, por articulación de la dialéctica del enemigo interior sobre el enemigo exterior.

La revolución tunecina la puso en marcha un “accidente” que implicaba –en esa oscuridad membranosa– a todos los tunecinos, pero muy especialmente a las víctimas de las tres infamias conniventes (dictadura, pobreza y corrupción). Una vez desencadenada, la estrategia de las potencias ex-coloniales, y sobre todo de EE UU, ha sido la de convertir los levantamientos árabes en “revoluciones postmodernas” de blogueros y ciberactivistas, privilegiando ciertos sectores de clase media descontentos con las dictaduras, pero que se conforman ya con algunas transformaciones formales –nada desdeñables, por lo demás– en el terreno político. Si se tiene en cuenta que casi el 80% de los egipcios vive bajo el umbral de la pobreza y que en las regiones del interior de Túnez, abandonadas y sin recursos, en torno al 60% de la población juvenil no tiene trabajo, podemos ya evaluar la manipulación interesada que subyace a esta versión difundida por los medios. Mohamed Bouazizi, el vendedor ambulante que se inmoló el 17 de diciembre, procedía de Sidi Bouzid, la zona más campesina del país; Qasserine, la ciudad donde más jóvenes murieron durante las revueltas, es una ciudad obrera devastada por el paro; Gafsa, otra de las ciudades más belicosas, es el centro de la cuenca minera, escenario en 2008 de una insurrección popular brutalmente reprimida que preparó, en cualquier caso, las jornadas de enero de 2011. Al contrario de lo que es tradicional, la revolución, en el caso de Túnez, ascendió claramente de la periferia al centro, donde sólo en el último momento se sumaron las clases medias (profesiones liberales, intelectuales, artistas) que hoy ya se desmarcan de ella. Como escribe el analista tunecino Fathi Chamkhi, se trata, al mismo tiempo, “*de una revolución social, democrática y nacional*”. También internacional, en el sentido de que, mediante esta sacudida, Túnez se ha reinscrito de forma inesperada en el mundo árabe refundando al mismo tiempo, frente a la Umma o comunidad islámica, la unidad material y política de un nuevo mundo árabe insurgente. Ya no es el panarabismo de Nasser y Bourguiba, padres de una independencia malograda y finalmente antidemocrática que ahora hay que “volver a hacer”. Pero no es una exageración considerar los levantamientos del mundo árabe como una “segunda independencia”, como un volver a empezar contra la intervención colonial y contra las dictaduras locales. Eso explica la rehabilitación de los himnos y banderas nacionales e incluso, si se me apura, la reaparición en Libia de la bandera que llaman “monárquica”, pero que es en realidad la bandera de la independencia (frente a la de la Yamahiriya, símbolo de la dictadura de Gadafi).

¿Qué se puede esperar en Túnez? ¿Qué se ha conseguido ya? ¿Qué hemos aprendido?

Desde el día 14 de enero, la presión popular ha logrado tumbar tres gobiernos, forzar la dimisión de 24 gobernadores e imponer elecciones para una Asamblea Constituyente. La ocupación dos veces de la Qasba, sede del primer ministro y del Ministerio de Finanzas, dejó bien clara una fractura de clase que no podrá ser contenida con puras medidas formales ni promesas siempre aplazadas. La izquierda, por su parte, está tratando de aprovechar este inesperado espacio abierto por el impulso popular para reorganizarse y, si ha sido sorprendida a contrapié, como los islamistas y la UE, cuenta con algunas pequeñas ventajas comparativas. La constitución del Frente 14 de Enero, coalición de partidos marxistas y “patrióticos” hasta ahora divididos, anticipa la posibilidad fundada de una mayoría relativa en la futura Asamblea Constituyente escogida el próximo 24 de julio. Para ello, habrá que mantener esa unidad y trabajar sobre el terreno a partir de un mapa político cuarteado y poco homogéneo. Durante los años de dictadura, las fuerzas progresistas ilegales tuvieron que actuar a la sombra gigantesca de la UGTT, el poderoso sindicato oficial cuya dirección colaboró y se benefició de la corrupción *benalista*. Un recorrido por la geografía tunecina evidencia la diferente musculación política de las ciudades y pueblos, según la mayor o menor presencia de la izquierda en los sindicatos locales. En algunos lugares –Redeyef, en la cuenca minera, es emblemático– hay autogestión comunera; en otros espontaneísmo bravo; en otros desesperación sin molde; en otros ya –sobre todo en los medios pequeñoburgueses de la capital– reivindicación del “orden y la estabilidad”. Junto al esfuerzo de organización, la izquierda tunecina aborda la necesidad de nuevas movilizaciones contra los rescoldos muy activos del aparato del Estado dictatorial, todavía intacto y empeñado en una obra permanente de represión y terrorismo selectivo, y contra todas las formas de intervención extranjera, económicas y militares, que se ciernen sobre la región.

Túnez nos ha enseñado ya al menos dos cosas. Una tiene que ver con las nuevas clases revolucionarias y las viejas técnicas de organización. Es cada vez más necesario encontrar bisagras que enganchen y permitan el juego articulado entre la horizontalidad del impulso y la verticalidad de la organización. Esas bisagras, más que virtuales, siguen siendo “lugares antropológicos” que ciñen e integran flujos muy movedizos. Lo que ha habido en Túnez, como en Egipto, ha sido sobre todo dos espacios de fuerte concentración simbólica y política: la plaza de Tahrir en El Cairo y la plaza de la Qasba en Túnez capital (junto con otras decenas de centros de debate y formación política acelerada en todas las ciudades y pueblos de los dos países). Durante muchos días estos espacios –trabajados también por partidos y organizaciones– han constituido una mezcla de ágora, academia e institución pública improvisada en la que cientos de jóvenes han hecho una especie

de curso intensivo de formación política y solidaridad social consciente. Es la demostración de que, si bien la red y facebook han sido de vital importancia para la movilización, los espacios físicos y las reuniones “corporales” siguen siendo fundamentales como marcos al mismo tiempo de aprendizaje y organización. Desde ellos irradia ahora, de vuelta a los lugares de origen, un conocimiento que ningún político profesional podría jamás difundir en los medios populares, muy suspicaces frente a las instituciones y los políticos. Los cientos de “*pueblerinos luminosos*” –como los llamaba Alma Allende– que se resisten a “*volver a la normalidad*” son ya militantes sin partido que reparten en las regiones, maestros de leva, líderes de aluvión, nuevos valores y nuevas formas de conciencia.

La segunda enseñanza nos atañe más directamente. Sabemos poco acerca de cómo evolucionarán las revueltas que voltean hoy el mundo árabe entero, desde Marruecos y Argelia hasta Irak, Arabia Saudí, Yemen y Bahrein; y sabemos que, más allá de Gadafi y el petróleo, una posible intervención de la OTAN en Libia podría obstruir y cerrar de golpe este abanico subversivo. Pero lo cierto es que esta Gran Revuelta Árabe –vinculada a la crisis del capitalismo– es de alguna manera ya mundial y pone en aprietos por igual a imperialistas y anti-imperialistas, atrapados en el trágico pero confortable esquema, prolongación de la guerra fría, de amigos y enemigos o, al menos, de aliados y adversarios. Seamos sinceros: una “verdadera revolución democrática” incomoda a todos. Que las zonas consideradas más atrasadas del planeta, contra toda lógica y previsión, emprendan una “revolución democrática” extemporánea que los franceses hicieron en 1789 para nada (o casi nada) no sólo desconcierta a los bombarderos humanitarios, con sus pretensiones de universalidad y sus patentes de democracia, sino también a los que desde la izquierda han motejado de “tramposa” o “fraudulenta” la idea misma de democracia o a los que consideran que la “auténtica democracia” sólo puede ser un efecto secundario del socialismo pero nunca su fuente o su motor. Nos asustaron con Al-Qaeda y el fanatismo musulmán, pero da mucho más miedo, la verdad, esta salvaje reclamación de libertad –y de Asamblea Constituyente y Ley Electoral– que no encuentra apenas partidos u organizaciones en las que confluir, debilitadas por las dictaduras, y que puede volcarse *en cualquier dirección*. Da miedo y con razón. Pero el socialismo del siglo XXI, si de verdad quiere serlo, tiene que contar con dos nuevos datos, uno geográfico y otro político: un mundo árabe que regresa inesperadamente a la escena de la historia y una avalancha global y sin fronteras contra la tiranía. Un nuevo muro de Berlín está cayendo y lo que se entrevé al otro lado es sobre todo un gran bullicio. Todo puede ser peor, pero todo, en cualquier caso, es ya distinto. Y es la izquierda la que debería hacerse cargo de ese discurso emancipatorio y democrático antes de que lo hagan, como siempre, los bombarderos humanitarios y sus mercados.

Santiago Alba Rico es filósofo y analista político. Publica habitualmente, entre otros medios, en Rebellion www.rebellion.org



Hazte soci@ de la Marabunta

Puedes apoyar el proyecto con tan solo 15 € al mes que luego te llevas en libros, cuando tú quieras, y con un 5% de descuento

Venta en la librería y a domicilio

www.lamarabunta.info



c/ Torrecilla del Leal, 32 (esquina Buenavista) 28012 Madrid <M> Lavapiés. Tlf: 915305555
libreria@lamarabunta.info. Horario: Por las mañanas de 10 a 14 h. Por las tardes de 17 a 22 h.
Fines de semana de 12 a 00 h. Lunes cerrado.



El socialismo democrático ante las actuales reformas

Armando Chaguaceda y Ramón I. Centeno

El próximo VI Congreso del PCC consolidará la reestructuración de escenarios posibles en torno al modelo económico cubano. Al ampliarse el *cuentapropismo* y arraigarse las transformaciones en el sistema empresarial del sector externo, se fortalece la relevancia de las unidades productivas asociadas al mercado. Los retos que su presencia implica para una renovación socialista democrática, requiere formular una agenda realista que impulse la autogestión. Pero los actuales “Lineamientos de la Política Económica y Social” ^{1/} para el cónclave partidista son omisos en esa y otras direcciones de *empoderamiento* de los productores y, en sentido amplio, de los ciudadanos. Urge un modelo de gestión que requiera de la democracia desde el centro de trabajo para su éxito, y así escapar al falso dilema de elegir entre la restauración capitalista y el monopolio burocrático.

Nuevas reformas económicas orientadas al mercado

La etapa económica de Cuba inaugurada hace –cuando menos– dos décadas, obligó a un cambio de políticas económicas y sociales. Junto con el redimensionamiento ministerial y empresarial, se autorizaron el *cuentapropismo* y la inversión extranjera. Los costos sociales generados por la crisis fueron compartidos por toda la sociedad (excepto la élite), pero se mantuvieron servicios sociales y gratuidades, aunque su calidad se degradó. Además, pese a protegerse ciertos grupos vulnerables (ancianos, niños), durante el Periodo Especial, se incrementó la pobreza y la desigualdad (Espina, 2008; Ferriol en Mesa Lago, 2005).

Pero la debilidad económica cubana ha sido una constante, por lo que mayores reformas han sido necesarias para sostener la economía y las políticas sociales de la Isla.

El pasado 1 de agosto de 2010, Raúl Castro comunicó, ante la Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP), el próximo recorte de alrededor de un millón de empleados estatales. Para contrarrestar los efectos de tal medida, el general anunció, también, la ampliación del “*ejercicio del trabajo por cuenta propia y su utilización como una alternativa más de empleo de los trabajadores excedentes, eliminando varias prohibiciones vigentes para el otorgamiento de nuevas licencias y la comercialización de algunas producciones, flexibilizando la contratación de fuerza de trabajo*” (Castro, 2010). Esta apertura a la micro-inversión, dado su carácter compensatorio, traspasa el punto de no retorno. Estamos frente a un decisivo giro ideológico en el pensamiento económico del

^{1/} Disponible en <http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2010/11/proyecto-lineamientos-pcc.pdf>

régimen cubano. El *cuentapropismo* ha dejado de ser comparado con “*pirañas*” capitalistas necesarias (Henken, 2008) y se ha transformado en un vehículo para “*incrementar niveles de productividad y eficiencia*”, alejándose de “*aquellas concepciones que condenaron el trabajo por cuenta propia casi a la extinción y a estigmatizar a quienes decidieron sumarse a él, legalmente, en la década de los noventa*” (*Granma*, 24/10/2010). Han sido integrados al modelo cubano con mayor legitimidad (un verdadero tratado de paz), los propietarios de pequeños restaurantes y cafeterías, talleres de reparación de automóviles, pequeños productores de calzado, taxistas o arrendadores de habitaciones a turistas.

Esta intención de ampliar el sector no estatal busca la incorporación, en un lapso de seis meses a partir de su anuncio, de 250.000 nuevos *cuentapropistas* y otros 215.000 cooperativistas. Sin embargo, aún se carece de un mercado de créditos e insumos. Además, se piensa gravar al sector con impuestos excesivos (de cinco tipos) que se elevan a alrededor del 40% de ingresos, cifra superior a la media latinoamericana. Si bien se cuadruplicará la recaudación fiscal en dos años (2009-2011) de 247 a 1.000 millones de pesos, el gravamen afectará a la sobrevivencia de la mayoría de estos emprendimientos en el corto plazo (Mesa, 2010b).

Esta reforma puso fin a la larga parálisis del gobierno de Raúl, cuyo ascenso, en 2006, había estado rodeado de profundas expectativas de cambio. Su bandera de “*no tenemos derecho a equivocarnos*”, justificante de la inmovilidad adoptada, fue intercambiada por una frenética carrera que culminará en abril de 2011, con el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC).

El pasado 8 de noviembre, Raúl, en presencia de Hugo Chávez, y como reconocimiento a la importancia de la relación con este último, anunció en el Acto Conmemorativo del Décimo Aniversario del Convenio Integral de Cooperación Cuba-Venezuela, la convocatoria al máximo cónclave cubano, el cual tendrá un solo punto: la economía. Para ello, han sido publicados los “Lineamientos de la Política Económica y Social”. Este material, desde ese momento, está circulando entre los militantes del partido para orientar las discusiones pre-congreso, que incluyen a las organizaciones de masas y otros espacios de consulta (que no de toma de decisión) dirigidos a la población.

Este documento corrobora la reorientación del modelo económico cubano, con una nueva redistribución –más desigual– de los costos sociales de la reforma. Los Lineamientos anticipan que se acabarán los “*subsidios y gratuidades indebidas*” (punto 44) y que se procederá a la “*eliminación ordenada de la libreta de abastecimiento*” (punto 162) todo lo cual genera múltiples problemas al atentar contra el ya modesto consumo de los sectores más pobres, los que no reciben divisas del exterior ni logran obtenerlas en Cuba. Esto se verá agudizado por el retorno a los hogares del desempleo masivo, después de medio siglo, ya que no todos los cesados encontrarán un lugar en el sector no estatal.

Lo anterior constituye una amenaza para lo que los Lineamientos llaman “*corazón de las izquierdas*”: la “*cuestión social*”. No definen quién ni bajo qué pará-

metros se fijará lo indebido y lo excesivo. Además de la extinción de la cartilla de racionamiento, cesarán los subsidios a los comedores obreros y se revisarán, al alza, las tarifas eléctricas. Además de la semejanza con los ajustes neoliberales, lo sustancial es la revisión y desmontaje (sin compensación alguna) del pacto social de la Revolución. Los ocho meses desde el discurso de Raúl ante la ANPP hasta el Congreso del PCC, colocan a la sociedad frente a hechos ante los cuales apenas tiene tiempo de reaccionar. Evadiendo una deliberación entre ciudadanos, se introduce, de forma atropellada, una agenda de cambios tecnocrática ².

El documento reconoce o sugiere situaciones que los ciudadanos, intelectuales y (muy probablemente) segmentos de la propia burocracia aprecian como asuntos impostergables de interés social y nacional, desde hace tiempo. Entre estos destacan la desestatización de la pequeña empresa, la ampliación del trabajo por cuenta propia y el cooperativismo, la necesaria sostenibilidad del gasto social, hermana con un aumento del ingreso estatal y la productividad del trabajo. Sin embargo, estas referencias buscan atender, más bien, la necesidad de mayor consenso social como sustento de la gobernabilidad.

Pero los Lineamientos, que orientarán el desarrollo del país en los próximos años, son un listado desordenado de ideas tecnocráticas que no aportan una visión de economía *política*. Tampoco integra, en su mirada *gubernista*, las demandas y problemas de vida cotidiana de la población, y las propuestas expresadas en anteriores consultas (1990, 1993). Desatiende problemas arrastrados desde el anterior Congreso (1997) relacionados con la incompleta recuperación económica, el efecto distorsionador de la doble moneda, la depreciación del salario real, el subconsumo popular acumulado de bienes y servicios y el crecimiento del burocratismo y la corrupción.

El balance histórico que se presenta en estos “Lineamientos” –de 1991 a 2009– es incompleto, pues enfatiza los factores externos y disminuye los internos. No mencionan el fracaso de la “Batalla de Ideas” en tanto estrategia de desarrollo *ad hoc* dominante en los años 2002-2008, ponderando sus consecuencias directas –y efectos políticos de mediano plazo– y las responsabilidades de dirigentes de todo nivel en su aprobación e implementación. Tampoco hace un balance crítico del incumplimiento de los acuerdos económicos del V Congreso (ni sobre la prolongada postergación de éste) ni sobre cómo los nuevos ordenamientos tributarán al Plan 2010-2015 ya elaborado por el Gobierno.

También llama la atención que este documento defina *socialismo* como “*igualdad de derechos e igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos*”. Tal fraseo es insuficiente y no explicita el tipo o modelo de socialismo que desarrollará el país. Silencia qué bienes y servicios no pasarán por el mer-

² Es en el acápite VI Política Social, donde se debería explicitar (y defender) la centralidad del gasto social en la estrategia de desarrollo y en el modelo económico cubano. Este debe estar “anclado” legalmente, de preferencia en la Constitución, con un porcentaje del PIB para evitar los bandazos de políticas sucesivas. Consideramos que las políticas sociales (y en particular los programas que las concretan) deben ser fiscalizados y evaluados antes y durante su implementación.

cado, qué garantías existirán a la apropiación de tierras y propiedades por empresas extranjeras o (hipotéticos) grandes capitalistas nativos. Tampoco se aborda la necesaria participación de los productores y consumidores en el proceso de planificación y la gestión de las empresas, imprescindible para la transición del socialismo *de Estado* a uno *democrático participativo*.

El punto 2 anuncia la incorporación, sobre la base de las formas de propiedad reconocidas en la Constitución, de formas adicionales de gestión económica que “*pudieran contribuir a elevar la eficiencia del trabajo social*”. Pero no sugiere el peso que cada forma tendrá en la economía, aunque se presume por las intervenciones del ministro de Economía –y otros dirigentes y funcionarios– que la estatal centralizada (aunque reformada) seguirá siendo dominante. Tampoco se señala si se pasará a un modelo de economía mixta, cuál será la proporción (y relación) entre plan y mercado dentro de ésta, y qué modificaciones legales sustantivas deben anticipar, acompañar y resultar de la aplicación de reformas económicas.

Las cooperativas no pueden abordarse, como se trasluce del documento y las intervenciones de funcionarios, como una mera forma “*no estatal*” capaz de absorber el desempleo estatal y asumir producciones subsidiarias. El Estado debe incentivar la expansión acotada del cooperativismo al área de industria y servicios donde haya una demanda insatisfecha. Este proceso debe tener propósitos explícitamente políticos (sin por ello ejercer paternalismo ante la ineficiencia de algunas) pues esta forma de empresa/asociación –en un entorno no-capitalista– es una forma alternativa de socialización de la economía, y no una simple modalidad de “*capitalismo colectivo*” como señala el discurso tradicional, aún vigente. Y deben estar amparadas por una “Ley de Cooperativas” acorde a los cambios en curso.

En el apartado II “Políticas Macroeconómicas” no se explicita cómo se financiará el proceso de reformas económicas: si por la inyección de remesas a una expansión del consumo o la inversión de éstas en el sector privado (pese a su importancia en los ingresos nacionales no hay alusiones a éstas en el documento), mediante un paulatino incremento de la productividad, con ingresos petroleros (reexportación de crudo venezolano o explotaciones en Golfo de México), con nuevos créditos externos, etc. En este último punto sigue siendo un problema la abultada deuda externa del país, mayor a la de naciones vecinas tanto en términos absolutos como de relación con el PIB nacional.

Una nueva ecuación (y actores) para la política cubana

En los complejos dilemas de políticas públicas de la encrucijada cubana se están tomando decisiones que fortalecen a los sujetos asociados al mercado. Los “Lineamientos” son relevantes por lo que dicen... pero también por lo que no dicen. Del sector externo cubano se escribe como si no existiera una élite gerencial digna de mención. Mientras con el sector *cuentalpropista* predominó

una relación tensa que en 2010 se convirtió en estratégica, con los gerentes ha predominado el silencio público y el amor privado.

Junto con la ampliación de los pequeños negocios, la coyuntura ratifica la importancia del sistema empresarial vinculado a la economía global, dado el carácter vital de las divisas que se captan por sus exportaciones (Pérez López, 2003; Everleny, Omar, 2010), con las cuales se financia la importación de bienes y servicios que Cuba requiere y no produce, principalmente alimentos ^{3/}. Su adelanto tecnológico respecto del resto del tejido empresarial –donde no circulan divisas– es evidente en tanto este último acusa una extendida obsolescencia de los bienes de capital y muestra una subutilización de la mano de obra formalmente empleada de alrededor del 26,9 % en 2010 (Mesa-Lago, 2010).

No sorprende, entonces, que los gerentes cubanos hayan adquirido creciente relevancia para explicar los cambios políticos en la Isla. El sociólogo Haroldo Dilla los considera una de las alas dominantes del régimen un sector “*representado por los militares*”; la otra es “*el grupo más conservador afincado en la burocracia partidaria*” (2010:13). Para él, ambas facciones tienen una relación conflictiva. Lo llamativo es que parece existir un cambio (aún en curso) en la correlación de fuerzas en la élite dirigente a favor de la intersección de intereses entre el Ejército y el sector externo, lo cual también explicaría la invisibilización, en los Lineamientos, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), cuyo peso tiende a aumentar dentro de las instituciones y sociedad cubanas.

Estos cambios políticos explicarían el magro rol que jugará el Partido –la “*vanguardia de la Nación cubana*” según la Constitución vigente– en su VI Congreso. Este será, en la práctica, un mero aprobador-legitimador de decisiones previamente adoptadas e introducidas por la élite gobernante. La relación entre este organismo y el Estado ha variado de un modo en que el primero se diluye y subordina a las funciones del segundo, evidenciando que su pretendido papel de transmisor de las necesidades sociales hacia el poder es, en realidad, un flujo informativo en el sentido inverso.

La creciente influencia de los gerentes se ha visibilizado más a partir de la expulsión del PCC del prestigioso académico Esteban Morales, luego de que este denunciara, en un artículo publicado en el sitio de Internet de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, en abril de 2010, a “*un grupo de funcionarios de muy alto nivel*” cuya “*corrupción resulta ser la verdadera contrarrevolución, la que más daño puede hacer, porque resulta estar dentro del gobierno y del aparato estatal*” (Morales, 2010). Se refería a dos casos de corrupción; uno, en el Instituto de Aeronáutica Civil de Cuba; y, otro, que involucró a la empresa mixta Río Zaza. ¿Quién y por qué expulsó a Morales del PCC? La interpretación más viable es que intereses vinculados al grupo de los

^{3/} Este punto se conjuga con los problemas del sector agrario. Cuba no está en el camino de alcanzar la independencia alimentaria. Ha habido un lento avance en la entrega de tierras en usufructo –sólo se encuentra en explotación el 25 por ciento de las tierras ociosas (Vidal & Everleny, 2010)- mientras que durante el primer semestre del 2010 se constató una caída del 10% en la producción de alimentos respecto al año anterior.

gerentes de más alto nivel presionó dentro del instituto político para que tomase esta decisión.

En cuanto al involucramiento del Ejército cubano en actividades productivas, este adquirió una envergadura inédita a partir de 1987, con el *Perfeccionamiento Empresarial* aplicado a las empresas de las FAR, que se extendió a las demás empresas a partir de 1998, con el Decreto-Ley No. 187. A partir de entonces, personalidades importantes del ámbito militar comenzaron a sobresalir como ejecutivos. Caso emblemático: el comandante de la Revolución, Ramiro Valdés –quien es uno de los seis vicepresidentes del Consejo de Ministros desde 2009– es también ministro de la Informática y las Comunicaciones desde 2006. Desde su cargo ministerial supervisa diferentes empresas, entre las que se encuentra la que dirigió, personalmente, el Grupo de la Electrónica, que es el que en la Isla controla la producción, venta e importación de productos y servicios electrónicos, software y hardware. Pero no es el único caso: el Ministerio de Turismo, clave en la economía cubana, también está dirigido por un militar, el coronel Manuel Marrero Cruz, desde 2004. Antes de ello, era director de Grupo Gaviota, una empresa insignia del sector turístico surgida del sistema empresarial de las FAR.

Estos cuadros, por ser parte de la élite política, han incidido en un trato inclusivo respecto del conjunto más amplio de gerentes del sector externo. Los miembros más jóvenes no provienen del Ejército, lo cual ha facilitado la emergencia en ellos de un *ethos* que en poco se distancia del mundo empresarial del capitalismo tradicional. Esto es particularmente visible en la comunicación que atraviesa la estructura que el Estado ha auspiciado para representar (sujetar) los intereses gerenciales, una especie de “organización de masas”: la Cámara de Comercio de la República de Cuba (Centeno, 2010).

Los intereses vinculados al mercado, permean la dirigencia política y se extienden por toda la rama del sector externo ⁴. Por ello, el trato que el régimen ha debido articular con la élite gerencial no es un asunto menor. Este sujeto socioeconómico conduce operaciones vinculadas al comercio exterior de las que la economía cubana no puede prescindir. Su nivel de vida privilegiado, en el interior de una sociedad donde reina la escasez, genera confusión en tanto el discurso estatal imperante insiste en la vigencia de los ideales igualitarios del socialismo cubano.

Reconocidos estudiosos de la Cuba contemporánea esperan que la capa gerencial pueda transformarse en una nueva burguesía nativa, constituyendo la fuerza social restauradora del capitalismo en la Isla. A los gerentes cubanos se les ha homologado con los gerentes de empresas soviéticas que, luego del desplome del sistema político de la URSS, pasaron de directores a propietarios en la nueva Rusia. Los primeros compartirían la trayectoria histórica de los segundos, por lo

⁴ Más aún, con la actual ampliación a la pequeña inversión privada anunciada por Raúl, es posible que los gerentes puedan convertir sus grandes ahorros en inversión. Aunque el alcance de la ampliación cuentapropista no permite la aparición de burgueses, sino de pequeños propietarios, se fomentan intereses económicos irresistibles. Así, la actual apertura, que incluye la posibilidad de contratar fuerza de trabajo, señala el espacio legal donde se puede presionar por un mayor espacio a la iniciativa privada.

que aquéllos serían, desde ahora, una burguesía larvaria (Pérez-López, 1999; Domínguez, 2007; Mujal-León y Busby, 2004; Dilla, 2005 y 2010).

Sin embargo, aunque gerentes cubanos y soviéticos comparten una misma ubicación en la estructura industrial, se desenvuelven en contextos políticos distintos. Para que los eslavos buscaran la privatización, no bastó con reformas económicas orientadas al mercado (la perestroika) pues influyó, de forma decisiva, el contexto de lucha y división política al interior de la élite en la URSS bajo el mandato de su último presidente, Gorbachov. Esta última característica está ausente (por el momento) en el caso cubano.

Reforma económica e inestabilidad política fueron dos ingredientes que coexistieron en el caso ruso que, sin embargo, pueden hallarse de forma separada. Éste fue el caso en China, donde las reformas económicas de Deng Xiaoping a finales de los años setenta del siglo XX, no desataron una lucha interna en la élite.

En el contexto isleño, el modo en que ha sido formulada la expectativa de la restauración capitalista en Cuba, da por sentado —con la muerte de Fidel— el próximo desplome del sistema político, descartando la variante donde no se geste tal situación. En este sentido, es necesario abrir analíticamente el escenario de continuidad, no sólo el de ruptura. Las actuales reformas económicas de Cuba no exhiben, inmediatamente ni de forma visible, un impacto político. Más bien, reconfiguran el abanico de escenarios posibles en función de un incremento del potencial actoral de sujetos socioeconómicos en expansión difícilmente removibles, cuyo estatus, aunque permitido por el Estado, está otorgado por el mercado.

No obstante, aunque esta élite tiene mayor conciencia de los cambios que se producen, el rumbo que toman y el monopolio de su implementación, su puesta en marcha esboza, palpitantes, las oportunidades. Por un lado, con los actuales cambios, los sujetos asociados al mercado adquieren mayor peso específico; por otro, al ocurrir esto último en detrimento de las posiciones populares, se abre el espacio para el (no inexorable) conflicto social. En este contexto, el discurso estatal de reivindicación continua (y abstracta) de los valores socialistas, que ahora parecen estar en entredicho, puede jugar en contra de la inclinación autoritaria al mercado de la élite dirigente.

Así, debido a que las decisiones económicas están diseñadas de modo en que no alteren la dominación política de la élite privilegiada, una autentica renovación socialista democrática no podrá ser materializada desde los actores centrales del régimen. De ahí la importancia de una agenda de intervención (social, contracultural) que apunte a la conformación de un espacio público plebeyo, capaz de contrapesar e impedir una restauración capitalista. Bajo la hipótesis de que estarían gestándose en Cuba oyentes para un discurso socialista democrático, es necesario colocar en el primer plano la discusión sobre *cómo impulsar esta agenda política desde el centro de trabajo*. Esto requiere proponer una relación plan-mercado lejos del estatismo recalitrante y de la desregulación extrema; con base en formas de propiedad lejanas del monopolio burocrático y de la gran propiedad privada.

Apuntes para un socialismo democrático

Mientras el *cuentapropismo* responde al mercado interno, las empresas del sector externo –frecuentemente con capital extranjero– responden al mercado internacional. Los pequeños negocios privados son micro y pequeñas empresas, mientras las organizaciones industriales por las cuales circula el flujo de divisas son medianas y grandes. Unas y otras, desde su alumbramiento en los noventas, han terminado por reestructurar el catálogo de las unidades productivas cubanas, lo cual obliga la discusión sobre las posibilidades de una renovación socialista democrática en las condiciones enmarcadas por los Lineamientos.

La reconstrucción del paradigma socialista pasa por recuperar la idea de colectividades de trabajadores que funcionen como asociaciones de productores libres, vinculados por lazos solidarios estructurados *desde abajo*, dotadas de amplios espacios e instrumentos participativos que confluyan en el establecimiento de una confederación nacional. En la actualidad, esta participación de los trabajadores asume, a partir de sus experiencias históricas, dos variantes principales: 1) *la planificación democrática*; y, 2) *la autogestión*. En el primer modelo el énfasis está en el centro, mientras que, para el segundo, gravita hacia las redes y niveles subalternos.

La primera se dirige a la elaboración, mediante procesos de participación activa del conjunto de los ciudadanos (insertados en diversas estructuras y niveles), de un plan nacional que define las principales directrices referidas a la política económica, lo cual resulta en un instrumento normativo que orienta el desempeño económico de unidades productivas –y sus agregados– en los marcos de un contexto y temporalidad definidos. Ciertamente, existen dificultades reales para conducir un proceso de este tipo, pues, aunque fuera posible establecer algún tipo de plan afín, habría después que hacerlo efectivo, lo que supone otro complicadísimo proceso para determinar la cuota de dicha producción que le corresponde a cada empresa y, lo que es más difícil, relacionarlas entre sí, mediante instrumentos informativos distintos a las relaciones monetario mercantiles. De cualquier forma, y pese a sus limitaciones, una planificación democrática ofrece cotas de participación superiores al modelo planificador estatizado y vertical del *socialismo de Estado* cubano.

Por su parte, la autogestión apuesta por la participación protagónica de los trabajadores en la administración de las entidades en las que desarrollan sus procesos productivos, haciéndose visible la actuación directa de los colectivos en escenarios y procesos concretos (su fábrica, granja o entidad de servicios) de toma de decisión, ejecución y control. En clara diferencia con los enfoques de planificación democrática, que se asocian a una estatización (como primer paso hacia una supuesta y perspectiva socialización) del conjunto de los medios de producción de un país, las iniciativas autogestoras han nacido mayormente como imprevistos experimentos de génesis espontánea, encabezados por trabajadores decididos, por situaciones coyunturales (quiebra de las empresas, abandono de éstas por sus titu-

lares y patronos) a ampliar el control sobre sus espacios laborales y, por ende, sobre la fuente de reproducción de sus medios de vida, reconociendo la pertinencia de ciertos espacios de mercado para la realización de sus producciones.

Es decir, la adopción de esta variante implica considerar la existencia de un mercado con diversos grados de regulaciones y restricciones dentro del Periodo de Transición. La evidencia demuestra que la relación mercado-autogestión es estrecha, ya que los instrumentos financieros presentes en una planificación de tipo indicativa permiten una mayor descentralización y democratización de los procesos, con mayor autonomía para las colectividades de base, superior a la de los procesos desarrollados bajo un esquema de asignación central de recursos físicos como materias primas, medios de producción, etc /5.

Hay tres variantes de la autogestión (Recio, 2001):

1. Conducción total de la actividad de la empresa por sus trabajadores (tanto manuales como intelectuales, de producción y servicios) que integran y controlan, mediante revocables formulas representativas, los órganos de dirección en unión a la activa existencia de un espacio de análisis, discusión y decisión de corte asambleario (autogestión clásica).

2. Participación compartida del colectivo laboral con los directivos estatales o privados en la gestión de la empresa mediante instancias (Consejos) de Dirección, donde se disfruta de prerrogativas decisoras en ambos lugares de la ecuación (cogestión).

3. Espacios de consulta, agregación de demandas y propuestas, incluidos el derecho a vetar medidas y directivas particulares por parte de los trabajadores sin participación de estos en la gestión directa de la entidad (control obrero).

El aporte de la autogestión para la renovación democrática del socialismo cubano, reside en su doble carácter económico y político /6, pues la ejecutoria colectiva dentro de la empresa no puede ser un hecho solamente económico, sino que debe apostar, desde su génesis misma, por desplegar procesos políticos de *empoderamiento* y control amplio y efectivo del espectro de decisiones, e ir articulándose a escalas cada vez más amplias, creando instituciones de nuevo tipo en el sistema político.

Hoy existen, en el imaginario social cubano, dos visiones mayoritarias sobre los cauces posibles del ordenamiento socioeconómico y la participación ciudadana en el mismo. Para algunos, la privatización de los centros de producción y servicios sería la panacea divina que resolvería el proverbial déficit de bienes de consumo, aportando la eficacia necesaria. En el extremo *opuesto* del arcoiris ideológico encontramos la fracasada visión de un socialismo centralista y verticalista, restrin-

5/ En tanto la autogestión busca contribuir a la viabilidad económica del socialismo -lo cual implica un proyecto de sociedad- ciertamente habría que introducir controles externos en el proceso de toma de decisiones. Una solución es la habilitación de actores parlamentarios "soviéticos" (en su acepción leninista de los primeros años de la revolución), en calidad de "auditores del pueblo", a fin de articular la gestión de las unidades productivas con la participación política a nivel más macro. Los bolcheviques, para ello, pensaron en los Soviets.

6/ Ver al respecto una reconstrucción conceptual que rescata aportes relevantes en (Hudson, 2010).

gido por las órdenes emanadas del nivel jerárquico superior del aparato estatal **7**. Sin sugerir que estén emparentados ideológica o programáticamente, ambos proyectos comparten una extraordinaria similitud: excluyen ciertas formas auténticamente populares, democráticas y horizontales de gestión pública, como si el debate entre tesis y antítesis no reconociese el espacio para una necesaria síntesis.

La élite política cubana está definiendo reformas sin ningún proyecto de desarrollo económico que acompañe y dilucide este proceso en el marco de la transición socialista. En realidad, se está perfilando en la Isla un modelo económico híbrido improvisado en cada vez mayor tensión con los ideales de la Revolución. Frente a este desacoplamiento entre las decisiones económicas y el proyecto de sociedad, nuestra propuesta es la construcción *consciente* de un modelo mixto de economía, donde la participación democrática desde las unidades productivas, sirvan no sólo de modelo de gestión económica, sino de contrapeso político a aquellos sectores que podrían desarrollar intereses materiales destinados a una agenda de restauración del capitalismo. La ruta hacia un socialismo renovado implicaría:

a) Procesos de discusión, en los órganos locales y nacionales del Poder Popular, de modalidades alternativas del plan económico y presupuesto. Pese a sus dificultades, esta modalidad de plan democratizado contendría una participación ciudadana hoy inexistente.

b) Nuevas cooperativas industriales, de servicios y comercio, de escala pequeña y mediana, para lo cual debe aprobarse una legislación afín, ya que la actual restringe este tipo de actividad a los escenarios agrarios. Las entidades de poder municipal, renovadas, asumirían una función contralora sobre el proceso de toma de decisiones, y recaudaría un nuevo monto tributario, ofreciendo, seguramente, mejores bienes y servicios a la población.

c) Despliegue del paquete de potencialidades existentes (y perspectivas) dentro del sistema empresarial estatal, promoviendo la participación activa de los trabajadores en la discusión de las metas y vías de implementarlas **8**, desarrollándose experiencias de *control obrero*, favoreciendo un rol protagónico de sindicatos renovados democráticamente.

d) Integración de los trabajadores por cuenta propia mediante una política de inserción en los espacios económicos locales, garantizando el acceso a insumos y créditos, estableciendo una regulación y fiscalización de parte de organismos populares conformados a nivel municipal que garanticen condiciones de competencia y eviten la formación de monopolios u oligopolios –un mercado competitivo no requiere de burguesía.

Todo paquete de reformas debe contemplar la interrelación de una amplia gama de decisiones, actores involucrados y tiempos de implementación, sus efectos sociales y los contenidos ideológicos de las medidas tomadas, evitando

7/ La primera visión desconoce el inmenso poder material y simbólico de la gran burguesía cubanoamericana y sus nexos con la clase política gringa, lo cual comprometería la soberanía nacional. La segunda ha demostrado su incapacidad para “repensar” la economía nacional de forma racional y cercana a las demandas de la gente.

8/ Ver (Pérez, comp, 2004) y (Chaguaceda, comp, 2005).

la mercadofobia o la estadolatría (y sus opuestos). La falsa disyuntiva no puede reducirse a elegir entre eficacia con desigualdad creciente ni cobertura social con precariedad material. En los años 60, fiel a su ambiente época e ideología, Ernesto Guevara señaló que el comunismo sin moral comunista no le interesaba. Medio siglo después, una reforma sin participación tampoco debería seducir a los defensores del socialismo cubano, sean nativos o foráneos.

A modo de conclusión

La actual coyuntura constata la ausencia de un plan coherente de reformas que supere la discrecionalidad y coordine eficazmente los diferentes actores económicos, por la vía de mayor autonomía empresarial ⁹ y territorial, un mercado controlado y un plan indicativo, con mayor participación de trabajadores y consumidores en la deliberación de las agendas de cambio. La persistencia de dirigentes (y enfoques) políticos encerrados en el modelo estatal tradicional puede ser un lastre para el éxito de las reformas anunciadas. No obstante, se vislumbran esperanza con los debates de cara al próximo congreso del Partido Comunista, fuerza oficialmente dirigente de la sociedad cubana.

Si existe congruencia entre la retórica política, las acciones en curso y el compromiso con un proyecto de sociedad emancipador, la dirección del país aprovechará la actual convocatoria al debate para lanzar una discusión amplia, en todos los sectores de la población, sobre los problemas, los errores, las urgencias, los recursos disponibles y las soluciones posibles en el marco de un socialismo participativo y democrático. Ello sentaría pautas para combatir las tendencias restauradoras del capitalismo, a cuya propaganda contribuye el estancamiento del modelo actual. En esos derroteros la autogestión, en tanto modelo que requerirá la democracia para su éxito, puede acompañar los aportes de la planificación y el mercado, incrustando contenidos socialistas democráticos a la reforma en curso.

Este texto integra reflexiones previas de los autores (Chaguaceda, 2005) y Centeno, 2010). Agradecemos los aportes y comentarios invaluable de varios colegas, entre ellos Marlene Azor, Liliana Martínez, Félix Sánchez, Alicia Puyana y Carmelo Mesa Lago, quienes enriquecieron los desarrollos previos del presente trabajo.

Armando Chaguaceda es politólogo, historiador y activista social cubano, miembro del Observatorio Crítico (Cuba) y el Observatorio Social de América Latina, Coordinador del Grupo de Trabajo Anticapitalismo & Sociabilidades Emergentes (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales). Ha investigado y publicado sobre las políticas de participación en Cuba y Latinoamérica.

Ramón I. Centeno es politólogo, ingeniero y militante trotskista mexicano, graduado de la Maestría de Ciencias Sociales (FLACSO México), especializado en la relación Industria-Política y en el rol de los empresarios del sector externo en la Cuba actual.

^{9/} A pesar de la formación de una capa (y *ethos*) empresarial en la élite gerencial del sector externo, su incapacidad actual para reivindicar una mayor autonomía de forma abierta, persiste. Sin embargo, para que estas empresas respondan a un plan de desarrollo socialista, siguen faltando mecanismos de control social, realizables en el control obrero al interior, señalados en el apartado anterior.

Bibliografía:

- Castro, R. (2010) "Discurso a la Asamblea Nacional del Poder Popular". *Granma*, 2/08/2010, págs. 4-5.
- Centeno, R. (2010) *¿Los gerentes al servicio de la nación?: el estado cubano y las empresas dirigidas al mercado internacional*. Tesis de Maestría, FLACSO-México, México DF.
- Central de Trabajadores de Cuba (2010) "Pronunciamiento de la Central de Trabajadores de Cuba sobre los próximos despidos". *Granma*, 13/09/2010.
- Chaguaceda, A. (comp) (2005) *Cuba sin dogmas ni abandonos. Diez aproximaciones a la transición socialista*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Dilla, H. (2005) "Larval actors, uncertain scenarios, and cryptic scripts: where is Cuban society headed?". En M. Espina *et al* (eds.), *Changes in Cuban society since the nineties*. Washington, D.C.: Woodrow Wilson International Center for Scholars, 35-50.
- Dilla, H. (2010) "Cuba: las morbosidades políticas y los cisnes negros". *Revista Nueva Sociedad*, Argentina, No. 227, mayo-junio, 9-19.
- Domínguez, J. I., *et al*. (2007) *La economía cubana a principios del siglo XXI*. El Colegio de México y Harvard University.
- Espina, M. (2008) *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del estado en la experiencia cubana*. Buenos Aires: CLACSO CROP.
- Everlery, O. (2010) *Notas recientes sobre la economía en Cuba*. Décima Semana Social Católica. La Habana.
- Henken, T. (2008) "Vale Todo: In Cuba's Paladares, Everything is Prohibited but Anything Goes". En Ph. Brenner *et al* (eds.) *A Contemporary Cuba Reader*. Maryland: Rowmann & Littlefield Publishers, 168-178.
- Hudson, J. P (2010) "Formulaciones teórico conceptuales de la autogestión". *Revista Mexicana de Sociología*, No 72 (4), octubre-diciembre. México DF.
- Mesa-Lago, C. (2005) "Problemas sociales y económicos en Cuba durante la crisis y la recuperación". *Revista de la CEPAL*, No. 86, agosto de 2006.
- Mesa Lago, C. (2010a) *Estructura demográfica y envejecimiento poblacional: Implicaciones sociales y económicas para el sistema de seguridad social en Cuba*. Décima Semana Social Católica. La Habana.
- Mesa Lago, C. (2010b) "El desempleo en Cuba: de oculto a visible ¿Podrá emplearse el millón de trabajadores que será despedido?". *Espacio Laical*, N° 4, La Habana.
- Morales, E. (2010) "Corrupción: ¿la verdadera contrarrevolución?". Disponible en <http://www.desdelahabana.net/?p=2210> (consultado el 16 de febrero de 2011).
- Mujal-León, E. y Busby, J. W. (2004) "¿Mucho ruido y pocas nueces? El cambio de régimen político en Cuba". En Bobes *et al* (eds.), *La transición invisible*. México: Océano, 87-118.
- Partido Comunista de Cuba (2010) *Lineamientos de la Política Económica y Social*, noviembre, La Habana. Diponible en: <http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2010/11/proyecto-lineamientos-pcc.pdf>
- Pérez, A. (comp) (2004) *Memorias Evento Participación social en el Perfeccionamiento Empresarial*". La Habana: Editorial Félix Varela.
- Pérez-López, J. F. (2003) "El sector externo de la economía socialista cubana". En Miranda *et al* (2003).
- Pérez-López, J. F. (1999) *Corruption and the Cuban transition*. ASCE, vol. 9.
- Recio, A. (2001) *Dimensiones de la democracia económica*. Disponible en: <http://www.rebellion.org/hemeroteca/economia2.htm>
- Vidal, P. & Everlery, O. (2010) "Entre el ajuste fiscal y los cambios estructurales. Se extiende el cuenta-propismo en Cuba". *Espacio Laical*, N° 4. La Habana.

La ocasión perdida

Josu Egireun

El retorno del FSM al continente africano venía marcado por la euforia del derrocamiento del régimen de Ben Alí en Túnez a través de la movilización popular y su contagio a los países árabes, así como la esperanza de entrar en un ciclo en el que, más allá de todas las contradicciones, los pueblos adquieren el protagonismo que les corresponde en la historia. Esta euforia se mezclaba con las preocupaciones heredadas de los problemas habidos en el FSM de Nairobi cuatro años antes ^{1/} y las incógnitas planteadas por la escasa proyección práctica que tuvo la radicalidad expresada en el FSM de Belém en enero 2009: el amplio consenso alcanzado en torno a la jornada de acción del 29 de marzo para hacer frente a la crisis desencadenada en 2008 no se tradujo en movilizaciones reales y los debates que emergieron con fuerza en aquel foro (sobre alternativas al sistema y estrategias de acción) apenas tuvieron continuidad. ¿Sería capaz el FSM de remontar esta situación? El derrocamiento de la dictadura de Ben Alí en Túnez y la revuelta social sin precedentes que desencadenó este acontecimiento (el último día del FSM acogió la buena nueva de que Mubarak también se vio obligado a dimitir por la presión popular) hacía abrigar cierta esperanza en esta duodécima edición del FSM. Por primera vez en su historia, el FSM tenía lugar en medio una revolución popular que catalizaba las contradicciones del sistema y daba cuerpo al lema del Foro: otro mundo es posible y se puede cambiar desde abajo, a través de la movilización popular. Los procesos tunecino y egipcio permitían al Foro encontrarse a sí mismo. Sin embargo, si bien las noticias, el entusiasmo y las esperanzas que transmitían estos acontecimientos atravesaron todo el espacio del Foro, tras su conclusión podemos decir que apenas dejaron huella en él porque el FSM faltó a la cita.

En primer lugar, porque el programa del Foro no cambió un ápice a pesar de estos acontecimientos y el debate sobre ellos, las dinámicas que encierran, las cuestiones programáticas y estratégicas que plantean, etc., quedaron relegadas a un segundo plano, en espacios marginales. Y, en segundo lugar, porque del Foro no salió ninguna iniciativa concreta (tipo encuentro internacional de los movimientos sociales en apoyo proceso tunecino-árabe, similar al encuentro internacional contra el neoliberalismo de Aguascalientes) en unos meses que se anuncian cruciales ^{2/}. Una iniciativa que permitiera salir de círculo vicioso de llamamientos a jornadas de acción internacionales difíciles de llevar a la prác-

^{1/} Ver Egireun, J. (2007) "El Foro y los movimientos: nuevos y viejos problemas" en *VIENTO SUR* nº 91.

^{2/} A la UE le faltó tiempo para ver la importancia de esta presencia sobre el terreno para atar en corto al Gobierno actual y anunció una cumbre para el mes de marzo.

tica; que hiciera posible dar una visibilidad a la iniciativa y, sobre todo, que permitiera crear lazos de solidaridad concretos de los movimientos sociales con el proceso desencadenado a partir de Túnez. Esta iniciativa, u otra similar, podía haber partido del Consejo Internacional (única estructura regular del FSM) o de la Asamblea de los Movimientos Sociales (AMS), pero ambas fueron incapaces de mirar de frente estos procesos y hacerse cargo de los desafíos que plantean. El Consejo pasó de largo y la AMS, cuyo llamamiento a un “día mundial de solidaridad con el levantamiento del pueblo árabe y africano” puede correr la misma suerte (es decir, quedar en el olvido) que los llamamientos de los últimos siete años, fue incapaz de dar un paso más allá de una declaración sin anclaje real con los retos del momento y la dinámica de los movimientos. Volveremos sobre este punto.

No es la única luz de alarma que se ha encendido en este Foro. La ausencia en el mismo de la red Trabajo y Globalización/**3**, desaparecida del mapa, o que la CSI (Confederación Sindical Internacional) acudiera a Dakar con una representación de segundo nivel y para aclarar si seguía o no anclada a este proceso, son otros tantos signos de preocupación.

Como lo es que en el acto de clausura las primeras palabras de agradecimiento del Comité Organizador fueran para el Gobierno senegalés; el mismo que solicitó a su homólogo marroquí subvencionar una delegación de activistas de ese país para contrarrestar la presencia de una delegación saharauí en el Foro/**4**, lo que redundaba en los problemas heredados de Nairobi.

¿Sobra el FSM?

Ante esta situación y el papel subordinado que juegan los movimientos sociales en cuanto a la organización del FSM (detrás de los Gobiernos y de las ONG, dice Raúl Zibechi) hay voces que se cuestionan su utilidad. ¿Sobra el FSM? La respuesta no es simple.

Una cosa es señalar estos problemas y huir de la autocomplacencia de quienes consideran que el FSM está en el buen camino porque “*permite seguir reuniendo una diversidad de movimientos difícil de lograr en otros marcos o generar una movilización de masas en torno a él*”/**5**, y porque, ahora mismo (dicen) “*vemos que el G-20 introduce en su agenda cuestiones que en su origen sólo estuvieron planteadas por el movimiento altermundialista (tasar las transacciones financieras o hablar de paraísos fiscales)*”, como planteó Gustave Massiah en su intervención del acto de clausura.

3/ Creada en Nairobi agrupando a sindicatos, movimientos asociativos y activistas en torno a la cuestión laboral.

4/ En realidad, la situación es más deplorable: como informa Mimoun Rahmani en el Consejo Internacional posterior al Foro se dio a conocer que el mismo había sido financiado por los Gobiernos de Senegal, Mauritania y Marruecos.

5/ Resultan injustificables las cifras de participación dadas por la organización en Dakar: 75.000 participantes. La Universidad acoge a una población estudiantil de 50.000 personas y ésta es muy superior a la “población” que acudió al FSM.

Más aún, resulta difícil sostener que el “*foro está en onda con las grandes movilizaciones*” (G. Massiah, *Libération* 13/2/11). Un repaso detallado de las movilizaciones habidas desde la cumbre de la OMC en Cancún (septiembre 2003) hasta la más reciente contra el clima en esa misma ciudad o la precedente de Copenhague en 2009, muestra la dicotomía de esos procesos y la débil extensión que logran las redes que animan estas movilizaciones en los foros.

Sin embargo, es preciso constatar que todas estas redes y muchas otras (inmigrantes, solidaridad con Palestina, anulación de la deuda, educación...), acuden al FSM con el objetivo de compartir y tratar de integrar en sus iniciativas al resto de movimientos ante la ausencia de otros espacios de encuentro a nivel internacional. Y, también, que el Foro permite el encuentro de movimientos que trabajan sobre los mismos temas en distintas latitudes, la articulación de nuevas redes de acción (como en esta ocasión contra el acaparamiento de tierras) o que se refuerzan iniciativas en marcha, como fue el caso de la iniciativa “Flotilla a Gaza” del movimiento de solidaridad con el pueblo palestino.

Por ello, no se puede concluir que el FSM esté de más. Con todas sus contradicciones (las principales iniciativas de movilización a nivel internacional para 2011-2012, como la movilización contra el cambio climático, frente el G-8 y G-20 o Rio+20 –cumbre del las Naciones Unidas por el desarrollo sostenible– tienen vida propia al margen del FSM al igual que lo tuvo la Marcha Mundial de Mujeres en 2010) el FSM representa un espacio de trabajo que, hoy por hoy, no existe fuera de sus fronteras.

Ahora bien, estas contradicciones dejan ver que el FSM presenta límites, tanto en relación a los actores presentes (sobre todo, experiencias de lucha contra las políticas de austeridad: total ausencia de experiencias como la griega o francesa) como a las temáticas abordadas para responder a los retos que tienen frente a sí los movimientos sociales (cómo construir solidaridades con las luchas en curso, etc.). Cuestiones éstas que no forman parte de las preocupaciones del Consejo Internacional y que si se quieren abordar con un mínimo de seriedad exigen un cambio profundo en la dinámica de la Asamblea de los Movimientos Sociales.

La Asamblea de Movimientos Sociales a la deriva

El enorme entusiasmo que recorrió la AMS, catalizada en torno a los procesos que se viven en Túnez y Egipto contrasta con la lánguida experiencia de Belém en 2009. Sin embargo, más allá de esa euforia desbordante, la edición de Dakar muestra su marcha sin rumbo; una situación que se vive desde las exitosas movilizaciones de febrero de 2003. Fecha a partir de la cual la Asamblea ha ido perdiendo componentes, energía y, fundamentalmente, ha dejado de ser una referencia para los movimientos sociales a nivel internacional.

Estas dificultades han estado presentes desde hace tiempo en la reflexión de la red de los movimientos sociales (al menos desde el seminario realizado en

“... el programa del Foro no cambió un ápice a pesar de estos acontecimientos [*las revoluciones árabes*], y el debate sobre ellos: las dinámicas que encierran, las cuestiones programáticas y estratégicas que plantean, etc., quedaron relegadas a un segundo plano, en espacios marginales...”

Bruselas en setiembre de 2006), pero nunca se ha dispuesto del marco necesario para abordarlas colectivamente y buscar soluciones. Los seminarios realizados a lo largo de 2009 y 2010 (más centrados en la disputa con el Consejo Internacional sobre el lugar de la Asamblea en el FSM que orientados a poner en pie los útiles para construir la red de movimientos sociales) no han servido para avanzar mucho. Más bien han situado a la AMS en una fuga hacia delante, sin rumbo fijo. Un ejemplo de ello es lo acontecido en Dakar.

El comité que animaba la Asamblea (Marcha Mundial de Mujeres, CADTM y Vía Campesina) llega con la propuesta de abordar una declaración al uso estructurada sobre cuatro ejes previos a la revolución tunecina: transnacionales, militarismo, violencia hacia las mujeres y el acaparamiento de tierras.

Como ocurre casi siempre, las reuniones sobre el terreno no son el mejor marco para avanzar en los debates sobre la utilidad de seguir con la rutina de los llamamientos o reflexionar si es necesario abordar otras formas de trabajo; máxime cuando la alternativa a la declaración era lanzar la iniciativa de encuentro de los movimientos sociales en Túnez.

Pero los problemas de la Asamblea se agudizan en el acto de apertura de la propia Asamblea, por la intervención de la representante de la Marcha Mundial de Mujeres, Miriam Nobre, y por el contenido del llamamiento.

Hasta Dakar la Asamblea estaba considerada como el punto de encuentro de los movimientos en aras de construir una agenda común de movilización, un espacio para construir la convergencias para la acción de movimientos con identidades programáticas y estrategias no necesariamente confluentes. En Dakar, Miriam Nobre definió la Asamblea de Movimientos Sociales como el punto de encuentro de los “*movimientos que están por la revolución*”. Algo que va más allá de la pluralidad y los cometidos de la propia Asamblea. Una Asamblea cuya demarcación venía determinada siempre, con más o menos acierto, por las iniciativas de acción.

Definiciones de este tipo abren muchas interrogantes, porque es difícil pensar que colectivos tan plurales como la Marcha Mundial de Mujeres o la Vía Campesina o la red internacional de Attac encajen en esa definición y porque crea una demarcación excluyente y sectaria totalmente innecesaria. Una defini-

ción, en definitiva, que excluye de la asamblea a los sindicatos que impulsaron la lucha contra la reforma de las pensiones en Francia. ¿Qué sentido tiene avanzar en esa dirección?

En cuanto al llamamiento, los problemas llegaron al día siguiente de hacerse público: Attac Alemania se despacha con un comunicado en el que se desvincula del mismo por dos razones: la formulación de la campaña de BDS hacia el Estado de Israel (presentada como una campaña a secas contra Israel, cuando la red de solidaridad con Palestina presentaba una formulación mucho más ajustada) y por la ausencia total de referencias a las políticas de austeridad en curso y las respuestas sociales. Queda por saber cuál será la actitud de la red Internacional de Attac.

En cualquier caso el problema va más allá. El que la Asamblea siga adoptando declaraciones de forma rutinaria que ganan en radicalidad a medida que se debilita, pierde en pluralidad y deja de ser un referente a nivel internacional, sirve para bien poco.

El impulso de las iniciativas y la articulación de resistencias precisa de algo más que un llamamiento. Sobre todo cuando estos últimos años hemos comprobado que ese esquema no funciona, que la Asamblea no constituye un referente para los movimientos sociales en los distintos países. Por tanto, ¿a qué sirve una declaración tan radical más allá de la autocomplacencia para los sectores más radicales –no necesariamente lo más activistas– que salen del Foro con una declaración que les confirma en sus principios ideológicos?

Si a esto le añadimos que desde Nairobi la estructura del Foro integra Asambleas Temáticas (en Dakar hubo 38) y que en ellas sí se da una articulación de redes para impulsar iniciativas concretas (este año, la del G8-G20, justicia climática o Rio+20, fundamentalmente) que han funcionado mejor que los llamamientos de la Asamblea de Movimientos Sociales (por ejemplo, la contra cumbre de la OTAN en Estrasburgo y la cumbre climática en Copenhague en 2009, etc.), el problema no hace más que agravarse.

La puesta en pie de estas Asambleas Temáticas, donde tanto las declaraciones como los compromisos para la acción se construyen a través de debates más concretos y con más tiempo, plantea la necesidad de resituar el lugar de la Asamblea de Movimientos Sociales en este nuevo escenario. Exige repensar la utilidad de ese espacio pero sobre todo abordar el tema que subyace en él y para el que debe servir: cómo avanzar en la articulación de los movimientos; qué pistas explorar para avanzar en esa vía.

¿Es útil seguir insistiendo en jornadas de acción mundial como se ha concluido en Dakar (el 20 de marzo en solidaridad con el levantamiento de los pueblos árabes y el 12 de octubre contra ... ¡el capitalismo!) o es mejor plantearse otro tipo de actividades (por ejemplo, impulsar y coordinar iniciativas de solidaridad concretas en torno a las luchas en curso) que den visibilidad y muestren la utilidad del trabajo en común?

Si miramos un poco el funcionamiento de otras iniciativas, como las impulsadas contra el cambio climático o la que se está organizando con el G8/G20 en Francia, su punto fuerte es que se trata de iniciativas con dinámicas de trabajo y grupos de animación dirigidos hacia objetivos concretos (algo con lo que no cuentan los llamamientos genéricos a “jornadas de acción global”) que son la condición necesaria para impulsarlos.

Ahora bien, la dinámica de los movimientos sociales no puede remitirse únicamente a las cumbres internacionales. Hoy en día, más que nunca, la relación de fuerzas se determina día a día en las luchas de resistencia concretas frente a las agresiones de la patronal o de las políticas neoliberales en curso (desde los planes de austeridad como en Grecia, hasta la precarización de condiciones de trabajo como en Nissan, Fiat...). Luchas que exigen desarrollar iniciativas concretas de solidaridad.

¿Qué nos queda del FSM de Dakar?

Ausente a la cita que presentaba la revolución Tunecina y las revueltas populares en los distintos países árabes, el FSM de Dakar no ha sido en balde. Más allá de este problema central, ha sido un espacio de trabajo útil, si bien desigual, para las redes y movimientos que se han encontrado allí. Y de momento, nos deja el resultado de las distintas Asambleas temáticas que a nivel de movilización se traducen en cuatro iniciativas concretas: el G8/G20 en Francia (26-27 de mayo y 3-4 de noviembre, respectivamente); la cumbre sobre el cambio climático en Durban para finales del 2011; el Foro Mundial del Agua –marzo 2012– y Rio+20 (Cumbre sobre el Desarrollo Sostenible) en mayo de 2012.

Nos deja también la responsabilidad de responder a las dificultades que ha puesto de manifiesto el Foro. La irrupción de la crisis en 2008 ha sido una prueba de fuego para los movimientos y define un escenario que ya no camina al ritmo parsimonioso de los años precedentes. No sólo nos enfrentamos a unas políticas neoliberales nefastas para la humanidad y el planeta, sino a una ofensiva, a una declarada guerra social que se desarrolla a ritmos acelerados.

Es necesario tomar conciencia de los nuevos tiempos que estamos viviendo y de la importancia de construir la solidaridad con los movimientos de resistencia (sea contra la reforma de pensiones como en Francia, las movilizaciones en Grecia o la revuelta popular en los países árabes, o contra las transnacionales que cierran empresas, precarizan las condiciones de trabajo o acaparan tierras en el campo). La relación de fuerzas se construye en ese día a día; el capital es consciente de ello y los movimientos sociales llevamos un gran retraso.

Josu Egireun es miembro de la redacción de *VIENTO SUR*.

El NPA en la encrucijada

Josep Maria Antentas

Los días 11, 12 y 13 de agosto tuvo lugar el primer congreso del Nouveau Parti Anticapitaliste (NPA), dos años después de su fundación y en los que el partido se ha confrontado a un buen número de dificultades imprevistas y a una trayectoria compleja.

El lanzamiento del NPA

El proyecto NPA empezó a gestarse después de la segunda campaña presidencial de Olivier Besancenot como candidato de la LCR en abril de 2007. Los resultados lo confirmaron como la opción más sólida a la izquierda del Partido Socialista (PS), con un 4,1% de votos, lejos del 1,9% del Partido Comunista (PCF), el 1,5% de los Verdes, el 1,3% de Lutte Ouvrière y el 1,3% del altermundialista José Bové.

La fundación del nuevo partido culminó años de búsqueda y de tentativas por parte de la LCR para avanzar en la construcción de una nueva herramienta de combate adaptada al periodo histórico actual. Ante el bloqueo de otras vías posibles tradicionalmente contempladas (como la radicalización de corrientes de la izquierda tradicional, la convergencia entre organizaciones revolucionarias, el impulso de un referente político por parte de corrientes de la izquierda sindical)¹ la fórmula adoptada por la LCR era audaz y arriesgada: llamar a la creación desde abajo de un nuevo partido. Sin resultado positivo asegurado, una firme convicción guió la decisión tomada: *“Nadie nos reprochará haber fracasado. Por el contrario, muchos podrían reprocharnos no haberlo intentado”*².

El nuevo proyecto a construir situaba el combate contra el neoliberalismo en una perspectiva de ruptura con el capitalismo, y hacía del ecologismo, el feminismo y el internacionalismo elementos constitutivos de su programa. En continuidad con la orientación estratégica seguida por la LCR, el objetivo era, como señalaba Besancenot, *“hacer emerger, a partir de lo que ya existe a nivel social, un referente político que no quede atrapado por los engranajes del poder y que no sea satelizado por el PS”*³. El nuevo partido debía ser *“lo más abierto y amplio posible, sin sacrificar a la apertura la claridad sobre las cuestiones estratégicas esenciales y sin debilitar la radicalidad que hará su fuerza”*⁴.

¹/ Rousset, P. (2008) “Hacia la formación de un nuevo partido anticapitalista”. Disponible en: <http://www.anticapitalistas.org/node/3222>

²/ Coustal, F. (2009) *L'incroyable histoire du Nouveau Parti Anticapitaliste*. París: Éditions Demopolis.

³/ Besancenot, O. (2009) Entrevista en *Regards*, disponible en: <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=2302>

⁴/ Bensaid, D. (2008) *Penser Agir*. París: Lignes, pág. 21.

Se intentaba traducir en fuerza militante organizada el apoyo social y electoral de Besancenot, convertido en una de las figuras más populares de la izquierda francesa y en la cara visible de la oposición a Sarkozy, en un contexto donde el PS no representa una alternativa real a la política del gobierno. Así, un sondeo de comienzos de 2008 hecho por CSA indicaba que el 49% de los encuestados consideraban a Besancenot como el rival del presidente. Su popularidad no era un elemento puntual, sino una tendencia más de fondo que, según un estudio de la Fondation Jean-Jaurès, se consolidó en tres procesos: la campaña por el *No* a la Constitución Europea en el 2005, la movilización contra el Contrato de Primer Empleo (CPE) en el 2006 y las elecciones presidenciales de 2007.

La decisión de llamar a la creación de una nueva fuerza anticapitalista marcó el paso de la izquierda francesa en el periodo posterior a las elecciones presidenciales de abril de 2007, obligando al resto de corrientes a mover ficha. Los socialistas, entonces en plena lucha por el liderazgo del partido, pusieron en marcha un grupo de trabajo para estudiar las consecuencias de la emergencia “de un polo de radicalidad”. El PCF, sumido en una larga crisis histórica, decidía apostar, una vez más, por una línea de colaboración con el PS en nombre de la unidad contra la derecha, descartando acuerdos con el NPA. Los verdes intentaban recomponer un nuevo bloque ecologista subalterno al social-liberalismo a través de la alianza entre Daniel Cohn-Bendit, representante de su ala más derechista y antiguo partidario de la Constitución Europea, el popular periodista Nicolas Hulot y José Bové. De momento, sin embargo, era la creación del NPA lo que marcaba la pauta.

El eco mediático de la iniciativa fue considerable y el interés suscitado en los sectores militantes notorio. Durante el año 2008 el proceso despegó, constituyéndose más de 300 comités de base y atrayendo a unos 9.000 militantes de todo tipo (sindicalistas combativos, estudiantes, activistas de las barriadas populares, exmilitantes decepcionados de otras formaciones de izquierda...) en el momento de la fundación del partido.

Fuera de Francia, la fundación del NPA generó también gran expectación entre la izquierda anticapitalista internacional. Detrás de ello, tres motivos: el importante papel jugado por Francia en el ascenso de las resistencias a la globalización neoliberal desde mitad de los noventa, la credibilidad de la LCR convertida desde hace tiempo en una de las formaciones radicales más emblemáticas de Europa, y la coyuntura política del momento marcada por el impacto de la crisis estallada en septiembre de 2008 poco antes de la fundación del partido. El nuevo proyecto no fue percibido por la izquierda europea como un modelo para copiar o exportar mecánicamente, pero sí una referencia y un poderoso estímulo en la búsqueda de una “vía anticapitalista propia” en cada país.

Poco después del cuarenta aniversario de mayo del 68, cuyo significado había sido ferozmente atacado por Sarkozy, la creación del NPA marcaba simbólicamente el final de una etapa y el comienzo de otro.

A medida que se acerca el momento del paso del testigo entre la Liga y el nuevo partido, algunos preguntan con más y más insistencia a las decenas de “veteranos”, fundadores de la Liga en 1969 o de la organización de juventud expulsada de los estudiantes comunistas, la JCR, si no sentimos nostalgia en el momento de verla desaparecer para transcrecer en una fuerza nueva. Para responderles yo diría que tenemos más bien el sentimiento (y un poco de orgullo, reconozcámoslo) del trabajo realizado y del camino recorrido. Fue mucho más largo de lo que imaginamos en el entusiasmo juvenil de los años sesenta y no es fácil permanecer tanto tiempo siendo ‘revolucionarios sin revolución’,

escribía Daniel Bensaïd /5 en vísperas de la fundación del nuevo partido.

El ciclo antineoliberal de 1995

La audiencia y eco encontrado por el NPA testimoniaba la existencia de una corriente de simpatía popular para la izquierda radical fuera de los aparatos políticos tradicionales más allá de los sectores sociales mejor organizados y combativos. Es decir, un espacio, aunque contradictorio, inestable y con limitaciones, se había abierto para una nueva alternativa anticapitalista. Dos factores relacionados entre sí nos permiten entender el porqué: primero, el retorno de la contestación social desde mediados de los años noventa; segundo, la erosión de los grandes partidos de izquierda, la descomposición de su base social y su desplazamiento a la derecha y su incapacidad para conectar con las nuevas radicalidades emergentes y las luchas sociales.

La influencia conseguida por la izquierda anticapitalista francesa es resultado del ciclo abierto con las huelgas de noviembre-diciembre de 1995 contra la reforma de la seguridad social del gobierno Juppé caracterizado por el “retorno de la cuestión social”, el ascenso del movimiento “antiglobalización” y grandes luchas sociales, aunque la mayoría terminadas en derrota.

El movimiento anti-Juppé, el más importante desde el 68, llegaba sólo cinco meses después que Chirac fuera elegido presidente de la República, con una campaña basada demagógicamente en la denuncia de la “fractura social”. El 5% de votos obtenidos por Arlette Laguiller, candidata de Lutte Ouvrière (en una contienda donde la LCR no estuvo presente), era una sorprendente señal de que algo estaba cambiando después de un largo periodo de retroceso y desmovilización. En el terreno social el estallido de algunas iniciativas y luchas dinámicas, pero todavía limitadas, mostraba en vísperas de las huelgas de 1995 que un nuevo periodo empezaba a despuntar: las movilizaciones contra el Contrato de Inserción Profesional (CIP), las marchas contra el paro ambas en 1994, el nacimiento de asociaciones como *Agir Contre le Chomage* (AC!) y otras o la consolidación del sindicato SUD-PTT fundado en 1989 y que jugaría un rol dinamizador en noviembre-diciembre de 1995.

Después llegaría el movimiento de los “sin papeles” en 1996 contra la Ley Debré, el boom del movimiento de parados en 1997, el desarrollo del movimien-

5/ Bensaïd, D. (2008) *Penser Agir*. París: Lignes, págs. 22-23.

“El reciente y complejo primer congreso da fe de las dificultades del NPA, pero también de la instalación real del proyecto en el panorama político francés. El NPA sale del congreso dividido, sin una mayoría política clara y una dirección debilitada. Sin embargo, esto no significa que no pueda recomponerse una mayoría importante dentro del NPA en el próximo periodo”

to “antiglobalización”, con el ascenso de ATTAC en 1998, el desmantelamiento de McDonald’s en Millau por José Bové y activistas de la Confédération Paysanne en 1999. Sin olvidar, en el terreno cultural-intelectual, el auge de revistas como *Le Monde Diplomatique*, *Les Inrockuptibles*, los programas radiofónicos de Daniel Mermet o la notoriedad de las intervenciones públicas de Pierre Bourdieu en apoyo a luchas sociales.

La primavera de 2003 sería escenario de otro gran estallido social en oposición a la reforma del régimen de pensiones de la Ley Fillón y la reforma del sistema educativo. Aunque de magnitudes comparables a la revuelta de 1995, a diferencia de ésta, la primavera anti-Fillón no conseguiría frenar la reforma en marcha.

El renacimiento de las luchas sociales estuvo marcado en el terreno sindical por la agudización de la crisis del sindicalismo

mayoritario y la evolución de la principal confederación sindical, la CGT hacia un modelo de sindicalismo aún más institucionalizado y de concertación. El sindicalismo alternativo progresaría en influencia social, pero de forma limitada.

En el terreno político el ciclo abierto en 1995 se caracterizaría también por la acentuación de la social-liberalización del PS y la aceleración del declive histórico del PCF. El gobierno de la izquierda plural encabezado por Jospin en 1997 sería un momento clave en esta dinámica y marcaría una clarificación estratégica en el seno de la izquierda. Si el argumentario de PCF y verdes para justificar su apuesta de gobierno era influenciar al PS la realidad sería la opuesta: lejos de arrastrarlo a la izquierda, sería éste quien empujaría a sus socios a la derecha y a practicar políticas contrarias a su programa e ideología.

Frente a ellos la política de la LCR sería la de buscar la acumulación de fuerzas en torno a un proyecto anticapitalista independiente del partido socialista y con vocación de “atreverse a la ruptura”⁶. Dos grandes orientaciones se dibujarían en este periodo y atravesarían los debates en el seno de la izquierda. ¿Confluencia antineoliberal con vocación de gobierno con el social-liberalismo o alternativa anticapitalista independiente? Esta última vía es la que llevaría al lanzamiento del proyecto NPA.

6/ Sabado, F. (2005) “La gauche, une ambiguïté historique fondamentale”. *Critique Communiste*, 176, 151-159.

Las elecciones presidenciales de 2002 reafirmaron el peso de la izquierda revolucionaria (5,7% LO, 4,2 LCR), señalaron el declive del Partido Comunista (3,9% de votos) y una cierta consolidación estancada de los Verdes (5,5%) e instalaron en el plano político electoral a Besancenot y a la LCR. El paso de Le Pen a la segunda vuelta, cuyo ascenso histórico y avance entre las clases trabajadoras es la otra cara del impacto del neoliberalismo y de la descomposición de la izquierda tradicional, provocaría además el estallido de una masiva movilización, con un fuerte peso de los estudiantes más jóvenes.

Diez años después del inicio del ciclo, la victoria del *No* en el referéndum a la Constitución Europea, con un peso claro del *No* de izquierdas (a diferencia del referéndum sobre el Tratado de Maastricht en 1992) testimoniaba la fortaleza de la crítica al neoliberalismo y expresa la crisis política y social larvada. De alguna manera podía “*entenderse como una revancha de estas derrotas sociales. ‘No lo conseguimos en la calle, con las luchas, con las huelgas, pero vamos a castigarlos con el No’*. Pero claro, esto no equivale a una victoria en el terreno social”⁷⁷. El estallido de la revuelta en las *banlieues* [barriadas] en otoño del mismo año y de la impresionante movilización contra el Contrato Primer Empleo (CPE) en primavera del 2006 completarían un periodo marcado por tres crisis político-sociales encadenadas.

El retorno de la cuestión social estuvo dominado, en Francia y en el resto de Europa, por una fuerte desconfianza de activistas sociales y cuadros sindicales hacia los partidos políticos y “la política” en general. Se abrió así una “secuencia antipolítica”⁷⁸ en el que el *movimientismo* social sería el centro de gravedad. El ascenso del movimiento “antiglobalización”, cuyo discurso fundacional se basaría, precisamente, en la idea de la autosuficiencia de los movimientos sociales sería el mejor reflejo de esta secuencia.

Progresivamente, sin embargo, iría produciéndose un cierto “retorno de la cuestión política” y la erosión de la “ilusión social”⁷⁹ del periodo. Dos factores lo explican: por un lado las dificultades de las luchas sociales, la acumulación de derrotas y el agotamiento del impulso antiglobalizador, manifestándose así los límites de una estrategia basada sólo en el *movimientismo* social; por el otro, el traumatismo del paso de Le Pen a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de abril de 2002, que empujaba directamente a plantearse una cuestión política y electoral difícil ya de esquivar.

La campaña por el *No* a la Constitución Europea de 2005 no haría más que reforzar aún más este retorno de la cuestión política. Retorno, sin embargo, débil y acompañado de fuertes dilemas estratégicos en el seno de la izquierda,

⁷⁷ Bensaid, D. (2007) “Gane quien gane la Liga seguirá llamando a una orientación de convergencia” (entrevista <http://www.vientosur.info/articulosabiertos/vientosur91-internacional-francia-entrevistaDanielBensaid.pdf>)

⁷⁸/ Kouvelakis, S. (2007) *La France en révolte. Luites sociales et cycles politiques*. París: Textuel.

⁷⁹/ Bensaid, D. (2008) *Penser Agir*. París: Lignes.

donde una perspectiva estratégica anticapitalista coherente (con todas sus debilidades, claro) como la de la LCR convivía con corrientes reformistas de izquierda, partidarios de reagrupamientos antineoliberales más o menos subalternos al PS, e ilusiones electoralistas (a veces protagonizadas por sectores “*exmovimentistas*”). La campaña por el *No*, generaría, por otra parte, un intenso debate sobre las posibilidades de una candidatura unitaria de las fuerzas del *No* a las elecciones presidenciales de 2007, en el que convivieron aspiraciones unitarias legítimas con ilusiones electoralistas sin fundamento que concebían la campaña presidencial como una mera prolongación de la campaña por el *No* escamoteando las diferencias reales del campo del *No*, junto con intentos de las corrientes antineoliberales más institucionalistas de subalternizar a la izquierda anticapitalista en nombre de la unidad.

El lanzamiento del NPA, en cierto modo, era una señal de este retorno de la política en el que, bajo el impulso de los resultados de las elecciones presidenciales de abril de 2007 y la popularidad de la figura de Besancenot, el anticapitalismo consecuente pareció convertirse en la opción hegemónica, o al menos con más opciones de futuro, a la izquierda del social-liberalismo.

De la fundación al primer congreso

Lanzado en esplendor, en un contexto muy particular marcado por la necesidad de confrontarse al gobierno Sarkozy y en pleno estallido de la crisis internacional, los retos del nuevo partido eran muy grandes: pasar la prueba de la práctica y mostrarse como una herramienta eficaz.

Los andares del NPA se rebelaron más difíciles de lo previsto. La sensación de “tener el viento a favor”, tan engañosa como volátil, pronto terminó. La creación del Front de Gauche en noviembre de 2008, como alianza entre el PCF y el Parti de Gauche de Jean-Luc Mélenchon, exsenador socialista escindido del PS, hizo emerger un nuevo actor en la izquierda, con una figura pública relevante y que se presentaba como unitario. Durante la campaña de las elecciones europeas de mayo de 2009 el NPA se encontró a la defensiva, perdió el favor de los medios de comunicación en beneficio del Front de Gauche y la batalla sobre el discurso de la “unidad de la izquierda”. El resultado electoral (4,88%), aunque meritorio y objetivamente razonable, no permitió obtener ningún eurodiputado, se quedó por debajo de las expectativas subjetivas de muchos de los militantes y, elemento importante, por debajo del Front de Gauche. También hay que recordar el renacimiento de los verdes que pasaron del resultado marginal de las presidenciales (1,3%) al éxito de la lista *Europe Écologie* (16%) capitaneada por Cohn-Bendit con un perfil muy derechista, recogiendo esencialmente voto desencantado con el PS.

La creación y ascenso del Front de Gauche hizo desvanecer la (parcial) ilusión fundacional del NPA, sobre todo vivida subjetivamente para muchos de los nuevos afiliados con menos experiencia, de que era el “partido de la izquierda

a la izquierda del PS”, al lado de un moribundo PCF, unos verdes marginales, y una Lutte Ouvrière aislada y en declive. De golpe, el NPA se convirtió en uno de los dos actores a izquierda del PS y en el pequeño de ambos.

Los resultados limitados de las elecciones europeas y el ascenso del Front de Gauche cristalizó importantes diferenciaciones internas respecto a la relación a mantener con éste con vistas a las elecciones regionales y locales de marzo de 2010, dividiendo al partido en prácticamente tres tercios iguales. La posición mayoritaria defendía la independencia respecto al Front Gauche y la imposibilidad de mantener una alianza a escala nacional con éste, por su compromiso con una perspectiva de gobierno conjunto con el PS, pero abría la puerta a acuerdos locales y regionales en aquellas demarcaciones donde estaba claro que el Front no iba a gobernar con el PS. A esta orientación se confrontaba otra posición partidaria de buscar una alianza “antineoliberal” estable con el Front y otra partidaria de no llegar a ningún tipo de acuerdo.

En paralelo con las discusiones sobre orientación en los primeros meses de vida el NPA tuvo, como es normal, algunas dificultades para engrasar la nueva maquinaria, ponerse en marcha, y dinamizar el funcionamiento interno. La estabilización de una militancia muy variada y en gran parte sin experiencia y a veces sin una buena comprensión del significado del compromiso político duradero, la militancia partidaria, las discusiones complejas y tediosas, el trabajo organizativo colectivo..., se manifestó compleja. Al calor de los debates internos, algunos sectores o “personalidades” más o menos relevantes en el mundo activista o intelectual que se habían acercado al proyecto en su fundación lo abandonaron, en general con la retórica común de considerarlo una “*mera repetición de la LCR*”, un proyecto típico de “*la izquierda revolucionaria de siempre*”... De unos 9.000 afiliados iniciales se pasó a unos 5.000/6.000 en dos años. Aunque el catastrofismo interesado de algunos medios de comunicación, que intenta presentar la pérdida de afiliación como consecuencia de (esencialmente) desacuerdos “por la derecha” con la orientación del partido, carece de justificación, no por ello hay que minimizar un dato negativo relevante como este.

Apareció, además, de forma imprevista el debate sobre la cuestión del velo, a raíz de la decisión del comité local de Vaucluse de colocar en las listas de las elecciones locales y regionales de marzo de 2010 de una joven candidata con velo, Ilham Moussaïd. Si este es un debate de actualidad internacional que está marcado por la doble ofensiva xenófoba e islamófoba y antifeminista que recorre la Unión Europea, adquiere una especificidad particular en Francia y ha generado controversias, y tomas de posición, a menudo poco comprensibles y aún menos extrapolables fuera del hexágono, en el seno de todas las familias de la izquierda/**10**. Los medios de comunicación y el resto de la izquierda, empe-

zando por el Front de Gauche, atacaron duramente sin escrúpulos al NPA, convirtiendo el asunto en el tema estrella de la campaña y silenciando las propuestas programáticas del partido. El resultado fue la aparición de importantes tensiones internas dentro de la organización y el estallido de un debate bastante tumultuoso.

A pesar de las dificultades encontradas, y de muchos intentos mediáticos de darlo por enterrado, el NPA mostró durante estos dos años su vitalidad y su existencia real. Tuvo un papel destacado y dinámico en el movimiento contra la reforma de las pensiones de Sarkozy en otoño de 2010, interviniendo en la movilización social y sindical, empujando hacia la huelga general y mostrando una implantación sindical, social y territorial real. El *partido del megáfono* [el logo del NPA incluye la imagen de un megáfono] por fin tenía su bautismo de fuego social.

Los debates del primer congreso

La discusión principal del congreso¹¹ estuvo centrada en la definición de orientación y las tareas de construcción y las respuestas a la crisis. Las principales controversias al respecto tienen que ver en cómo articular una alternativa de izquierdas a la izquierda del PS y, en particular, sobre la táctica electoral que debe seguir la organización y la relación que deber tener con el Front de Gauche.

La orientación defendida por la dirección (con mayoría relativa, 42%) se enmarcaba en la continuidad de la orientación seguida por el NPA desde su creación. Frente a una tendencia que enfatizaba los rasgos “revolucionaristas”, “obreristas” del partido y una rígida política de alianzas (plataforma 2 con un 28%) y otra que disolvía el perfil anticapitalista en beneficio de una convergencia “antineoliberal” amplia de las fuerzas a la izquierda del PS (plataforma 3 con un 26%), la posición de la dirección afirmaba la necesidad de construir una izquierda “*basada en la independencia estricta del Partido Socialista*”, y la imposibilidad de llegar a acuerdos nacionales con el Front de Gauche, que representa “*la cristalización en el paisaje político de una izquierda reformista antineoliberal*” y que concibe “*la transformación social esencialmente a través del prisma electoral e institucional*”. En otras palabras buscaba ni “*diluir el perfil anticapitalista ni el repliegue en sí mismo del partido*.” Dicha orientación busca combinar la necesaria construcción y consolidación del NPA con una política unitaria que evite que el partido aparezca como sectario ante el Front de Gauche, en un escenario donde tanto éste como los medios de comu-

^{10/} Para esta cuestión y algunos aspectos del debate “francés” y del NPA ver el *dossier* “Laicismo, religión y espacio público” editado por Martí Causa en *VIENTO SUR*, 114, 29-73.

^{11/} Para más detalles del Congreso pueden consultarse las crónicas de Josep Maria Antentas y Judith Carreras: “Empieza el Congreso del NPA” (<http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=3606>) “Segundo día del congreso del NPA” (<http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=3611>) “Terminó el Congreso del NPA” (<http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=3614>)

nicación buscan presentarlo así. Siendo ésta una orientación adecuada el problema real es su concreción práctica compleja y atender simultáneamente a las legítimas aspiraciones unitarias, a menudo ilusorias, de una parte de la militancia del partido, y a los deseos comprensibles de reforzar el propio proyecto, a menudo desprovistos de cintura táctica, de otra parte.

El otro debate importante de este primer congreso fue sobre feminismo, laicidad e emancipación. Uno de los subtemas del mismo concernía al velo y a la posibilidad o no que militantes con símbolos religiosos puedan representar públicamente al partido. Tres grandes posiciones se conformaron en el debate precongresual: el reagrupamiento “feminismo y laicidad”, opuesto a que hubiera representantes públicos del partido con símbolos religiosos visibles; la posición de los activistas de la comisión “barrios populares”, que representa la sensibilidad que menos problematiza la cuestión del velo; y, finalmente, las posiciones impulsadas por la agrupación de Marsella que, esquemáticamente, podrían definirse de intermedias.

El congreso aprobó (71%) una moción de síntesis de las distintas aportaciones al debate que afirmaba la importancia de la defensa de la laicidad, de los derechos de las mujeres, la lucha contra la islamofobia y la concepción de las creencias religiosas como algo perteneciente a las convicciones privadas de las y los militantes. Realizada en una votación a parte, la cuestión sobre la posibilidad o no de tener representantes públicos con símbolos religiosos se saldó con la aprobación de una moción (con pocos apoyos, 39% y con muy poca diferencia de la moción concurrente) que admitía dicha posibilidad y establecía que en caso de conflicto al respecto sería la dirección nacional quien dirimiría el asunto (a diferencia de la moción derrotada que proponía la necesidad de que la dirección nacional tuviera que refrendar por 2/3 una eventual candidatura con candidatas con símbolos religiosos, lo que equivalía de facto a un bloqueo de esta posibilidad). Una conferencia monográfica a celebrar en un futuro profundizará los debates del partido sobre la cuestión.

Perspectivas de futuro

El reciente y complejo primer congreso da fe de las dificultades del NPA, pero también de la instalación real del proyecto en el panorama político francés. El NPA sale del congreso dividido, sin una mayoría política clara y una dirección debilitada. Sin embargo, esto no significa que no pueda recomponerse una mayoría importante dentro del NPA en el próximo periodo en torno a una campaña presidencial de Besancenot. Las encuestas siguen siendo muy favorables a la intención de voto en las presidenciales (4-7%) y esto muestra que existe un espacio social y electoral relevante para una opción como el NPA que, por otra parte, está también confrontado al reto de emanciparse a medio plazo de su dependencia de la popularidad de Besancenot.

La evolución de la situación social, con un fuerte desgaste de Sarkozy, el agravamiento de la crisis, los ecos del movimiento contra la reforma de las pensiones, y el soplo de aire fresco de las revoluciones árabes cuyo impacto, en particular la de Túnez, es muy alta en Francia (por el pasado colonial, la población inmigrante y los escándalos que afectan al gobierno) puede ayudar a revitalizar al partido.

Dos años después de su creación, el objetivo fundacional del proyecto es más necesario y urgente que nunca: construir, en palabras de Daniel Bensaïd

un nuevo partido, tan fiel a los intereses de los dominados y los desposeídos como lo es la derecha con los poseedores y los dominadores, y que no pide excusas por ser anticapitalista y por querer cambiar el mundo /12.

Josep Maria Antentas es miembro de Revolta Global-Esquerra Anticapitalista y profesor de sociología en la UAB. Forma parte de la redacción de *VIENTO SUR*.

12/ Bensaïd, D. (2008) *Penser Agir*. París: Lignes, pág. 7.

2 miradas voces



Álvaro Minguito

El escenario de una especulación

Álvaro Minguito (Madrid 1972)

En sus proyectos fotográficos aborda las distintas formas de expresión colectiva de las actividades políticas, sociales y urbanas. Así en *La memoria internacionalista* y *La memoria enterrada* donde recoge una marcha por el frente del Jarama o las actividades para la recuperación de la memoria histórica. También cuando su mirada recoge los paisajes humanos y urbanos de Marruecos, Estambul o Mozambique.

Pero este trabajo *El escenario de una especulación*, junto con *Corredera baja* y *Un lugar en el mundo* presenta un eje distinto: la afirmación del derecho a la vivienda. Son esos edificios abandonados, esperando que su precio suba, los que se transforman en lugares vividos, colectivos, personales. En el lugar en el que te recoges, piensas, lees, amas, discutes, cabilas pero que te da fuerzas para salir a gritar que todas las personas tenemos derecho a una vivienda digna entre otras afirmaciones.

Mi objetivo es reivindicar la sensibilidad, la justicia,... y la belleza. Intento que la escucha, la lectura y los procesos de vida me inspiren. La calle y sus personajes protagonizan las imágenes que capto. La humanidad y sus cualidades las habitan. O eso pretendo.

Y no solo lo pretende. Lo consigue. Mirad su página y su blog. En Blanco y negro o en color, retrato o paisaje. Su dominio sobre la profundidad de campo, la composición de sus fotografías, su punto de vista son clásicos, pero recogiendo la mirada de siglos, la refleja con una visión actual.

www.alvarominguito.net

www.cuandolooscuropintenegro.blogspot.com

Carmen Ochoa Bravo









3 plural plural

La izquierda contra el franquismo

Hace cuarenta años se fundó la Liga Comunista Revolucionaria, una organización en la que militamos algunos de los componentes actuales del Consejo y la Redacción de *VIENTO SUR*, y la totalidad de quienes decidieron continuar con la revista tras el fracaso de la unificación MC-LCR. Este aniversario nos pareció un buen punto de partida para un *Plural*.

Empezamos a hablar sobre el asunto entre gente de la Redacción y el Consejo: tuvimos claro desde el comienzo que el intervalo temporal debía ir desde comienzos de los años 70 hasta la Transición y que el enfoque no podía limitarse a la experiencia de la Liga. Había que incluir a otras organizaciones y corrientes significativas de la lucha antifranquista; así el resultado sería más interesante y se correspondería con la orientación general de la revista.

Decidido este criterio y antes de organizar el sumario y buscar colaboraciones, había que preguntarse si el aniversario era la única razón del *Plural* y, en consecuencia, éste iba a tener un aire de entre “ceremonia de autoexaltación” y añoranza melancólica de “lo que pudo haber sido y no fue”, o si el tema tenía interés en sí mismo, como parte de la memoria política que debería ser patrimonio de eso que se conoce con la expresión horrible de “nuevas generaciones militantes”, o sea la gente joven de la izquierda social y política, que afortunadamente para ella, no lleva encima el lastre del “miedo a equivocarse otra vez”, que tantas veces (nos) atenaza a la “vieja generación”.

Con algunas dudas, pensamos que el tema tenía interés en sí mismo, y nos pusimos a trabajar.

¿Qué tipo de textos encargar? En primer lugar, había que valorar la información, porque buena parte de esta historia permanece desconocida o lo que es peor, mal conocida. La “izquierda radical estatal” ha tenido mala suerte con sus historiadores. Curiosamente, hay mejores libros sobre la historia del FLP, que sobre la de la Liga o la ORT, pongamos por caso.

En cambio, convenía descartar los enfoques “deconstructivos” que convierten aquellas experiencias militantes en una especie de acampadas de boy scouts, aventurillas iniciáticas banales de “jóvenes inquietos”. Algunos de estos juegos han terminado, lógicamente, dando la razón al PSOE o al PCE, y ya de paso a la Transición y a ese “mejor de los mundos democráticos posibles” en los que al parecer vivimos, pero esa es otra historia.

Además, había que evitar toda pretensión de insinuar, entre líneas, alguna analogía entre entonces y ahora. No era ese, de ninguna manera, ni el enfoque, ni el sentido del *Plural*. Si alguien quería plantear una reflexión de política actual a partir de las experiencias de entonces, era muy libre de hacerlo, pero en ese caso mejor que lo planteara abiertamente.

Ya sólo quedaba pedir las colaboraciones necesarias. Jtxo Estebaranz recibió el encargo quizás más difícil, especialmente teniendo en cuenta el espacio disponible: escribir sobre la corriente “libertaria” o “asamblearia”, con sus muy diversas referencias ideológicas y prácticas.

Sobre la corriente maoísta, había que seleccionar; estaba descartado, por razones de espacio y de interés, dedicar un artículo a cada una de sus numerosas organizaciones. Facilitó la selección poder contar con la colaboración de **José Antonio Errejón** sobre el PTE, que es además la única organización de la “izquierda radical estatal” de la época que llegó a contar con una influencia de masas real, por medio de organizaciones que impulsó, y controló con mano de hierro, mientras pudo: Joven Guardia Roja y Sindicato de Obreros del Campo.

El encargo más claro cayó en **Francisco Letamendia**, que una vez más ha respondido puntualmente a nuestra petición de colaboración sobre la experiencia de la corriente abertzale; por cierto, hay en su artículo muchos datos políticamente significativos, que incluso los “contemporáneos” recordábamos sólo vagamente; es muy interesante y oportuno volver a ponerlos sobre la mesa.

¿Incluimos un artículo sobre el PCE? En principio, no estaba muy claro. El tema iba a ser la “izquierda radical” y, obviamente, el PCE de la lucha contra el franquismo no respondía a ese perfil político, sin que eso significara ningún menosprecio al compromiso, ese sí “radical”, de sus militantes. Pero en realidad, de una manera u otra, el PCE fue una referencia ineludible en la lucha antifranquista y, más aún, en la Transición, y de un modo u otro, la actitud hacia sus iniciativas generales y sus decisiones concretas tuvo una influencia determinante en los resultados y consecuencias de aquella historia y en las políticas de la “izquierda radical”.

Una vez que decidimos incluir un artículo sobre el PCE nos encontramos con el muy complicado problema de a quien encargarlo con capacidad para hacer un trabajo crítico desde un conocimiento bien fundado de esa experiencia. Resolvimos el problema gracias a la colaboración de **Xavier Domènech**, a quien debemos algunos de los textos más lúcidos y estimulantes publicados en los últimos años sobre la historia de la Transición.

Y en fin, la Liga. Pues podría decirse que “quien parte y reparte” se llevó si no la mejor, al menos la mayor parte. Dos artículos sobre el período elegido: **Martí Caussa** escribe desde la fundación hasta la muerte del dictador y yo mismo desde entonces hasta los Pactos de la Moncloa. Además, **Ricard Martínez** analiza sobre la última etapa de la Liga, en torno a una idea política muy controvertida: el “Partido de los Revolucionarios”.

No sé si será prudente anunciarlo, pero estos materiales tienen que ver con el proyecto en curso –¡largo curso, vive dios!– de un libro colectivo sobre “La LCR en sus documentos”, en el que buscamos contar nuestra propia historia, antes de que alguien, vaya usted a saber quien y cómo, la cuente por nosotros. Espero que “descubrir” el proyecto aquí, anime a los ya pocos rezagados, incluso a alguno al que conozco muy bien, a terminar de una vez su trabajo.

Miguel Romero (editor)



1. La izquierda contra el franquismo

La LCR y la izquierda radical (1966-1975)

Martí Caussa

La LCR nació en el mismo momento que una constelación de grupos de la llamada izquierda radical (o izquierda revolucionaria y también extrema izquierda). Tras numerosas crisis, escisiones y unificaciones tan solo algunas de estas organizaciones habían superado el nivel de grupúsculo en el momento de la muerte de Franco. Este artículo intenta analizar el contexto de su nacimiento y consolidación, con especial atención a la LCR y a sus relaciones con el resto de organizaciones.

Los tiempos estaban cambiando

Como fecha simbólica de este inicio de cambio, en el Estado español, se puede elegir 1962 con las grandes huelgas de los mineros asturianos y la solidaridad que despertaron entre la clase obrera y los estudiantes; también porque allí nacieron las CCOO, la organización más importante del renacer del movimiento obrero. Como otros hitos se pueden señalar: 1966 con la constitución del primer Sindicato Democrático de Estudiantes y el éxito de CCOO en las elecciones a enlaces y jurados; 1967 con la durísima lucha de Laminado de Bandas Echevarría y la solidaridad que despertó; y 1969 con la radicalización de las luchas estudiantiles, el asesinato de Enrique Ruano por la policía y el Estado de excepción como intento (fracasado) para acabar con los impulsores de la creciente radicalidad de las luchas. A nivel internacional merecen señalarse, después de la revolución colonial (que había llevado a la independencia de Argelia en 1962) y de la ruptura sino-soviética en 1963, dos acontecimientos de 1966: la Conferencia Tricontinental de La Habana y el inicio de la Revolución Cultural China. Aunque sin duda los acontecimientos más influyentes fueron los de 1968, el mayo francés, la Primavera de Praga y la ofensiva del Tet en Vietnam, que fueron interpretados por mucha gente como un nuevo ascenso de la revolución y la lucha por el socialismo a escala planetaria.

Rupturas en las “viejas” organizaciones

Los acontecimientos anteriores sacudieron la estabilidad de casi todas las organizaciones existentes y acabaron produciendo rupturas en las mismas. alguna de estas organizaciones, como el PCE, había surgido antes de la guerra civil,

aunque otras tenían su origen en los años cincuenta, pero eran ya “viejas” en relación a las expectativas de un sector de sus militantes.

Tal era el caso de la primera ETA (nacida en 1959) que, en la primera parte de la V Asamblea, expulsó a los “obreristas” de ETA-Berri, que se llamó Komunistak a partir de 1969 y que desembocó en el MCE en 1972. Pocos meses más tarde, en marzo de 1967, la segunda parte de la V Asamblea rompió con la orientación de la “vieja” ETA, definiendo los perfiles de lo que después se llamó nacionalismo revolucionario, con el proyecto de construir un Estado socialista vasco independiente. En 1970 se produjo una nueva ruptura en el curso de la VI Asamblea, entre la mayoría (que acabó evolucionando hacia el trotskismo y la fusión con la LCR) y la minoría, que se llamó ETA-V y dio continuidad a la orientación anterior.

Tales delimitaciones no eran una exclusividad vasca, sino un signo de los tiempos, como lo muestra el surgimiento (en 1969) del Partit Socialista d'Alliberament Nacional (PSAN), después de romper con el Front Nacional de Catalunya (FNC), creado en París en 1940. El PSAN era también un representante del nacionalismo revolucionario que preconizaba la liberación nacional y de clase y la construcción de una sociedad socialista catalana. Posteriormente, estuvo en el origen del Moviment de Defensa de la Terra (1984) y de Catalunya Lliure en 1989.

La primera ruptura con el PCE fue la del PCE-ml en 1964, con una orientación pro-China que evolucionó a pro-Albania; este partido fue el impulsor del FRAP en 1970 y en 1975 inició una ofensiva de acciones armadas. Pero las rupturas llamadas a tener más peso en la izquierda radical se iniciaron en 1967 en Catalunya, con el grupo Unidad que más tarde dio origen a Bandera Roja (1968) y al PCE(I) en 1969. Este último, de orientación maoísta, se convirtió en PTE en 1975 para poder incorporarse a la Junta Democrática y en PT en 1979, después de la fusión con ORT. Esta última organización, también de orientación maoísta, había surgido en 1969 como una escisión de la Asociación Sindical de Trabajadores (AST), sindicato de origen católico constituido en 1964.

También en 1969 tuvo lugar la crisis terminal de las Organizaciones Frente (FLP, FOC y ESBA), primero con la expulsión del grupo Comunismo (que dio origen a la LCR) y después con un estallido en numerosos grupos, de los cuales el que tuvo más importancia en la izquierda radical fueron los Círculos de Obreros Comunistas que, en 1974, estuvieron en el origen de la OICE (que, a su vez, se fusionó con el MCE en 1979).

A pesar de las grandes diferencias entre estos grupos pueden señalarse una serie de características más o menos comunes a muchos de ellos (las principales discrepancias se dan entre los representantes del nacionalismo revolucionario, especialmente ETA-V y, parcialmente, el PSAN) que pueden considerarse la impronta de la época en que nacieron: 1) afirmación de la actualidad de una revolución que abriera el camino hacia el socialismo; 2) oposición a las vías pacíficas y necesidad de la violencia revolucionaria, aunque unos preconizaban su necesidad

inmediata y otros no; 3) protagonismo de la clase obrera, aunque con diferencias sobre las alianzas necesarias para el derrocamiento del franquismo; 4) necesidad de un partido de tipo leninista, aunque con interpretaciones diversas de su significado; 5) fuerte identificación con corrientes internacionales, particularmente con el maoísmo y el trotskismo; 6) un elevado grado de activismo, generalmente acompañado de izquierdismo (acciones radicales de pequeños grupos) y de sectarismo, manifestado particularmente en la creación de organizaciones obreras de cada partido (Comisiones Obreras Revolucionarias, de Zona, Sectores de CC OO, etc.) y en la reticencia a la unidad de acción con otros partidos; 7) poca capacidad para integrar las diferencias internas, lo cual dio lugar a muchas escisiones.

Los retos de la consolidación

En el momento de su aparición todos estos grupos contaban con una experiencia política y organizativa previa, adquirida en las organizaciones con las que habían roto; esto era sin duda un capital importante. También contaban con algunas definiciones teóricas de partida y unas referencias internacionales fuertes que, en algunos casos, eran también relaciones organizativas con partidos del ámbito internacional. Pero el capital humano y la experiencia que acumulaban podía dilapidarse rápidamente sin una orientación adecuada. Y las referencias internacionales, en el mejor de los casos, sólo podían ser una ayuda para encontrar esta orientación, pero el peso de la tarea debía recaer necesariamente sobre las nuevas organizaciones.

De modo que la consolidación de estos grupos estaba fundamentalmente ligada a factores como los siguientes:

1) La capacidad para demostrar la utilidad de la organización en la consecución de alguno de los objetivos que estaban de actualidad en cada momento. Esta era una exigencia absoluta; sin esta capacidad, expresada al menos en algunos movimientos o actividades, una organización nueva no podía crecer ni consolidarse.

2) La oferta de un proyecto político capaz de interesar a la gente más inquieta que participaba en las luchas, un proyecto que relacionara la orientación en los combates del momento con el derrocamiento de la dictadura y el avance hacia el socialismo del que se reclamaban.

3) La capacidad de cambio ante la evaluación que la realidad realizaba sobre su línea política: ya sea porque ésta se demostrara poco adecuada desde el primer momento, ya sea porque los cambios en la situación social y política obligaran a modificarla.

4) La adopción de una estructura y un funcionamiento interno que permitieran mantener un máximo de unidad frente al inevitable surgimiento de diferencias internas. Las dos soluciones más radicales y contrapuestas fueron el liderazgo de una persona acompañado de “culto a la personalidad” o una democracia interna con debates periódicos, derecho de tendencia y elección democrática de los dirigentes. En la práctica, entre la una y la otra hubo muchas mediaciones, aunque algún tipo de liderazgo fue la opción mayoritaria.

5) La habilidad para desarrollar una política unitaria que permitiera dar la mayor amplitud a las movilizaciones o iniciativas que eran necesarias. Y la capacidad para generar procesos de acercamiento con otras organizaciones afines y, eventualmente, culminarlos con unificaciones que aumentarían las fuerzas militantes.

La trayectoria de la LCR: de la ruptura con el FLP a la fusión con ETA-VI

La gente que rompió con el FLP para formar el grupo Comunismo no era trotskista. Eran jóvenes radicalizados por su experiencia de lucha en el movimiento estudiantil o en las Comisiones Obreras Juveniles, que querían que su organización se definiera a favor de la revolución, del comunismo y adoptara una estructura de tipo leninista.

Su preocupación fundamental después de la ruptura fue dotarse de unas bases teóricas comunistas mediante un proceso de discusión interna. Pero éste se organizó de tal manera que implicó el práctico abandono de la intervención y la pérdida de buena parte de los simpatizantes y contactos. Cuando un año después apareció el número 0/1 de la revista *Comunismo*, se explicaba que el grupo había avanzado en la utilización de elementos teóricos del trotskismo, pero se trataba de algo bastante genérico. Por eso cuando unos meses más tarde la mayoría del grupo se definió a favor de la IV Internacional, se produjo la salida de un grupo de militantes que se alinearon con las posiciones de Pierre Lambert y constituyeron la Organización Trotskista (OT) y, más tarde, la LOC y el PORE.

Esta reclusión teoricista estuvo a punto de significar la desaparición del grupo Comunismo. Fue rescatado gracias a la sensibilidad de sus militantes, implicados en luchas duras como las de AEG y Harry Walter o en las luchas contra las penas de muerte solicitadas en el Consejo de Guerra de Burgos. En algún momento de estas movilizaciones, en diciembre de 1970, el grupo comunismo decidió convertirse en LCR. Fue el primer gran cambio. La nueva organización se concebía como un grupo para la acción y quería demostrar su utilidad a través de la misma. Pero estaba lastrado por su sectarismo respecto a CCOO, a los demás grupos políticos y a sus propios reagrupamientos internos.

Un documento que tuvo especial importancia en la evolución de la primera LCR fue *El crepúsculo del franquismo*, escrito por Ernest Mandel y fechado el 31 de diciembre de 1970, aunque fue conocido por el grueso de los militantes bastante más tarde. En él se afirmaba que las luchas contra los Consejos de Guerra de Burgos habían inaugurado el crepúsculo del franquismo que, sin embargo, no podía ser transformado en democracia burguesa por la simple presión de las masas, sino que debía ser derrocado por la acción revolucionaria de masas. Ésta comenzaría seguramente por reivindicaciones económicas y democráticas elementales, pero en su desarrollo pondría al orden del día el ataque a la propiedad capitalista y la necesidad de avanzar hacia la revolución socialista.

Sin embargo el I Congreso de la LCR reunido en enero de 1972 fue todavía un caos. Los únicos acuerdos que adoptó fueron la petición de adhesión a la IV Internacional, la aprobación de unos Estatutos y la elección de un Comité Central. También constató la existencia de posiciones parcialmente diferentes sobre las CCOO y otros aspectos de política unitaria, que se agruparon en lo que se llamó discusión sobre el Frente Único.

Con el paso de los meses estas diferencias aumentaron y dieron lugar a la constitución de dos tendencias, llamadas la *Liga en la Encrucijada* y la *Liga en Marcha*, que terminaron separándose en ocasión del II Congreso de la LCR, celebrado en diciembre de 1972, al que solo acudió la tendencia *En Marcha*. La otra tendencia realizó su Congreso en junio de 1973 y adoptó el nombre de LC. Al valorar las diferencias políticas el II Congreso de la LCR afirmó que, pese a su gravedad, no justificaban la ruptura; la misma valoración se repitió en el momento de la reunificación en 1977. En las dos ocasiones se señaló el peso determinante que tuvieron los inadecuados métodos de debate y funcionamiento.

Los principales cambios prácticos que comportó el II Congreso de LCR fueron: 1) el inicio de un trabajo sistemático en CC OO (compartido también por el Congreso de LC); 2) la decisión de establecer un proceso de debate y unidad de acción privilegiada con ETA, que acababa de realizar la segunda parte de la VI Asamblea; 3) la revisión de los métodos de funcionamiento interno; 4) la sistematización de lo que se denominó combinación de unidad de acción y desbordamiento (que había sido el núcleo de las diferencias con LC).

Este último punto se puede esquematizar de la siguiente forma. Para conseguir la conquista de las reivindicaciones del movimiento de masas era necesario arrastrar a las organizaciones mayoritarias (principalmente el PCE) a la unidad de acción. Pero, debido a la relación de fuerzas, esto no era posible de forma sistemática. Era necesario apoyarse en los sectores más combativos (el movimiento estudiantil, ciertas fábricas, la unidad de acción con otros grupos de la izquierda radical...) para iniciar la movilización (el desbordamiento) y luego intentar forzar la incorporación de las organizaciones mayoritarias (la unidad de acción).

El III Congreso se realizó simultáneamente con la VII Asamblea de ETA, en diciembre de 1973, y de ambos salió una organización unificada que durante unos años firmó como LCR-ETA(VI) a nivel estatal y como ETA (VI) en Euskadi. Esta unificación puede considerarse el final del proceso de consolidación de la organización. En el terreno de la actividad política las principales aportaciones de esta unificación fue una mejor comprensión de las reivindicaciones nacionales, antirrepresivas y democráticas. Esto último se reflejó, por ejemplo, en el protagonismo adquirido en las luchas por la libertad de los presos políticos, tanto dentro como fuera de las cárceles, que dieron lugar a las importantes movilizaciones de diciembre de 1974 y las todavía mayores de 1975 para intentar evitar las últimas penas de muerte de Franco contra dos militantes de ETA y tres del FRAP.

La democracia interna: proclamaciones y realidades

Frente a otras organizaciones de la izquierda radical que interpretaron el centralismo democrático en clave estalinista o maoísta, quienes rompieron con el FLP lo interpretaron desde el principio en clave democrática, aunque no exenta de contradicciones. Así por ejemplo el grupo Comunismo propugnaba el libre debate dentro del partido y la libertad de tendencia, pero al mismo tiempo se refería a “*la lucha ideológica interna (la única forma de lucha de clases dentro del partido)*”, una clara influencia maoísta. Esta extraña combinación permitía que aparecieran tendencias con posiciones diferenciadas, pero por otra parte facilitaba la rápida cristalización en fracciones (si alguna se inclinaba por la “lucha de clases dentro del partido”). Cuando se planteó la opción de optar por la IV Internacional y un grupo de militantes defendió la alternativa que representaba Pierre Lambert, la mayoría del grupo Comunismo no respetó ninguno de los mecanismos democráticos que teóricamente defendía y expulsó a estos últimos. También el liderazgo personal estuvo fuertemente arraigado en este grupo y la primera LCR.

La adopción de los Estatutos en el I Congreso y la relación con la IV Internacional, con una larga tradición democrática, supusieron una mejora notable pero insuficiente. La discusión de tendencias posterior iba a mostrar que el derecho de tendencia también podía ser usado para desorganizar e incluso paralizar la actividad de la organización, y que la inclinación a extrapolación de las diferencias era una amenaza para la unidad de la organización. Solo a partir del II Congreso se consiguió un funcionamiento interno capaz de combinar la democracia, el respeto de las diferencias, el funcionamiento colectivo y la eficacia en la acción.

Durante la dictadura numerosas organizaciones rechazaban la democracia interna con dos tipos de argumentos. El primero afirmaba que una organización democrática no podía resistir la represión; la LCR fue el ejemplo práctico de lo contrario. El segundo argumento afirmaba que el reconocimiento del derecho de tendencia facilitaba las rupturas y las escisiones; sin embargo los grupos que no lo reconocieron no tuvieron menos rupturas; y, por otra parte, a partir del II Congreso las rupturas en la LCR fueron insignificantes y las fusiones, en cambio, muy importantes. La argumentación de la LCR siempre sostuvo que la democracia interna era una cuestión de principio, a la que no se debía renunciar, incluso si en algunos momentos los liderazgos parecían tener más éxito. Pero por, otra parte, reconocía que su aprendizaje era una tarea permanente.

La política unitaria hacia la izquierda radical

Ya se ha indicado que la gente que rompió con el FLP se caracterizaba por su sectarismo, una actitud compartida por la mayoría de las organizaciones de la izquierda radical. El grupo Comunismo disponía de una nutrida colección de adjetivos terminados en “*istas*” para descalificar al resto de grupos de la izquierda radical. En este contexto es evidente que la política unitaria debía ser prácticamente inexistente.

En los inicios de la LCR las cosas no cambiaron sensiblemente. Solo después del I Congreso la tendencia *En Marcha* empezó a plantear que, para poder iniciar movilizaciones era necesario apoyarse también en la unidad de acción con otros grupos de extrema izquierda. No fue una rectificación fácil de dominar, porque se teorizaba que la unidad debía combinarse con la crítica a todas las inconsecuencias; y no pocas veces esta crítica se hacía de tal modo que devenían un obstáculo para la siguiente unidad. Sólo la práctica y las exigencias de las luchas fueron allanando los obstáculos a la unidad.

Pero es preciso reconocer que la colaboración sistemática era difícil debido a la importancia de algunas diferencias. Tres de ellas merecen ser destacadas: 1) las que derivaban de una estrategia (o marco de lucha de clases) nacional, como en el caso de ETA, PSAN, etc. que, en determinados momentos, podían dificultar la unificación de las movilizaciones a escala estatal que defendía la LCR; 2) las que tenían que ver con la realización de acciones armadas (como las de ETA, FRAP o GRAPO) que la LCR no aprobaba, pese a su perspectiva de derrocar a la dictadura mediante una Huelga General Revolucionaria; 3) las que implicaban la entrada o el apoyo en los organismos de la Oposición Democrática (como la Junta y la Plataforma), a los que la LCR se oponía radicalmente por considerar que su actuación se dirigiría a evitar la ruptura radical con el franquismo.

El tipo de unidad que acabamos de analizar se refería solo a la unidad para la acción. La posibilidad de la unidad en un mismo partido era una cosa muy diferente. Ni el grupo Comunismo ni la primera LCR se dedicaron a pensar en ella, aunque ninguno de los dos se había considerado “el partido”, sino sólo una organización que luchaba por su construcción. Las cosas sólo empezaron a cambiar en el II Congreso con la relación preferente establecida con ETA, una organización a la que en el pasado se habían dirigido las mismas descalificaciones que a las demás y que sorprendentemente (por la evolución de su dirección en contacto con la LCR francesa y la IV Internacional) se estaba acercando al trotskismo. El éxito de esta fusión, aprobada en el III Congreso, hizo pensar que otras evoluciones del mismo tipo eran posibles y que había que estar atento a ellas. Las condiciones para la unidad se fijaban en la coincidencia en el programa fundamental (que incluía la definición trotskista) y mantener el régimen de libre discusión y democracia interna que se estaba demostrando adecuado. Esto facilitó la fusión con grupos locales, pero las propuestas más ambiciosas todavía tardarían en llegar.

En el momento de la muerte de Franco, la constelación de grupos radicales que había surgido a finales de los años sesenta se había reducido. Sólo algunos de ellos se habían consolidado relativamente y eran capaces de influir en las movilizaciones en curso. La situación que se abrió con la muerte del dictador y, especialmente, a partir del gobierno Suárez, los iba a someter a pruebas mucho más decisivas. Pero esta es ya otra historia.

Martí Causa fue miembro de la dirección de la LCR. Forma parte del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.



2. La izquierda contra el franquismo

El choque contra la Transición

Miguel Romero

La historia de la LCR se funde con la de su periódico, *Combate*. Leyendo *Combate* se conocen no sólo las ideas y las iniciativas de la organización; también se percibe, más o menos entre líneas, su pulso, los estados de ánimo de los militantes y de la dirección.

La mitificación del *Qué hacer* de Lenin –el periódico como organizador y centralizador colectivo del partido clandestino– tuvo un peso inicial en la atribución de ese papel predominante a *Combate*. Pero fue sobre todo la lógica de la acción militante la que, de una manera natural, lo estableció así pese a que en la Liga se producía muchísimo “papel” (panfletos, boletines de empresa y sectoriales y, especialmente, boletines internos por todas partes, reflejo abrumador, y hasta emocionante dadas las circunstancias, del cuidado por la democracia interna, por no dejar que la clandestinidad la sofocara, por dejar constancia por escrito de los debates y ponerlos a disposición de los militantes). La organización se dirigía desde el periódico y sacar el periódico significaba asumir la obligación de analizar la situación, plantear objetivos, informar de luchas que sólo podían conocerse por medio de él. En la clandestinidad, tocar *Combate* era como abrazar a la Liga. Sin duda, para conocer la historia de la organización hay que recurrir también a otras fuentes; pero para conocer la vida de la Liga, no hay medio mejor que *Combate*.

Este artículo va a tratar de cómo vivió la Liga, y por tanto qué se escribió en *Combate*, entre la muerte de Franco y los Pactos de la Moncloa. El título del artículo resume en cierto modo la conclusión: la Liga “chocó” con la Transición y salió muy dañada del choque. A veces leer *Combate* es una experiencia gratificante, aunque también a veces es inquietante (*pero, ¿cómo pudimos hacer eso o aquello?*). Hay en todo caso, muchas más luces que sombras en la experiencia de la Liga durante esos años. Pero debemos recordar las dos.

Combate nº 41. 1 de diciembre de 1975. “¡Libertad para los presos políticos!”. En la portada, el título no es más grande porque se saldría del papel. Franco ha muerto y la Liga responde no con una retahíla de consignas, sino concentrando la atención en lo fundamental: la libertad de las y los presos políticos, el libre regreso de las y los exiliados es entonces la clave de la ruptura. Expresa así además la necesidad, y el deber, de proteger a quienes

están en la cárcel, en condiciones especialmente duras que se denunciaban en el periódico. “*A nosotros nos tienen seguros en sus manos*”, escribían nuestros presos del Penal del Puerto de Santamaría. Y añadían:

...las condiciones en las que vivimos, el sadismo y la persecución constante por parte de los carceleros, las provocaciones, amenazas y castigos que llueven sobre nosotros, nos hacen temer lo peor (...) Si algo nos ocurriera, será un vil asesinato más, en la larga cadena de crímenes del franquismo...

Se han recordado muchas veces los brindis con cava, o con lo que cada cual tenía a mano, para festejar la muerte del dictador. Y por supuesto que hubo brindis, y abrazos, y alegría,... Pero no fue ese el clima político de las semanas posteriores, sino una mezcla de expectativas y angustia. No conseguir arrancar a los presos de las cárceles fue el primer signo de la dureza de las luchas que estaban en el horizonte.

La Liga comprende bastante bien las condiciones políticas básicas de la dictadura sin Franco. Unos días antes de la muerte del dictador, la revista de la IV Internacional, *Inprecor*, publicó un editorial escrito probablemente por alguien de la dirección de la Liga, en el que se decía:

Los hechos confirman el diagnóstico de los revolucionarios: solamente cuando las masas hagan fracasar todos los planes de cambio en la continuidad (del franquismo); cuando la situación prerrevolucionaria se haga una realidad, entonces la gran burguesía proclamará abiertamente su ruptura con el ‘franquismo sin Franco’, es decir, aceptará la legalidad del movimiento obrero y sus organizaciones como única solución de recambio a la eventualidad de un enfrentamiento directo de las masas con el Estado burgués, con miras a la destrucción de éste. Todos los planes de la oposición reformista –del PC y del PS– tienden a la creación de estructuras políticas que permitan la afluencia del movimiento de masas hacia canales que sean compatibles con el mantenimiento del Estado burgués y de la economía capitalista.

Con estas ideas, fue posible orientarse razonablemente bien en los meses posteriores.

Pese a que la lucha política contra “el franquismo sin Franco” era la cuestión fundamental en aquellos momentos, *Combate* dedica mucho espacio a la acción sindical contra el “plan de ajuste” aprobado en el primer Consejo de Ministros presidido por el recién coronado Rey. El periódico reproduce la plataforma reivindicativa de la Coordinadora de Euskadi de CC OO (CECO) –que agrupaba a la “izquierda sindical”, mayoritaria en Euskadi, salvo en la margen izquierda de Vizcaya, feudo de la Comisión Obrera Nacional de Euskadi (CONE), fruto de una división impuesta por el PCE–. La plataforma combina reivindicaciones sociales (aumentos salariales lineales, a igual trabajo igual salario, medidas contra el paro, jubilación a los 60 años...) y políticas (amnistía, libertades democráticas, disolución de las fuerzas represivas, derecho de autodeterminación...). Esta orientación socio-política no era un discurso ideológico; por el contrario, marcará el extraordinario período de huelgas que caracterizará el primer semestre de 1976.

Tampoco se entendía como un tema de simple propaganda otro eje fundamental de la Liga: la política unitaria. Por ejemplo, *Combate* informa de los esfuerzos que están realizando las CECO para lograr la unidad con CONE, dirigiéndose a ella en estos términos:

Sabemos de vuestro trabajo en fábricas y tajos en pro de movilizar a toda nuestra clase. Sabemos de vuestros deseos de unidad. Entonces, ¿a qué continuar divididos? (...) Hagamos participar en la solución de estos problemas al grueso de trabajadores en asambleas... y es seguro que nos prestarán una ayuda decisiva para conseguir lo que todos buscamos, la unidad más estrecha de todas las CC OO.

La Liga propondrá ampliar esta unidad a otras organizaciones sindicales vascas (LAB, Comités,...) con las que se había coincidido en la acción de la última huelga general. Pero el PCE no estaba en absoluto por la labor de unificar nada que no dirigiera, y finalmente cada organización se mantuvo, aunque la orientación y la presión unitaria fue un estímulo visible en ese semestre de 1976 en el que la ruptura estuvo al alcance de la mano.

Así, en la incierta situación posterior a la muerte de Franco, la Liga es una organización bien conectada con la dinámica de los acontecimientos. Pero también puede decirse que los acontecimientos “conectaban bien” con la Liga. Había condiciones muy adecuadas para una organización activista, empírica, unitaria y radical. Eso es lo que explica que durante el año siguiente tuviera el mayor período de crecimiento de su historia.

El gran objetivo de la Huelga General sólo estará en la portada de *Combate* en el número siguiente, nº 42, 15 de diciembre de 1975, cuando puede apoyarse en la experiencia de la jornada de acción que el 11 de diciembre movilizará a miles de antifranquistas en Catalunya, Euskadi y Madrid. Pero ya entonces aparece junto a los llamamientos a asambleas y organismos unitarios “de clase” a todos los niveles, un tema de propaganda que irá ganando peso en los meses posteriores: “...la unidad de acción de todas las organizaciones políticas obreras impulsando estas tareas [el desarrollo de esos organismos unitarios] y abriendo con ello la perspectiva de un gobierno auténticamente representativo del propio movimiento de masas, de un gobierno sin concesiones ni acuerdos con la burguesía, de un Gobierno de los Trabajadores”. En aquellos momentos, era una fórmula general para criticar las propuestas de “gobiernos provisionales” dirigidos por personajes burgueses, que no representaban ni a sí mismos, difundidas por la “oposición democrática”. No tenía mucha importancia: sobrevolaba por encima de lo realmente importante, la práctica apasionante de cada día, construyendo la posibilidad de la Huelga General por los objetivos fundamentales para la ruptura con el “franquismo sin Franco”: la amnistía, la disolución del aparato represivo, las libertades democráticas, la autodeterminación, las reivindicaciones sociales contra el “plan de ajuste”, las elecciones constituyentes. Pero más adelante, cuando la movilización social declinó, el “Gobierno de los Trabajadores” se convirtió en una consigna central, concretada como “Gobierno PSOE-PCE”. Volveremos sobre este tema, que resume bien las dificultades políticas de la Liga para afrontar la Transición.

Combate nº 55-56. Julio-Agosto 1976. “Para los revolucionarios es el momento de la audacia”. El desarrollo sociopolítico de los acontecimientos a lo largo del año 1976 puede representarse por un diente de sierra, prácticamente simétrico. En el primer semestre tuvo lugar un enorme desarrollo de las organizaciones y movimientos de luchas (cerca de 18.000 huelgas, equivalentes a 150 millones de horas de trabajo, sólo en el primer trimestre de 1976; extensión territorial y social del movimiento contra la dictadura, abarcando a sectores significativos de las “capas medias”; masificación de movimientos por la autodeterminación, especialmente en Euskadi y Catalunya; amplias respuestas solidarias frente a la represión policial y los atentados fascistas, etc.). Este movimiento social logró en sólo unos meses la caída del primer gobierno de la monarquía. Entonces, en la conciencia de la gente movilizada de cualquier tendencia política, “ruptura” equivalía a hacer “*tabla rasa*” del aparato político y represivo de la dictadura. Y éste era considerado, con razón, como un objetivo tan necesario como posible. Lo fue especialmente en el mes de marzo, cuando la respuesta indignada a los crímenes de Vitoria significó un toque a rebato por la Huelga General, que fue desoído por la “oposición democrática”.

Pero tras el nombramiento de Adolfo Suárez como presidente del segundo gobierno de la monarquía en julio de 1976, el diente de sierra tomó el curso descendente. En menos de un año, hasta las elecciones generales de junio de 1977, se provocó una inversión transcendental en la relación de fuerzas: cuando el movimiento por la “ruptura” mantenía la iniciativa en la calle, la iniciativa política fue entregada por el PCE y el PSOE, bajo las siglas de la Coordinación Democrática (creada, no por casualidad, inmediatamente después de los acontecimientos de Vitoria) al Rey y a Suárez, es decir, a la “reforma”. Así la burguesía española pudo, a muy bajo precio, empezar a superar su gravísima crisis política hasta conseguir imponer la Transición.

Combate respondió al nombramiento de Suárez, entendiendo bien que partía de una situación de debilidad, pero sin comprender aún el proyecto político que encarnaba. Un planteamiento voluntarista, pero lógico en aquellos momentos, contaba con una “parálisis” de las políticas de negociación con el entramado de “reformadores” del franquismo, y no podía prever la futura capitulación ante él de los partidos mayoritarios de la izquierda:

Para los revolucionarios es el momento de la audacia. Por una parte, hay que aprovechar la debilidad del gobierno para lanzarse a fondo por la conquista de la legalidad del todo el movimiento obrero. Por otra, hay que aprovechar las experiencias concretas que millones de trabajadores van a hacer en la propia lucha de su propia fuerza y de la parálisis política a que conduce la colaboración con la burguesía para imponer a las direcciones obreras reformistas su ruptura con los pactos interclasistas. Ambas batallas están firmemente unidas y ambas se van a producir en la lucha por la Huelga General. ¡Por la amnistía total. Por la legalización inmediata de todos los partidos obreros. Por la convocatoria inmediata de elecciones constituyentes, Por la autodeterminación de las nacionalidades. Preparemos la Huelga General!.

Este número de *Combate* es el que tenían en las manos los delegados al “Congreso de Montpellier” (organizado en esa ciudad del sur de Francia, gracias a la inolvidable solidaridad de la “organización hermana”, la LCR francesa). La organización cambió entonces cambió su nombre de LCR-ETA (VI) a LCR, más apropiado para una conquista de la legalidad que parecía próxima, pero tardaría aún más de un año en llegar. Algunos datos publicados en *Combate* nº 57, 1ª quincena de septiembre (el periódico ya “se atreve” a hacer explícita su periodicidad) son interesantes: la media de edad de la organización es de 23 años; un 32% son mujeres (pero sólo el 9% del Comité Central elegido en el Congreso). El 60% de los militantes son asalariados(as), de los cuales el 40% trabajan en la industria. El 29% son estudiantes. Sólo el 18% militaban en la Liga cuando la unificación entre LCR y ETA VI en diciembre de 1973. El 28% de los miembros del CC han estado en la cárcel; en su conjunto, suman 38 años y 10 meses de prisión. La media de edad del CC es de 28 años. El número de militantes se ha multiplicado por tres entre junio del 75 y junio del 76.

En *Combate* nº 58, 2ª quincena de septiembre, el editorial se refiere a la cuestión política más compleja y que mas dificultades venía creando a la organización ya desde las postrimerías del franquismo: las relaciones con los organismos llamados de la “oposición democrática”: en un principio, la Junta Democrática (1974), controlada por el PCE, en la que participaba el PTE; la Convergencia Democrática (1975), controlada por el PSOE, en la que participaban el MC y la ORT; ambas unificadas en la Coordinación Democrática (1976).

En nombre de la unidad de la ‘oposición democrática’, las organizaciones obreras integradas en Coordinación Democrática renuncian a impulsar la acción centralizada y unitaria de las masas. Frente a esa ‘unidad de la oposición’ es necesario establecer la unidad del movimiento obrero y de todas sus organizaciones. Para preparar y organizar la HG (...) Esta HG desbaratará todo el intento de mantener el régimen franquista y la monarquía asesina (así se la llamaba desde Vitoria), imponiendo la convocatoria de una Asamblea Constituyente que proclame la República.

La Liga no participó en esos organismos y dedicó mucho tiempo y mucho esfuerzo a criticarlos. Fundamentalmente, las críticas se centraron en la ausencia de sus programas de reivindicaciones fundamentales para la ruptura con el franquismo; sus rechazos sistemáticos a basar las propuestas políticas en la movilización social, abandonando en la práctica el objetivo proclamado de la Huelga General; y la orientación hacia un acuerdo negociado con el gobierno y la Monarquía, formulada entre líneas por la Junta Democrática, incluso antes de la muerte del dictador, y asumida abiertamente por la Coordinación Democrática al primer signo de atención del gobierno Suárez.

Todas estas razones estaban bien fundadas y contaron con pruebas prácticas indudables. Pero condujeron a un cierto aislamiento político, en la medida que la Liga era la única organización significativa a la izquierda del PCE que no formaba parte de esos organismos, que funcionaban como referentes “unitarios” para la mayoría de la gente movilizada. La inexistencia de órganos realmente unitarios de

base, en los que se pudieran compartir ideas y experiencias, creaba una situación aún más difícil. La Liga estaba obligada a que sus alternativas políticas tuvieran un carácter meramente propagandístico, difundido solamente por las propias publicaciones, sin apenas posibilidad de desarrollar iniciativas políticas con influencia práctica. No fue un problema demasiado importante en la etapa de ascenso del movimiento, pero se fue agravando a medida que la “reforma negociada” fue ganando peso como alternativa pretendidamente “realista”, sin que fuera posible desbordarla. Hubo esfuerzos para intentar reunir las fuerzas necesarias para ese desbordamiento: desde finales de 1976, la Liga propuso a ORT, PTE y MC llegar a acuerdos políticos unitarios para responder a la “reforma”, sin resultados.

Ese relativo aislamiento político potenció el uso de “consignas centralizadas”, o más bien que pretendían serlo, con un enfoque doctrinario, alejado de la realidad. Así lo mostró la traducción de la fórmula general de Gobierno de los Trabajadores al “Gobierno de los Partidos Obreros”, explicada así en *Combate* nº 67, 1ª quincena de febrero:

(...) hay que propagar entre la clase que es ella misma quien posee la respuesta a los problemas de la sociedad, que son los partidos en los que confía quienes deben gobernar, apoyándose en las organizaciones de los trabajadores, responsabilizándose ante ellos de llevar a la práctica todas las reivindicaciones obreras.

Explicar racionalmente esta posición cuando “*los partidos en los que confía*” la clase obrera, son muy mayoritariamente el PSOE y el PCE, es decir, los mismos a los que se critica precisamente por no llevar a la práctica “*las reivindicaciones obreras*” era una tarea imposible.

Combate nº especial. 20 de febrero de 1977. “Por la unidad obrera ante las elecciones”. La Liga lucha por imponer su legalidad y *Combate* adquiere el formato de un periódico de kiosko, más o menos tabloide. El periódico está dedicado, por supuesto, a los militantes que siguen en prisión. Antxon Karrera y José María Galante, que poco antes estaban con ellos, escriben:

... Hoy quisiéramos hacer saltar los cerrojos de todas las cárceles en que os tienen encerrados la Monarquía para poder fundirnos en un solo abrazo y gritar mas fuerte que nunca: ‘Iraultzala hill’. Besarkada irauale bat [‘Revolución o muerte’. Un abrazo revolucionario].

Ante las próximas elecciones, la Liga hace una propuesta unitaria: “*candidaturas obreras únicas en base a una respuesta común* (amnistía y libertades; autodeterminación; contra el pacto social; elecciones libres a una Asamblea Constituyente que proclame la República) *a las cuestiones más urgentes del momento, sin impedir por ello que cada partido ejerza su derecho y su deber a difundir la totalidad de su programa ante los trabajadores*”. Razonable, pero irrealizable. EL PCE sentía próxima su legalización y esperaba obtener un gran resultado electoral. Las organizaciones de la izquierda radical, PTE, ORT, MC, preparaban sus propias plataformas para sortear la ilegalidad, también con extremo optimismo sobre sus votaciones.

El 18 de abril, se hace público el acuerdo para constituir el Frente por la Unidad de los Trabajadores” con OIC y Acción Comunista (AC). OIC era la organización más próxima a la Liga desde un punto de vista programático y tenía una fuerza militante significativa. AC era prácticamente sólo una sigla; nunca se tomaron en serio el acuerdo y abandonaron el FUT al final de la campaña, adoptando una posición de boicot.

La Liga insiste en dar al FUT un enfoque unitario:

(...)Nuestro propósito no es convertir al FUT en un nuevo instrumento de división del movimiento obrero sino por el contrario hacer que todo el potencial revolucionario de los que apoyen este frente revierta en propuestas de acción sistemáticas dirigidas a los militantes y simpatizantes de los partidos obreros.

Pero una campaña electoral es una competencia. Incluso en *Combate*, buena parte del espacio sobre la campaña electoral estaba dedicado a criticar a las demás candidaturas “obreras”.

La legalización de la candidatura obligaba a recoger firmas: una por mil en cada circunscripción, con un mínimo de 500 firmas. Se recogieron en 23 provincias, pero fueron invalidadas por las juntas electorales, con argumentos arbitrarios, en cinco de ellas. La Liga no fantaseaba sobre sus resultados: *“estos votos (del FUT) cuentan, quizás no en las estadísticas electorales, pero si en la conciencia de amplios sectores de trabajadores”*.

Combate nº 77, 24 de junio. “Victoria de los partidos obreros” (?)

El 15 de junio, la UCD obtiene 166 diputados, una mayoría parlamentaria cómoda para gobernar aunque, la ley D’Hont no estaba impuesta por casualidad, la suma de los votos de la izquierda fuera superior. *Combate* lo considera una “victoria”; bueno, digamos una “victoria moral”, pero unas elecciones las gana quien gobierna a continuación. La conclusión política de la Liga es un brindis al sol: *“Los partidos obreros deben plantear su candidatura al poder”*. Consciente de la falta de base de la propuesta, el texto añade: *“No tenemos confianza en que vayan a hacerlo, pero no dejaremos en la batalla”*. Es una batalla sin sentido.

El FUT obtuvo algo más de 40.000 votos (0,22%) en 15 provincias; en otras tres, las candidaturas se retiraron en el último momento. Como suele ocurrir, la campaña fue mucho mejor que la votación. Las cuentas de *Combate* están bastante exageradas: 200.000 personas en los mítines y un gran despliegue de propaganda: 200.000 periódicos en las castellano, catalán, euskera y gallego; 40.000 programas...; pero incluso dividiendo por dos, dan idea de una campaña y de un esfuerzo material potente para una organización ilegal.

El estado de ánimo de la organización se refleja en el título del artículo que analiza los resultados de la izquierda radical: “Prólogo a la crisis de la extrema izquierda”. El texto comenta los cálculos insensatos de los demás partidos a la izquierda del PCE: el PTE pronosticó que obtendría entre 15 y 20 diputados, de los cuales 3 en Sevilla; obtuvo en total 120.000 votos (0,67%) en 40 provincias. La ORT contaba con obtener de 8 a 10 diputados; obtuvo 77.000 votos (0,42%). El MC presentó candidaturas con diversas siglas; esperaba un 3% en Madrid; obtuvo el 0,2.

Participó en el único éxito de la izquierda radical: la elección de Francisco Letamendia por la coalición Euskadiko Ezkerra (9,42% en Guipuzkoa).

Se nota el malestar con que está escrito el artículo, que trata de una forma sectorial a la OIC, rechazando con cajas destempladas, en nombre de la “*unidad de los trabajadores*”, su propuesta de que el FUT sirviera para impulsar un “*movimiento popular anticapitalista*”. El lamento porque la campaña no haya servido para una “*aproximación*” entre la Liga y la OIC no suena sincero. Fue, en realidad, un fracaso importante que no se valoró adecuadamente en su momento. En 1979, una OIC diezmada entró en el MC.

Combate semanal nº 82. “Pacto de la Moncloa no. Unidad Obrera sí”. La Liga ha sido legalizada a finales de septiembre. *Combate* pasa a ser semanal. La nueva etapa se inicia con una noticia amarga:

Sólo dos días antes, el 6 de octubre, a pesar del frío y el aguacero, 500.000 trabajadores habían gritado en las calles de Madrid: ‘Unidad sindical contra el pacto social’. Era jueves. El sábado las direcciones del PSOE, PCE y PSP firman con la UCD y los demás partidos burgueses el pacto social. En Madrid se había gritado: ‘No se ve, no se ve la bandera de la UCD’. Las direcciones de los partidos obreros mayoritarios se encargaron dos días después de sacar del fango esta bandera y lanzarla contra los trabajadores...

Ha triunfado la Transición. Y la Liga sigue aturdida, repitiendo como un disco rayado una salida política cada vez con menos sentido:

En las luchas sociales y políticas que están ante nosotros, buscando en ellas el fortalecimiento de la unidad y la combatividad de los trabajadores, nos esforzaremos por convencer a la clase obrera de que para resolver los problemas de la sociedad, debe plantear su candidatura al poder, exigiendo a los partidos en que mayoritariamente confía, el PSOE y el PCE que formen gobierno...

En octubre de 1978, tuvo lugar el V Congreso de la LCR. Incluyó una autocrítica pública en la que se señalaron tres errores: –”... *ha existido una subestimación de la capacidad evolutiva de la burguesía y de su margen de maniobra; –la confusión entre la necesidad de una orientación hacia la Huelga General Política y el hecho de que esta eventualidad fuera la única posible...; –una visión un tanto espontaneísta del ‘salto’ que debía dar el movimiento para que se produjera la Huelga General Política*”.

Faltó añadir el que me parece más importante. La organización más unitaria de la izquierda, terminó convirtiendo la unidad en una doctrina sin política. Pasaron dos años durísimos antes de volver a una concepción política de la unidad, que fue la que estuvo en el origen de la fundación de la Liga, orientada a influir en la realidad, no a hacer propaganda; basada en la capacidad de iniciativa propia, no en emplazamientos estériles a los “partidos mayoritarios”. Esa fue la intención de lo que llamamos “Partido de los Revolucionarios”.

Miguel Romero es editor de *VIENTO SUR*.



3. La izquierda contra el franquismo

La LCR más allá del franquismo: de la “unidad trotskista” al Partido de los Revolucionarios y la fusión con el MC (1978-1991)

Ricard Martínez i Muntada

El presente artículo se centra en la evolución de la visión de la Liga sobre la construcción del partido revolucionario, con el paso de una perspectiva basada en la atracción de otras corrientes a la estrategia y el programa propios, así como –a fines de los setenta– en la “unidad de los trotskistas”, a la posterior orientación del Partido de los Revolucionarios, mantenida, aunque con intensidades muy distintas según el momento, desde 1981 hasta el final. El texto tiene, deliberadamente, un fuerte componente descriptivo: relata hechos, trata de reconstruir un proceso y aporta fuentes documentales; pero también contiene, de modo implícito, elementos interpretativos.

Parece haber consenso en que la adscripción inicial al trotskismo por parte del grupo Comunismo y, por tanto, de la Liga, fue más empírica que doctrinal: “*un encuentro, no una conversión*”^{1/}. El encuentro, primero con la JCR y luego con la Liga francesas, así como con la IV Internacional, se dio no tanto por un debate teórico como por la actitud y la práctica de dicha corriente en relación con mayo del 68, Vietnam y los grupos guerrilleros de América Latina; también por sus análisis sobre el Estado español^{2/}. Ello no significa, claro está, que no hubiera afinidad teórica e identidad fuerte, como ilustra, por ejemplo, la declaración del Buró Político en el primer número de *Combate* (1971): actualidad de la revolución permanente, necesidad de revolución política antiburocrática en el Este, necesidad de una internacional revolucionaria de masas^{3/}. De igual modo, ETA VI, en el momento de su adhesión a la IV y su decisión de confluir con la LCR (1973), asume plenamente el código trotskista: internacionalismo,

^{1/} Romero, M. (2007) “El trotskismo de la Liga”. En D. Bensaïd. *Trotskyismos*. Barcelona: El Viejo Topo, pág. 99.

^{2/} Caussa, M. (1988) “Historia LCR 1969-1988”. Documento sonoro (charla para la dirección del MC). El esquema de dicha charla, en M. Caussa (2010) “Guión sobre la historia de la LCR”, notas inéditas.

^{3/} Buró Político de la LCR, “¡¡Viva la Liga Comunista Revolucionaria!!”. *Combate* nº 1, marzo de 1971, págs. 3-9.

revolución permanente, los tres sectores de la revolución mundial, construcción de la Internacional, programa de transición /4.

Atracción de otras corrientes al marxismo revolucionario y “unidad de los trotskistas”

Precisamente la fusión entre LCR y ETA VI ratificó la idea de que

la construcción del Partido Revolucionario no puede concebirse por el simple crecimiento individual alrededor de un núcleo ya existente, LCR-ETA (VI), sino que revestirá la fórmula de reagrupamientos y fusiones con otras formaciones y grupos políticos, que, al calor de la maduración de la revolución española, evolucionarán hacia el marxismo revolucionario [...]. Es cara a estos reagrupamientos futuros que la fusión actual entre ETA (VI) y la LCR tiene un valor de estímulo, un valor ejemplar /5.

Esta perspectiva se mantendría durante todos los años setenta. El V Congreso (octubre de 1978) se pronunció, a este respecto, en términos muy similares a los de cinco años atrás. En cambio, los documentos del congreso son poco explícitos en lo tocante a otra cuestión que, sin embargo, se halló muy presente en los últimos setenta: la de la “unidad de los trotskistas”, alentada por la reunificación entre LCR y LC (que se acordó e inició en diciembre de 1977 y fue sancionada precisamente por aquel congreso) y, sobre todo y desde antes, por la prioridad concedida a tal orientación en los preparativos del XI Congreso Mundial de la IV Internacional (que se celebraría en noviembre de 1979 sin llegar a ser, ni de lejos, la esperada ocasión de la mencionada unidad)/6. De hecho, el V Congreso se mostró más que circunspecto en relación con

los grupos que se reclaman del trotskismo, con los que podemos tener acuerdos de principios y referencias teóricas pero profundas divergencias estratégicas y tácticas [...]. En el Estado español, prácticamente todos estos grupos tienen rasgos muy marcados de sectarismo parasitario /7.

Sin embargo, al cabo de medio año, en abril de 1979, entró en la Liga el grupo *La Razón*, de obediencia “morenista” y que hasta entonces había practicado el “entrismo” en el PSOE. Pese a las promesas de integración leal, sus trescientos miembros se incorporaron a la Liga determinados a actuar como fracción. Fueron expulsados al cabo de unos meses sin haber ampliado sus efectivos, que se agruparían luego en el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). No obstante, el episodio provocó un grave desgaste interno y una fuerte desmoralización entre muchos militantes de la Liga /8. El balance fue rotundo:

4/ VII Asamblea de ETA VI, “Por qué nos adherimos a la IV Internacional”. *Zutik* n° 61, noviembre de 1973, págs. 9-26.

5/ Buró Político Unificado de LCR-ETA (VI), “Fusión ETA (VI)-LCR. Por la construcción del Partido Revolucionario”. *Combate* n° 21, diciembre de 1973, pág. 15. Véase también: Romero, M. (2007), pág. 103.

6/ Bensaïd, D. (2007) *Op.cit.* Págs. 87-88.

7/ V Congreso de la LC., “Construir el partido”. *Resoluciones del V Congreso*, octubre 1978, págs. 50-51.

8/ Caussa, M. “Historia LCR 1969-1988”, *op. cit.*, y “Guión sobre la historia de la LCR”, *op.cit.*

(...) llamarse trotskista no significa absolutamente nada desde el punto de vista de una identidad política entre la LCR y otras corrientes; lo que determina cualquier identidad orientada hacia la fusión son otros elementos: una línea estratégica común, aun con diferencias de orientación política y táctica; la concepción general de las relaciones con las masas, la voluntad manifiesta de construir un único, centralizado y disciplinado partido y una concepción común del régimen interno del partido /9.

Estaba ya en curso la reorientación hacia el Partido de los Revolucionarios, un cambio de gran trascendencia cuyas razones más inmediatas estaban probablemente en la amarga experiencia de *La Razón*, pero que tenía raíces más profundas: la crisis generalizada de la izquierda radical en el Estado español a partir de 1979 y el triunfo, aquel mismo año, de la revolución sandinista en Nicaragua, que certificaba la existencia de corrientes genuinamente revolucionarias no procedentes del trotskismo al tiempo que problematizaba la revolución permanente, al menos en sus lecturas más simplistas.

El Partido de los Revolucionarios (1981) y su “resituación” (1985)

El proyecto del Partido de los Revolucionarios fue aprobado oficialmente por el VI Congreso (enero de 1981). Su contenido esencial era el reconocimiento de la existencia de otras corrientes revolucionarias y la voluntad de intentar una confluencia con ellas en un partido pluralista y democrático. En efecto, el “*partido de todos los revolucionarios*” que se quería construir

(...) puede y debe ser el resultado del reagrupamiento de todas las corrientes políticas que hoy luchan prácticamente por la revolución socialista; [...] esa reunificación, para ser sólida, eficaz y duradera, tiene que asentarse sobre dos pilares: sobre un régimen de partido que permita la actividad centralizada en base al respeto del derecho de tendencia a todas las minorías [...], y sobre un acuerdo en las tareas centrales a escala estatal e internacional que exige y exigirá la toma del poder por los trabajadores /10.

Ahora bien, como producto de la experiencia de la IV “*tenemos las bases del programa marxista revolucionario*” y “*la estrategia de la revolución socialista debe construirse sobre estas bases*” por lo cual “*dentro de ese partido, nosotros continuaremos luchando [...] por hacer del Partido de los Revolucionarios, un Partido marxista revolucionario*”/11.

Pocos años después, se valoraría que el proyecto del Partido de los Revolucionarios había sido el cambio fundamental introducido por el VI Congreso, pero también “*el que más problemas políticos nos ha planteado con posterioridad*”. Los problemas tuvieron que ver con la discusión de eventuales procesos de convergencia –orgánica o bajo la forma de frentes– con otras fuer-

9/ Comité Ejecutivo, “Balance del V al VI Congreso de la LCR”. *Boletín de Debate* nº 4, noviembre de 1980, pág. 12.

10/ VI Congreso de la LCR, “Presentación. Un paso firme para la construcción de un Partido Revolucionario”. *Resoluciones del VI Congreso de la LCR*, enero de 1981, págs. 9-10.

11/ *Ibid.*, pág. 98.

zas. Y es que hubo confusión entre el proyecto a medio y largo plazo del Partido de los Revolucionarios y una serie de operaciones políticas inmediatas en las cuales se buscaron concreciones de dicho proyecto cuando en realidad no había condiciones para ninguna fusión partidaria /12. Esta confusión se dio en varios casos, en formas y grados distintos pero con resultados siempre frustrantes. En Catalunya, a partir de 1981, a la hora de abordar el surgimiento de la corriente (mal llamada) “prosoviética” del PSUC –el posterior Partit dels Comunistes de Catalunya, PCC–, con esperanzas de constituir una nueva formación política o por lo menos un frente. En Euskal Herria, con Nueva Izquierda, escindida de Euskadiko Ezkerra en 1982 y con la cual la LKI planteó un debate en la perspectiva de un nuevo partido de ámbito vasco. Hacia 1983 hubo también discusiones sobre eventuales surgimientos de “nuevas formaciones políticas” a partir de frentes como Esquerra Unida del País Valencià /13 o, nuevamente en Euskal Herria, Auzolan. A otro nivel, pero también en este contexto, se realizó un primer debate con el MC (1981-1982), que permitió reforzar el conocimiento mutuo y la colaboración, pero que, al haber sido planteado por la dirección de la Liga como un debate para superar los obstáculos a la unificación, generó cierta frustración al constatar que en realidad había demasiadas diferencias políticas. En conjunto, pues, durante los primeros ochenta se produjo cierta sobrevaloración de las operaciones unitarias, debido a la cual “*tardamos en comprender que el centro de gravedad [...] debía desplazarse hacia los movimientos*”. Ello comportó asimismo que se dejaran en segundo término la iniciativa y el reforzamiento de la Liga, en un momento en que ello era casi cuestión de supervivencia /14. En efecto, durante los años inmediatamente posteriores al VI Congreso, la Liga siguió retrocediendo en número de militantes y en inserción social, y la dirección central sufrió una grave crisis. Sólo a partir de 1983, con el “doble giro” hacia el movimiento antiguerra y la juventud, se empezó a invertir la tendencia en distintas zonas y localidades /15.

El VII Congreso (julio de 1985) sistematizó las experiencias positivas de los años inmediatamente anteriores y centró las prioridades en el trabajo en los movimientos sociales, con el objetivo de acumular en ellos fuerzas radicales y también partidarias. En cuanto al Partido de los Revolucionarios, se formuló una rectificación de envergadura: había que “*resituar el objetivo del Partido de los Revolucionarios*”, que debía ser objeto de una “*batalla a medio y largo plazo*”, aunque tuviera implicaciones actuales, en especial la búsqueda de una buena relación con las otras corrientes revolucionarias. En todo caso, la conclu-

12/ VII Congreso de la LCR, “Informe-Balance político sobre la dirección”. *Actas y resoluciones del VII Congreso LCR*, 25-28 de julio de 1985, págs. 9-10.

13/ Un frente de la izquierda radical y nacionalista que existió durante los primeros ochenta y que no hay que confundir con la actual formación del mismo nombre.

14/ VII Congreso de la LCR, “Informe-Balance político sobre la dirección”. *Actas y resoluciones...*, *op. cit.*, págs. 11-13.

15/ VII Congreso de la LCR. “Informe-Balance de organización” y “Resolución de organización”. *Actas y resoluciones...*, *op. cit.*, págs. 15-21 y 22-41.

sión era clara: “*En la situación actual no existen condiciones para plantearnos la unidad partidaria con otras corrientes. La tarea en el terreno del partido es el reforzamiento de la LCR. Eso significa que asumimos la adquisición que significó el Partido de los Revolucionarios, pero que lo hacemos críticamente*”/16. En lo referente en particular a las relaciones con el MC, el congreso constató el acuerdo existente en “*buena parte de los objetivos revolucionarios fundamentales*” y los avances de dicha organización en cuanto a democracia interna, con el reconocimiento del derecho a tendencia. No obstante, se valoró también que se habían consolidado diferencias políticas importantes. Por lo tanto, se trataba de buscar el trabajo unitario, el debate y el acercamiento, pero “*en la situación actual no es realista plantear la posibilidad de una fusión a corto o medio plazo*”/17. En el VII Congreso se expresaron también posiciones que divergían en una medida u otra de las mayoritarias y que se caracterizaban por un mayor acento “unitarista”, ya fuera subrayando la necesidad de responder al debate sobre una eventual “alternativa a la izquierda del PSOE”, ya defendiendo la conveniencia de impulsar confluencias de movimientos y formaciones de frentes, ya propugnando una actitud más activa en la búsqueda de la unidad con el MC; en algunos casos, estas propuestas se combinaban con una menor insistencia en la prioridad de la construcción de la Liga. Estas posiciones, representadas, entre otros, por Jaime Pastor y una parte significativa de la delegación de la LKI, hallaron un notable eco en el congreso: algunas de sus enmiendas quedaron no muy lejos del 40% de votos /18.

La segunda mitad de los ochenta constituyó una época más favorable para la Liga, como ilustra un documento de fines de la década:

Tenemos un partido más activo, más joven, más unido, más rico políticamente y, a pesar de las dificultades [...], vamos superando la crisis política y organizativa que atravesábamos desde finales de los setenta /19.

Pese a lo resuelto por el VII Congreso sobre las relaciones con el MC, avanzado el año 1986 la dirección de esta organización propuso a la Liga un proceso unitario “*anterior y diferente a un proceso de unificación*”, si bien ésta era el objetivo que daba sentido a todo el proceso. En junio de 1987 se firmó un acuerdo muy amplio, que daba importancia central a la discusión política para saber si había condiciones para la unificación. A mediados de 1988 ambas partes concluyeron que no las había. Las diferencias radicaban en cuestiones teóricas y de estrategia o política general, así como en la actitud hacia el marxismo —el MC ya derivaba alejándose de él—, y, lo que era más importante para la

16/ VII Congreso de la LCR, “Informe-Balance político sobre la dirección”. *Actas y resoluciones...*, op. cit., pág. 14. Véase también la resolución política, en “7º Congreso de la LCR (IV Internacional)”, número especial de *Inprecor*, septiembre de 1985, edición española., págs. 27-34.

17/ *Ibid.*, pág. 40.

18/ “Actas del VII Congreso”, *Actas y resoluciones...*, op. cit., pág. 7.

19/ “Balance de la dirección”, *Boletín interno* nº 32 (nº 5 del VIII Congreso), marzo de 1989, pág. 3.

Liga, en la concepción de la unidad del partido y la democracia interna. El MC consideraba que la unidad no sólo debía incluir el programa, los objetivos y las tareas, sino también aspectos de “*unidad de pensamiento*”; además, tenía una visión más restrictiva que la de la Liga acerca del papel de los congresos, la información sobre las discrepancias al conjunto de la organización, el alcance del derecho a tendencia y la participación de las minorías en los órganos de dirección. De modo simétrico, la Liga consideraba que un partido unificado debería ser ideológicamente plural y sus garantías de funcionamiento democrático mucho más amplias que las del modelo del MC. La conclusión, según una Reunión Central de Cuadros de la Liga celebrada en julio de 1988, era que “*actualmente no existen suficientes acuerdos para proponernos el objetivo de una fusión partidaria [...]. Sin embargo [...] seguimos considerando que hay que tener este objetivo en el horizonte*”. En mayo de 1989, el VIII Congreso ratificó dicha valoración en términos casi idénticos /20.

Fin de trayecto: hacia la unificación con el MC

Al cabo de poco tiempo, sin embargo, las perspectivas cambiarían radicalmente, en un contexto marcado por la caída del Muro (noviembre de 1989), la crisis generalizada de los regímenes del Este y el subsiguiente desprestigio del comunismo, “*del único que la gente conoce*” –subrayaba un documento coetáneo del CC de la Liga– /21, y, a otro nivel, por el fin del ciclo revolucionario centroamericano, con la ofensiva fallida del FMLN en El Salvador (noviembre de 1989) y la derrota del FSLN en las elecciones nicaragüenses (febrero de 1990). En mayo de 1990, la LKI y el EMK anunciaron que consideraban “*una posibilidad abierta*” su fusión, tras un proceso de cerca de dos años: en 1988, cuando la Liga y el MC habían descartado la unificación a corto plazo, las organizaciones vascas prosiguieron su exploración propia, con un método consistente en “*anteponer a la discusión, entendida como contraste de los respectivos ‘bagajes’ partidarios, la aproximación de los partidos, esto es, la realización de una experiencia que permitiese ir construyendo un ‘bagaje’ común*”. Lo que pronto se conocería como “*método vasco*” causó preocupación en la dirección estatal de la Liga, que temía que se fuera a la unificación sin aclarar las cuestiones de fondo, en especial la concepción del partido. La LKI, no obstante, valoraba que el EMK sí aceptaba claramente el pluralismo. En realidad, la declaración de mayo de 1990 supuso el inicio del camino hacia la fusión /22.

20/ Reunión Central de Cuadros, “Informe sobre las relaciones con el MC”. *Boletín interno* nº 25, julio de 1988, pág. 9; un balance global del proceso, en “Balance de la dirección”. *Boletín interno* nº 32, *op. cit.*, págs. 12-15; VIII Congreso de la LCR, *Resoluciones*, mayo de 1989, pág. 41.

21/ Comité Central, “La situación política y las tareas de los revolucionarios”. *Boletín Interno* nº 3, enero de 1990, pág. 20.

22/ Comité Nacional de LKI. “Informe sobre las relaciones entre EMK y LKI”, 19 de mayo de 1990 (boletín *Euskadi* nº 32 de LKI), en *Boletín Interno* nº 6, mayo de 1990, págs. 5-12; Comité Ejecutivo de la LCR, “Nuestra opinión sobre las relaciones LKI/EMK”, 5 de mayo de 1990.

Ello ejercería una influencia determinante a escala estatal. De modo casi inmediato, en junio, la dirección del MC planteó —y la de la Liga se mostró de acuerdo con ello— que el proceso vasco, así como los acontecimientos internacionales, ponían nuevamente de actualidad el debate sobre la posible unificación. Sobre la cuestión del pluralismo y la democracia en un partido unificado, el MC lamentaba los “*prejuicios consolidados*” que tenía la Liga sobre su visión del asunto; se sentían “*inermes para demostrar lo contrario*” y subrayaban que no eran lo mismo la historia y la actualidad del MC que un futuro partido unificado /23. Parecía, pues, que había un cambio sustancial por parte del MC, aunque no todo el mundo en la dirección de la Liga lo veía claro /24. Ahora bien, en septiembre el MC anunció formalmente su aceptación del pluralismo y de los mecanismos democráticos tradicionalmente planteados por la Liga. En cuanto a la IV Internacional, no contemplaban ni la pertenencia del conjunto de la organización ni la posibilidad de afiliación individual, esto último para no cristalizar las precedencias, pero sí que había que tener “*buenas relaciones*” con ella e incluso colaborar en su construcción. El Comité Ejecutivo de la Liga consideró de inmediato y por unanimidad que la propuesta del MC significaba “*la desaparición de lo que tradicionalmente habíamos considerado como el principal obstáculo para una fusión entre los dos partidos*”, valoración ratificada en octubre por el CC /25. Ello abrió el camino hacia un Congreso Extraordinario que debía poner en marcha el proceso de unidad. Se discutieron dos documentos, uno común a la Liga y el MC, que desarrollaba la cuestión del pluralismo y la democracia, y otro exclusivo de la Liga, referido a la desafiliación de la IV, paso que se presentaba como una condición para la fusión, sin la cual no se habría planteado /26. La desafiliación suscitó la constitución de una tendencia que, sin poner el derecho a la afiliación individual como condición para la fusión, sí propugnaba que, antes de que culminara el proceso, la Liga afirmara su voluntad de atraer a la IV a la organización unificada, sin descartar la formación de una corriente para conseguirlo /27.

El IX Congreso (extraordinario) de la Liga se celebró los días 23 y 24 de marzo de 1991, en paralelo con el del MC. Las enmiendas de la tendencia obtu-

23/ “22 de junio de 1990” (acta de la reunión de delegaciones del CE de la LCR y el SF del MC elaborada por la delegación de la LCR).

24/ Véase Moro (Miguel Romero) “Contribución al debate del CC sobre las relaciones MC/LCR”, *Circular del Comité Central para la discusión en las direcciones nacionales y direcciones regionales (uso restringido)*, julio de 1990, págs. 5-12.

25/ “26 de septiembre de 1990” (acta de la reunión de delegaciones del CE de la LCR y el SF del MC, elaborada por la delegación de la LCR); Comité Ejecutivo de la LCR, “Anexo sobre la discusión en el Comité Ejecutivo de la LCR”, 27 de septiembre de 1990 (documento anexo al anterior); Comité Central, “Resolución sobre relaciones MC/LCR”, *Boletín interno* n° 8, octubre de 1990, págs. 4-6.

26/ IX Congreso de la LCR, “Sobre el proceso de unificación entre la LCR y el MC” e “Internacionalismo e internacional en el proyecto de unificación con el MC”. *Resoluciones. 9º Congreso (extraordinario)*, 23-24 de marzo de 1991, págs. 12-17 y 6-11. Remitimos a los documentos aprobados por el congreso porque las diferencias que presentan con los sometidos a debate son prácticamente inexistentes.

27/ VV. AA. “Un globo sonda”. *Boletín Interno* n° 11 (n° 2 del Congreso Extraordinario), enero de 1991, y “Cinco minutos, por favor”. *Boletín Interno* n° 12 (n° 3 del Congreso Extraordinario), febrero de 1991, págs. 9-11.

vieron entre un 15 y un 24% de votos, el documento sobre internacionalismo se aprobó con un 82% y la resolución sobre las bases de unificación con un 96%/28. Una semana antes, se había consumado la fusión EMK-LKI, en una Conferencia de Unidad en la cual no se realizaron votaciones porque se consideró más interesante debatir informalmente: “en resumidas cuentas, lo que se ha aprobado es la unidad, y la disposición a asumir todo lo demás en el futuro desde la unidad”/29, lo cual resume bien el “método vasco”, distinto del seguido a escala estatal, si bien éste se vio influido por aquél. Pero, más allá del método, la unificación vasca influyó en la estatal tanto porque hizo visible la propia posibilidad de fusión como por una cuestión de peso material: en el caso de la Liga, la LKI representaba un tercio de la militancia (y sus decisiones y acciones pesaban, por más que se hubiera constituido en organización soberana en 1988).

Tras el IX Congreso, se iniciaron el “ensamblaje” organizativo con el MC y la discusión de los documentos del Congreso de Unificación. Uno de ellos, el de bases políticas, reafirmaba el anticapitalismo, la perspectiva revolucionaria y la probable necesidad de la violencia para llevarla a cabo; el sujeto de la transformación sería la clase obrera en sentido amplio, pero la cuestión de clase se entremezclaba con la de género, la nacional y la racial; todo proyecto socialista había de hacer suyos las libertades y los derechos democráticos /30.

El proceso llegó a término los días 1, 2 y 3 de noviembre de 1991. Primero, la Liga celebró su X y último congreso, que aprobó los documentos de unidad y eligió un último CC destinado a integrarse en el futuro Comité Unificado. Lo mismo hizo el MC. Seguidamente, el Congreso de Unificación aprobó el nombre de Izquierda Alternativa para la organización a escala estatal. Si bien en la segunda mitad de los ochenta la Liga apenas se había referido explícitamente al Partido de los Revolucionarios, una de las posibles concreciones de aquel proyecto se había acabado materializando. La verdad es que, releídos hoy, los documentos del proceso de fusión resultan, si se me permite cierta frivolidad, aceptablemente revolucionarios. Por desgracia, el MC, o por lo menos su dirección, no se creía lo que decían, en especial en cuanto al partido pluralista y democrático. No tardamos en comprobarlo.

Ricard Martínez i Muntada es historiador del Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica de la Universitat Autònoma de Barcelona (CEFID-UAB). Ha investigado el movimiento vecinal durante el tardofranquismo y la transición y en la actualidad prepara su tesis doctoral, *Una experiencia de la izquierda revolucionaria en el Estado español: la Liga Comunista Revolucionaria (1971-1991)*. Fue militante de la LCR desde 1984 hasta el final.

28/ IX Congreso de la LCR, “Actas del 9º Congreso Extraordinario”, en *Resoluciones, op.cit.*, págs. 3-4.

29/ “Abrir caminos a todas las liberaciones” (entrevista a Joxe Iriarte Bikila sobre la Conferencia de Unidad EMK-LKD). *Combate* nº 511, 11 de abril de 1991, págs. 14-15.

30/ CC de la LCR y CF del MC. “Bases del acuerdo de unificación”. *Congreso de Unificación*, boletín nº 1, mayo de 1991, págs. 3-12.



4. La izquierda contra el franquismo

La eclosión de la corriente asamblearia (1969-1975)

Jtxo Estebaranz

La llegada del segundo franquismo con la década de los sesenta, con su proyecto de transitar desde la dictadura fascista que le caracterizaba hacia un régimen autoritario que administrara una economía de mercado bajo el marchamo capitalista al uso de la época, trajo consigo no pocas paradojas. El impulso industrializador y urbanizador que requería la implantación del nuevo modelo de capitalismo, precisaba de la contención salarial para abordar económicamente tamaño impulso, lo que se tradujo en una objetiva pauperización de la clase obrera y en un rebrote de la conflictividad fabril. De este modo, la puesta en marcha del primer Plan de Estabilización, con el que el franquismo pretendía refundarse, provocó un nuevo ciclo de protesta y con él, nuevas formas de organización obrera. Las nuevas formas tenían como base la asamblea de tajo y la comisión delegada de la misma, dando origen al movimiento que sería conocido como Comisiones Obreras. Las tareas de estas nuevas comisiones, con implantación en las zonas de tradición industrial, gozaron en un principio de una relativa permisividad gubernamental que contrastaba con la implacable persecución de los conatos de reorganización de los sindicatos históricos de preguerra. Por su parte, las nuevas comisiones utilizaron con gran flexibilidad los nuevos cauces legales de participación obrera que impulsaba el régimen autoritario, llegando en pocos años a convertirse la actividad reivindicativa fabril de actividad excepcional en hábito para las plantillas.

Las protestas obreras se mantuvieron en alza sostenida durante la década de los años sesenta a la par que las Comisiones Obreras iban extendiendo territorialmente su propuesta organizativa. Aquel proceso de extensión tenía sus raíces en una natural expansión por imitación, pero también se debía en gran parte al impulso interesado de fuerzas políticas clandestinas como el PCE y otras nuevas expresiones políticas emergentes. De este modo, el procedimiento de expansión de esta nueva forma organizativa pasó, en muchas localidades, de una conflictividad

obrero que surgía del tajo y se articulaba en asamblea y en comisión (para con posterioridad tomar parte o no de una coordinación zonal superior), a la creación de una primera Comisión Obrera por localidad, formada por conocidos militantes de las fuerzas políticas clandestinas, que pretendía desde la misma extender e implantar su forma organizativa hacia el interior de las fábricas. El ascenso de la conflictividad obrera con importantes episodios como la huelga de Bandas de Etxebarri en 1967 (que partiendo de un proceso reivindicativo derivado de la imposición de nuevos ritmos en la producción, pasó a convertirse en un prolongado desafío que creó un clima reivindicativo que se extendió a toda su área metropolitana), decantaría el fin de la relativa tolerancia represiva frente a los procesos reivindicativos en el interior de las fábricas, así como la ilegalización y represión de las Comisiones, amén de la vuelta de los estados de excepción.

La rápida *debacle* organizativa de este nuevo entramado reivindicativo, trajo consigo también las primeras críticas al proceso de expansión impulsado por las fuerzas políticas clandestinas, que había facilitado indirectamente su represión al proceder a un crecimiento que no se correspondía con un incremento organizativo basado en una extensión por su base, sino por su cúspide. Estas críticas insistirían en la defensa de los ritmos e intereses de los procesos organizativos de base frente a las injerencias externas radicadas en los intereses partidarios, dando origen así a las primeras expresiones de la corriente autónoma. Una corriente que hacía bandera de la plena soberanía de los procesos organizativos obreros y que insistía en las capacidades políticas de la propia clase obrera frente a la imposición de intereses externos que se correspondían mayormente con las aspiraciones de las fuerzas políticas clandestinas. Para encarar el nuevo tono represivo del segundo franquismo de finales de década, se impulsaron nuevos instrumentos reivindicativos unitarios desde los tajos (que tomarían diferentes denominaciones según los territorios y localidades), en cuyo impulso y desarrollo tendrían una destacada presencia las enseñanzas críticas de la deriva inmediatamente previa de las Comisiones. La cuestión de la defensa de la soberanía de las formas organizativas asamblearias y de sus ritmos reivindicativos comenzaba a tener suficiente peso en el debate interno del nuevo movimiento obrero surgido a la par de los nuevos tiempos económicos y políticos.

De este modo, la apertura del franquismo al paradigma capitalista norteamericano conllevó la aparición de una nueva conflictividad obrera y la aparición de un nuevo movimiento obrero, alejado de las organizaciones sindicales tradicionales de preguerra. Su progresiva capacidad de agitación sería contestada con la apertura de un ciclo represivo, una de cuyas expresiones más descarnadas sería la unificación de los procedimientos penales contra los miembros de ETA en uno único, que sería conocido como “el proceso de Burgos”. Sin embargo, esta apuesta represiva contaría con una viva oposición obrera, articulada a través de formas organizativas unitarias, que conseguirían victorias simbólicas como el

desestimiento franquista de aplicar las penas capitales para los condenados de Burgos. En este contexto, el proceso industrializador y urbanizador que seguía en curso, haciéndose especialmente visible ahora hacia nuevas localidades y zonas sin tradición fabril, incorporó en aquellas zonas nuevos contingentes proletarios para los cuales la actividad reivindicativa no era ya anecdótica sino consustancial a su condición obrera. De igual modo, el relevo generacional que se llevaba a cabo en las plantillas de las zonas industriales tradicionales contaba también con el mismo bagaje movilizadorio. A estas características de la fuerza de trabajo se sumaba la desafección que generaban de por sí las nuevas formas de organización industrial basadas en el control de los tiempos de producción. Además, se encontraban las insatisfacciones derivadas de las penurias de una atropellada acogida de los nuevos contingentes obreros desplazados hacia las aglomeraciones urbanas, que propiciarían la aparición de un dinámico movimiento vecinal.

Las primeras expresiones organizativas de la corriente autónoma

El franquismo, que había intentado reformularse como régimen autoritario a través de su incorporación al paradigma capitalista norteamericano, recurría de nuevo a la represión para frenar la conflictividad obrera, mientras de modo esquizofrénico seguía impulsando reformas legales en clave de apertura política. En esta aparente confusión del régimen y en los albores de la década de los setenta, la nueva clase obrera comenzaría a producir fuertes procesos reivindicativos que se acabarían convirtiendo en hitos movilizadorios. En el año 1970 tendría lugar el proceso de huelgas de Granada, con el saldo de tres trabajadores de la construcción muertos, que avanzaría un fenómeno que se iría extendiendo durante los años inmediatamente posteriores: la huelga general localizada, que trasladaba el conflicto del interior de los tajos a toda la población urbana. La huelga general de Vigo de 1972 (que prelude la de Ferrol de 1973 con nuevos asesinatos de obreros), lanzaría con fuerza este recurso de lucha. A finales del año de 1970 comenzaría también la prolongada huelga de la plantilla de la Harry Walker en Barcelona, despegando poco a poco un nuevo ciclo ascendente de conflictividad obrera que llegaría a su punto álgido en 1974. Durante estos años se asistió también a la puesta en marcha de las primeras experiencias organizativas de corte autónomo, nacidas de la reflexión crítica sobre el ciclo represivo inmediatamente previo, y vigorizadas por la nueva conflictividad obrera vehiculada a través de instrumentos de movilización unitarios y capaz ya de trasladar su clima reivindicativo al conjunto de la población urbana.

Las primeras experiencias organizativas de esta corriente, que hizo identidad de la defensa de la autonomía de las luchas, tuvieron un marcado carácter educativo. Este aspecto fue consecuencia de la plena confianza de este sector en la capacidad de la propia clase como protagonista de sus movilizaciones. En Cataluña se habían creado ya los “Círculos de Formación de Cuadros” en 1969

con el propósito explícito de dotar mediante un proceso de autoaprendizaje de una mayor conciencia sobre las propias y luchas en curso y con el objetivo de profundizar en los programas políticos obreristas. Además del análisis de las propias experiencias, las lecturas de estos “Círculos” se orientarían hacia los clásicos del marxismo, aun cuando se incluían también otros, de sesgo no leninista (como los de Rosa Luxemburgo). En el mismo sentido, es de destacar el propósito educativo iniciado también por la editorial Zero que, desde su fundación en 1964, editó títulos que se abrían a las nuevas reflexiones que surgían desde sensibilidades antiautoritarias europeas. La apertura que permitió la nueva Ley de Prensa de 1966 como parte de la refundación del régimen franquista, permitió estas labores, que se redoblaron cuando la editorial Zero tuviera que mudar su nombre a Zero-Zyx en 1969 para superar renovados problemas de censura. La labor de difusión de esta editorial (con su poderosa colección “Biblioteca Promoción del Pueblo”) formaba parte de similares propósitos de autoeducación impulsados por este importante sector escindido de las organizaciones obreras apostólicas y que contaba con una extensa red de colaboradores en el conjunto del estado español.

Por otro lado, el posible rebrote del anarcosindicalismo se encontraba en vía muerta a comienzos de la década de los setenta. Escindidos los ambientes libertarios en dos tendencias desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y dispersados físicamente sus exiliados en diferentes destinos, la reconstrucción de la CNT en el interior se había convertido en un trabajo de Sísifo. La rígida observancia policial desbarataba sus intentos de rearticulación aplicando duras condenas a los miembros de las estructuras clandestinas, penas que contrastaban con la tolerancia del régimen franquista hacia posturas de tinte autogestionario que surgían desde el interior de las hermandades obreras apostólicas. La reunificación de la CNT para 1961, se sostendría precariamente durante aquella década, constatando progresivas bajas de los distintos sectores libertarios, insatisfechos por una teórica unidad que adolecía de una falta de incidencia real. La firma de la Alianza Sindical por CNT, UGT y STV en 1961 trató de aunar los esfuerzos de los sindicatos de preguerra para encarar los nuevos cambios socioeconómicos, pero mostró la incapacidad desde aquellas estructuras clandestinas de proponer formas eficaces de lucha y evidenció las distancias entre los planteamientos de las organizaciones obreras históricas y los intereses de la nueva clase obrera en formación. Para después del Mayo francés, las diversas sensibilidades libertarias en el exilio tomarían sus propios caminos, incorporando algunas de estas las nuevas críticas antiautoritarias y consejistas por entonces en boga, mientras que su incidencia en los ritmos de la protesta en el interior era prácticamente inexistente.

Con todo, los propósitos educativos de la corriente autónoma pronto chocaron con sus evidentes topes. La reflexión sobre los episodios vividos y luchados, pero sobre todo la lectura y comprensión de los clásicos, evidenciaron las

diferentes capacidades en grupos tan heterogéneos así como, una vez que el ciclo de luchas se reactivó, mostraron la poca operatividad para volcarse en la práctica revolucionaria. Estas constataciones promovieron el paso a un segundo plano de las iniciativas educativas y la constitución de grupos formales que hacían bandera de la autonomía de las luchas, recalcando las formas asamblearias y unitarias de las que se dotaban los conflictos en curso, e imponiéndose en un principio la tarea de velar la aplicación del método asambleario.

Durante los años de 1971 hasta 1974 aparecerían diversos grupos y sensibilidades asamblearias, comenzando por las *Plataformas Anticapitalistas* (aun cuando formalmente habían surgido en paralelo a los Círculos, con el propósito de impulsar la autoorganización de base) cuya ambición de formarse como partido de corte consejista les proporcionó un gran dinamismo. Como ilustración indirecta de estos ambientes tendrían lugar asimismo las acciones del grupo armado catalán-tolosano MIL. También en este periodo, los sectores procedentes de las hermandades obreras apostólicas que habían impulsado la editorial Zero, dieron un nuevo paso constituyéndose en el grupo político *Liberación* para 1972, ubicándose también entre las sensibilidades asamblearias, y convirtiendo su editorial explícitamente en un vehículo de difusión de textos consejistas. No obstante, los diferentes orígenes geográficos de esta red convertida en tendencia formal y su mayor eclecticismo, les harían permeables a la inclusión de lenguajes autogestionarios y libertarios.

Igualmente procedentes de los entornos de las nuevas organizaciones surgidas al alimón de la refundación del régimen franquista (ETA y FLP), se fueron significando sectores también de marcado carácter autónomo. En Vasconia, es de destacar en 1972 la sensibilidad consejista en el sector minoritario resultante de la escisión de ETA VI. Este sector de los “minos” no tomaría el camino hacia una convergencia con el PCE y por el contrario, estrecharía sus lazos con estructuras como *Komiteak* de Gipuzkoa, estructura que había surgido de las nuevas formas organizativas unitarias fabriles impulsadas tras 1969. De modo similar y de sectores vinculados en origen al FLP, se visibilizarían (con especial relevancia en la capital española) sectores que habían evolucionado de modo similar hacia posturas asamblearias. No obstante, y como reflejo de la falta de interés en promocionar un nombre propio para la tendencia consejista diferente a los conflictos en curso, las actividades de esta sensibilidad funcionaban al margen de nuevas siglas, utilizando diversos nombres efímeros, locales o ninguno. Quienes eran identificados con la tendencia consejista o antiautoritaria eran retratados externamente con etiquetas de las expresiones organizativas autónomas más conocidas (adscripciones que las más de las veces no tenían correspondencia veraz) o bajo diversos apelativos (entre ellos “anticapistas”). Para finales de 1974, la fusión entre núcleos catalanes y vascos daría ori-

gen al partido consejista OICE, que desplegaría una intensa actividad proselitista extendiéndose hacia nuevas latitudes, enarbolando para ello una grandilocuente retórica revolucionaria al uso del sectarismo izquierdista de la época.

El cambio social, inducido por el nuevo proyecto socioeconómico del franquismo, evidenciaba las enormes distancias que existían con ciertas disposiciones legales que bebían aún del primer espíritu del régimen. Este contraste se daba no solamente con espectros del pasado carentes de función en el nuevo entramado económico e industrial (como el Sindicato Vertical y su Central Nacional de Sindicatos), sino que tomaba especial relieve en ocasiones como la sanción en 1970 de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, que penalizaba comportamientos no normativos muy extendidos bajo un espíritu de claro corte nacional-catolicista. La promulgación de esta ley se encontraba en directa relación con los cambios que estaban ocurriendo en los hábitos sociales y que mostraban también unas capas juveniles que incorporaban valores de las subculturas juveniles de la época. La aplicación de esta Ley que tipificaba las conductas de los grupos “desviados” o marginales, contribuyó a dotar de conciencia política a aquellos que se alejaban con sus estilos de vida de la moral oficial y a visibilizar a unos sectores juveniles que se correspondían con ambientes similares europeos, y que hacían suyas también las propuestas políticas de la contracultura y los vientos libertarios que soplaban tras el Mayo francés. Estos jóvenes, representarían una nueva sensibilidad antiautoritaria de mayor corte vivencial que político, en notable sintonía con las propuestas assemblearias de las que les distanciaba, no obstante, la retórica obrerista de estas últimas. En paralelo surgieron las primeras prácticas políticas alternativas, con la primera objeción al servicio militar de corte político en 1971, mientras la cultura emancipatoria feminista fue afianzándose en el seno de los sectores movilizados.

La despedida represiva del franquismo y la vigorización de la vía assemblearia

El último franquismo continuaba con su complicado proyecto de conversión en régimen autoritario, intención que se alambicó aún más tras el atentado contra el almirante Carrero Blanco de diciembre de 1973. A su apertura en ciertos ámbitos (como la definitiva apertura en el terreno editorial que posibilitó la publicación de clásicos de la izquierda, pero también un aluvión de títulos de autores de la nueva izquierda y la entrada de reflexiones alrededor de temáticas que cuestionaban los pilares de la sociedad capitalista desde nuevas ópticas) se le confrontaban la existencia de prácticas punitivas, como la retrógrada Ley de Peligrosidad. Las medidas tendentes a la implantación de una “democracia orgánica” perdían con la persona de Carrero un importante valedor y ésta destapaba los problemas internos del régimen, que carecía no sólo de credibilidad social sino que iba perdiendo notablemente apoyos de sectores hasta entonces internos al mismo, sectores que abogaban por medidas democratizantes y cuyas

aspiraciones confluían cada vez más con las de las fuerzas políticas moderadas en el exilio. Por otro lado, el nuevo ciclo de conflictividad obrera que había despegado desde 1971 fue cobrando mayor virulencia llegando a mantener un fuerte pulso movilizador durante el segundo semestre de 1974, multiplicándose las huelgas generales localizadas y ofreciendo un paisaje de conflictividad social en el que las nuevas fuerzas de extrema izquierda, y entre ellas las de carácter consejista o antiautoritario, quisieron ver la posibilidad de un cambio social en clave anticapitalista.

La apertura de un nuevo ciclo represivo en el primer semestre de 1975 por parte del gabinete Arias Navarro, obtendría una similar respuesta desde estos sectores que el ofrecido un lustro antes. Sin embargo, lo peculiar de la nueva apuesta represiva estribaba en que ésta se concentraba contra los nuevos sectores políticos que apostaban por un cambio revolucionario, mientras que los afectos a las fuerzas moderadas del exilio (incluido en éstas el Partido Comunista), no sufrirían con tanta virulencia los envites de la represión. La vuelta a los estados de excepción y las posteriores ejecuciones de septiembre de militantes de las organizaciones armadas que habían redoblado sus actividades a partir de 1974, en vez de disuadir a los activistas, abrirían otra nueva oleada de protestas, en el contexto de las cuales tendría lugar el fallecimiento físico del general Franco.

El año de 1976 se abriría con fuertes movilizaciones por la renovación de los convenios, movilizaciones en las que las formas asamblearias y unitarias fueron hegemónicas, lo que impulsaría las aspiraciones políticas de las diversas sensibilidades y grupos formales de la tendencia autónoma, contemplándose en algunas zonas la reconstrucción de la CNT o dando impulso a otras convergencias. La progresiva apertura legal posibilitaría el auge de las publicaciones de esta corriente y visibilizaría con mayor nitidez el entramado de los nuevos grupos antiautoritarios, separados entre sí por sus diversos orígenes y lenguajes, así como por su diversa concepción de las tareas a emprender por unos grupos que se concebían a sí mismos como los garantes de los procesos de autoorganización obrera y popular.

Una sensibilidad antiautoritaria que había surgido como consecuencia de los avatares de los ciclos de protesta obrera del segundo franquismo y que había construido un corpus ideológico y un entramado de grupos suficientemente maduro para aquel 1976. Durante los años de estricta transición, estos librarían la batalla de la defensa de las formas asamblearias y de la concepción anticapitalista de las luchas frente a la progresiva moderación y disciplina impulsada desde las estructuras vinculadas al exilio moderado, y frente a los movimientos dubitativos de las fuerzas de la extrema izquierda eclipsadas por las “oportunidades” del próximo calendario de reformas. Pero eso es otra historia...

Jtxo Estebaranz es historiador militante; es autor, entre otros, de *Los Pulsos de la Intransigencia* (Lemoiz, Leizaran, Itoiz) Bilbao: Murreko, 2008.



5. La izquierda contra el franquismo

El Partido del Trabajo de España

José Antonio Errejón

Quiero comenzar estos comentarios sobre la historia del Partido del Trabajo de España (en adelante, PTE) agradeciendo a los editores de *VIENTO SUR* la deferencia de poder evocar el rastro militante de una parte de la generación de comunistas agrupados inicialmente en torno a la idea de la revolución socialista. Como les dije cuando me lo propusieron, en absoluto me considero autorizado para tratar de describir los rasgos esenciales de la política defendida por el PTE y antes por el PCE(i). Antiguos camaradas agrupados en torno a la asociación por la memoria histórica del PTE/JGR lo harían con mucho mejor conocimiento de causa.

Así que aprovecharé esta oportunidad que me dan mis amigos y compañeros de *VIENTO SUR* para evocar un tiempo y unas ilusiones comunes a cuantos vimos en la lucha contra la dictadura de Franco una oportunidad histórica para retomar el impulso revolucionario de 1936-1937.

Ante todo debo decir que mi militancia en el PCE(i)/PTE fue, como tantas otras, fruto de la casualidad. Como muchos jóvenes que ingresamos en la universidad a finales de los sesenta, el aliento subversivo que venía de la selva boliviana, de la jungla vietnamita y de las calles de París, no cabía en los límites del “partido” como por entonces todos denominábamos al PCE. Así que mi experiencia se vinculó con la organización que en las facultades de ciencias disputaba al PCE la hegemonía de la militancia universitaria, la FUDE y el PCE (ml). Al recordarlo, evoco la memoria de auténticos luchadores, algunos ya desaparecidos y otros olvidados por el viento de acomodación y oportunismo desatado con la transición del franquismo a la monarquía.

El bullir de las organizaciones maoístas entre la juventud estudiantil y, de forma creciente, en los barrios obreros, merecería un estudio detallado por quien pudiera llevarlo a cabo. En la segunda mitad de los sesenta del pasado siglo las esperanzas y las ilusiones revolucionarias de millones de personas se volvieron a la China popular y a su partido comunista que, después de haber

triunfado en una larga guerra contra la invasión japonesa y contra el Kuomintang de indisimuladas simpatías nazifascistas, se había convertido en el principal oponente del imperialismo americano, una vez que el Kremlin iniciara la política de coexistencia pacífica con el capitalismo, escenificada en la famosa entrevista Kennedy/Kruschev en la sede de la ONU. Ser maoísta para muchos jóvenes obreros y estudiantes era la expresión o la forma de manifestar su oposición al imperialismo y su simpatía por los pueblos en lucha por su descolonización y su liberación.

Mi impresión personal es que, ausentes las referencias culturales existentes en sociedades capitalistas más avanzadas como la Escuela de Frankfurt, la Internacional Situacionista o el renaciente movimiento libertario, el maoísmo sirvió de bandera para la voluntad impugnatoria no sólo del régimen franquista sino de los trazos éticos y culturales de consumismo y alienación que iban penetrando en la sociedad española.

Pero se trata, como digo, de una impresión personal que no está sustentada por una reflexión profunda y meditada que tal vez merecería la pena ser realizada. Porque es lo cierto que aquellas voluntades y sentimientos impugnatorios, si existieron, fueron ahogadas por rancios discursos estalinistas que, si pudieron provocar fugaces impresiones de autenticidad revolucionaria, condujeron a transitar caminos políticamente agotados por su desconexión con las aspiraciones de la mayoría de la población trabajadora de la época.

Tras unos comienzos atormentados en los que las escisiones se alternaron con las caídas y el sectarismo fue la tónica dominante, el PCE(i) encontró un vía para su desarrollo como organización política no sólo en el mundo estudiantil sino —y de forma espectacular para los propios militantes— entre una clase trabajadora ávida de encontrar discursos y relatos expresivos de su protagonismo histórico. Cualquier compañero con alguna experiencia sindical en aquellos años podrá atestiguar que con frecuencia la afiliación en una empresa ó un tajo venía determinada sólo por aquel sindicato o partido que antes hubiera llegado, tal era la avidez con la que los trabajadores acogían en estos primeros momentos de semilibertad o disminución de la capacidad represiva del régimen cualquier expresión de militancia obrera.

Favoreció también este desarrollo organizativo la práctica de un discurso político extremadamente simple cuyo pasivo se tradujo en un —en general— bajo nivel teórico de la militancia que acaso haya podido tener consecuencias de indefensión de esta militancia con la aparición de la decepción y el desencanto político. Pero esto es, también, una mera impresión personal que en absoluto altera lo que, al contrario, creo que constituye el principal activo de esta militancia del PTE, toda una muestra de generosidad y abnegación en la mejor tradición de militancia comunista del siglo XX.

Quienes militábamos en el PCE(i) de los primeros setenta éramos extremadamente sectarios dentro de un clima general de sectarismo que afectaba a casi todas las organizaciones a la izquierda del PCE y que se acentuaba con las oleadas represivas que periódicamente descargaba el régimen. Una “clandestinitis” llevada al paroxismo impedía realizar un auténtico trabajo de masas lo que, en la práctica y salvo contadas excepciones, se traducían en ir la cola de las iniciativas del PCE para intentar “enrojecerlas”. El resto del trabajo político se consumía en la vigilancia contra las desviaciones y en un trabajo de captación, formación y organización con rendimientos más que modestos.

De esta época yo destacaría el relativo crecimiento de las Juventudes Universitarias Revolucionarias en donde yo militaba y el entusiasta maoísmo de nuestros discursos (recuerdo en especial un acto en los comedores del SEU para honrar la “Gran Revolución Cultural Proletaria” que vivimos como un éxito de organización y audacia). Creo que se trataba del desconocimiento que teníamos de la evolución de la sociedad que pretendíamos cambiar en cuyo seno se producían cambios que habrían de acelerarse y precipitarse a la primera ocasión de desfallecimiento del régimen.

El juicio de Burgos en 1970 en el que el régimen pretendió hacer un castigo ejemplar con varias penas de muerte para varios militantes de ETA supuso un fuerte varapalo para los intentos de modernización y reforma del régimen del 18 de julio emprendido por la gente del Opus Dei. La imagen fabricada por Fraga en los “venturosos sesenta” se iba al garete entre las multitudinarias manifestaciones que recorrieron varias ciudades europeas y en los actos clandestinos de repudio de la Dictadura realizados sobre todo en las universidades de Madrid y Barcelona. El PCE y con él toda la izquierda realmente existente (el PSOE ni estaba ni se le esperaba) se volcaron en estas movilizaciones que obtuvieron el triunfo de salvar del pelotón de fusilamiento a Izko de la Iglesia, Onaindía y el resto de sus compañeros al precio de cientos de detenciones y una tremenda represión en el curso de la cual fue asesinado en Eibar el militante del PCE (i) Roberto Pérez Jáuregui.

Los éxitos más importantes de la política del PTE pueden situarse en los campos sindical y de la juventud plasmados en la creación de dos potentes organizaciones: la Confederación Sindical Unitaria de Trabajadores (CSUT) y la Joven Guardia Roja (JGR).

El espectacular desarrollo del movimiento obrero en los últimos años del franquismo planteaba la disyuntiva sobre su forma de organización. De forma muy esquemática se planteaban dos opciones. La primera era recuperar la forma clásica de organización sindical en sindicatos de rama agrupados en grandes confederaciones diferenciadas por obediencias de tipo ideológico político (cristianodemócrata, socialdemócrata y comunista) similares a las que existían en algunos países del continente y articuladas sobre la base de un

“Así que una ocasión tan trascendente como el período constituyente pasó sin que las fuerzas que potencialmente podían impugnar el asentamiento de la democracia capitalista hicieran algo significativo para impedirlo”

apoyo ganado en elecciones sindicales. El pluralismo fue uno de los argumentos más utilizados por los defensores de esta tesis, el PSOE y la UGT, a la que terminaron plegándose las CC OO bajo la dirección del PCE.

La segunda postulaba, desde la experiencia de las Comisiones Obreras y el desigual desarrollo del movimiento asambleario, un movimiento obrero “unitario”, una “central única” que fuera la organización unitaria de la clase. Acusaban los partidarios de esta fórmula a los de la primera, de trasladar la lógica del parlamentarismo al interior de la empresa y las relaciones de producción.

Pero sin salir del campo sindical la militancia del PTE puede apuntarse como principal activo el haber creado y desarrollado en unas condiciones ciertamente difíciles el

Sindicato de Obreros del Campo (SOC) de Andalucía, que supo combinar desde el principio las seculares reivindicaciones por la tierra de los trabajadores jornaleros andaluces y su lucha contra el latifundismo (y hacía falta coraje para enfrentarse a aquellos señoritos educados en el desprecio y el odio a los trabajadores, protegidos por la permanente presencia de la Guardia Civil) con una radical concepción anticapitalista que incorporaba, además, buena parte de los contenidos que han sido acervo de las propuestas ecologistas.

En el campo de la juventud, la escena estaba dominada por un proceso de radicalización primero entre la juventud estudiante y luego entre los jóvenes trabajadores en la que actuaban como elementos motores tanto como la politización acelerada por la crisis del régimen franquista, las referencias culturales y éticas de ruptura eclosionadas en los años sesenta en torno a los fenómenos de masa de la música rock, la liberación sexual, las críticas contra la sociedad de consumo o la lucha por los derechos civiles en USA, etc. Dentro de este clima general de radicalización, destacó sobremanera la de la juventud que abrazó los ideales y la organización comunista y, entre ella, por la referencia tan explícita a símbolos y referencias de un pasado idealizado del PCE de la época del Frente Popular, la Joven Guardia Roja que tuvo el acierto de unir a esta simbología, tal vez ya algo añeja, una efectiva radicalidad en la defensa de reivindicaciones de carácter democráticos, por ejemplo, entre los soldados.

Armado con ese bagaje, la intervención del PTE estuvo vinculada a las peripecias de la transición de la dictadura al régimen parlamentario y asociada a su desenlace.

Cuando en las postrimerías del franquismo se aceleraron los movimientos para constituir plataformas de intervención en pos de la recuperación de las libertades, la dirección del partido no dudó en integrarse en la Junta Democrática, incluso al precio de aceptar la imposición de Carrillo de cambiar su antiguo nombre por el de PTE. En la Junta los militantes del PTE desarrollaron una intensa actividad que llevó a ser objeto de una represión especial en la persona de alguno de sus dirigentes como Nazario Aguado. Pero es seguramente en el mundo sindical donde la actividad de los militantes alcanzó más frutos como posteriormente se vería en la construcción de la CSUT.

En todo caso el resultado de referéndum para la Reforma política, verdadero acta de nacimiento del régimen de la transición, puso al PTE, como a todos los partidos de izquierda, ante la tesitura de prepararse para una situación política radicalmente distinta de la prefigurada por la mayoría de ellos. Con su apoyo al proyecto de reforma del franquismo, un electorado que todavía no era un “demos” avaló la estafa democrática perpetrada por el aparato del Movimiento Nacional con la inestimable colaboración de los organismos de posición agrupados en la *Platajunta*.

A partir de Enero de 1977, era claro que había empezado la cuenta atrás para la operación de legitimación de esta reforma del franquismo cuyos hitos más importantes serían las primeras elecciones a Cortes con una pluralidad incompleta (eran ilegales la totalidad de los partidos a la izquierda del PCE) y la promulgación de la Constitución elaborada por esas Cortes cuya condición de constituyentes fué ocultada al propio electorado.

En este contexto que suponía una desventaja de partida, el PTE como la mayoría de la izquierda del PCE, se planteó la concurrencia a las elecciones utilizando la vía de las agrupaciones o coaliciones de partidos, en ese caso la coalición Frente Democrático de Izquierdas (FDI) con la recién legalizada y prácticamente inexistente Esquerra Republicana de Catalunya y el Bloque Democrático y Social, una “marca blanca” creada a los solos efectos de la participación en las elecciones y la realización de la campaña y en el que por unas semanas “militamos” los que lo hacíamos en el PTE.

Los resultados obtenidos, siendo los mejores de la extrema izquierda (el FDI obtuvo un acta de diputado por Catalunya que ocupó Heribert Barrera), no dejaron de ser decepcionantes sobre todo si se comparan con los obtenidos por formaciones políticas recién inventadas o resucitadas al calor de operaciones de mercadotecnia, como el propio PSOE.

Las elecciones del 77, realizadas con la legitimidad derivada del referéndum para la Reforma política, en cuyo proceso participaron los organismos de la llamada oposición democrática (y no participaron algunos partidos como la LCR), venían a cerrar las esperanzas de un auténtico proceso constituyente y consa-

graban el inicio de un régimen político en el que el reconocimiento de la soberanía popular y la propia promulgación de la Constitución se haría bajo la vigilancia del ejército responsable de la sublevación facciosa contra la legalidad democrática en 1936 y espina dorsal de la dictadura durante cuatro décadas, vigilancia que se consagraría en el propio texto constitucional al atribuirle la función de “*velar por la indisoluble unidad de la nación española*”.

Constituido el primer gobierno de la UCD, la lucha contra la crisis económica se convirtió en el argumento central de su obra de gobierno, directamente inspirada por el grupo de economistas que, encabezados por Fuentes Quintana, preconizaban un proceso de reestructuración del capitalismo español destinado a expulsar a los capitales menos aptos y a mejorar las expectativas de rentabilidad de los supervivientes mediante un pacto de rentas garantizado por la colaboración del entonces todavía pujante movimiento obrero. Los Pactos de la Moncloa fueron la verdadera fundación del régimen político actual y en su contenido se sentaron las auténticas bases materiales de la Constitución que había de promulgarse un año después.

En la conclusión de ese pacto de rentas consagrado en los Pactos de la Moncloa volcó toda su capacidad de movilización del aparato del PCE, por entonces dirigente indiscutido en CCOO, para conseguir la presencia de Carrillo y Tamames en un cónclave en donde su menguada representación parlamentaria no autorizaba a estar. Tal vez fuera esta ocasión y en la de la manifestación del 28-F de 1981 de repulsa del golpe de Tejero los últimos expresiones de la capacidad de movilización del partido que había sido el primer baluarte de la resistencia antifranquista.

Contra los Pactos de la Moncloa se templó la capacidad de movilización del PTE a través de la CSUT recién constituida y es preciso recordar algunas reivindicaciones de la época como la propuesta de incrementos salariales, cifrada en un 30% frente al 22% que proponían las CCOO del PCE. Ello no obstante fue insuficiente para levantar la movilización social que requería la ocasión, una movilización potencialmente anticapitalista porque debía basarse en la propuesta de una salida distinta de la crisis de la que preconizaban Fuentes y sus discípulos, muchos de los cuales desempeñarían responsabilidades políticas en los gobiernos del PSOE.

No hubo una propuesta anticapitalista digna de tal nombre, ni fuerza política capaz de articularla y el PTE ni siquiera fue consciente de su necesidad.

El referéndum constitucional representó otra ocasión de decepción, en este caso motivada por la confusión generada entre el posible electorado ganado en 1977 y entre la misma militancia por la distinta recomendación de voto postulada por el PTE, la abstención en Euskadi y un “*sí crítico*” –que nadie sabía lo que quería decir– en el resto del Estado. Con tan confusa posición, el PTE dejó sin

orientación política a miles de militantes y gentes de izquierda y contribuyó al asentamiento de un clima de resignación que no ha dejado de manifestar sus efectos desde entonces.

Las propuestas *frentepopulistas*, además de estar fuera del tiempo y de la estructura social y política de la España de los setenta, eran incapaces de sintonizar con las potencialidades antagonistas que subyacían en la construcción, del movimiento obrero y el resto de los movimientos sociales que por entonces comenzaban su emergencia. Las que las trascendían como los de la LCR, la OIC o el naciente movimiento por la autonomía obrera, eran excesivamente pequeñas como para alcanzar un umbral mínimo de audiencia entre los grupos subalternos.

Así que una ocasión tan trascendente como el período constituyente pasó sin que las fuerzas que potencialmente podían impugnar el asentamiento de la democracia capitalista hicieran algo significativo para impedirlo. El “sentido común” de la sociedad española se acomodó de nuevo a lo que venía de arriba dando por concluido el tiempo de cambios inaugurado con la muerte de Franco. A partir de ahora y salvo episodios esporádicos como el referéndum sobre la OTAN o las movilizaciones contra a guerra del 2003, la historia política se escribe en clave de Termidor y los vectores de reacción al empuje del movimiento obrero de los setenta son los que llevan la iniciativa.

Las elecciones generales de 1979 confirmaron la decepción inicial, esta vez sin la compensación de escaño alguno aunque confirmaron la existencia de una franja del electorado dispuesta a apoyar opciones críticas con el rumbo de la política española, materializado en la Constitución y en los Pactos de la Moncloa. Hecha esta constatación y la coincidencia en la misma con la dirección de la ORT, se acordó iniciar un proceso de unificación orgánica así como el apoyo a la candidatura que más votos hubiera obtenido en las elecciones generales.

Comenzaban los tiempos del desencanto para toda una generación de militantes que, si jóvenes en su mayoría, habían hecho una dura experiencia en la lucha antifranquista.

Aun así, las primeras elecciones democráticas a ayuntamientos y corporaciones locales brindaron la posibilidad de enjugar algunas heridas obteniendo más de 200 concejales, alguno de los cuales han continuado recibiendo el apoyo del electorado hasta nuestros días como en Puerto Real.

Pero el PTE, como otras organizaciones de la izquierda comunista forjadas en la clandestinidad y la lucha contra la dictadura, estaba tocado del ala. Ni siquiera la unificación con la ORT con las siglas PTE (Partido de los Trabajadores de España), demandada por la militancia de base y superando el lamentable espectáculo de dos sindicatos con la U de “unitario” [*el Sindicato Unitario era la organización sindical creada por la ORT*] en sus siglas, pudo compensar los efectos de los batacazos electorales medidos en términos de desconcierto polí-

tico, desmoralización militante y, por qué no decirlo, el peso de una deuda que hubo de ser liquidada con el esfuerzo personal de muchos militantes.

Mientras tanto los vientos estaban cambiando y no precisamente en la dirección que cantara Bob Dylan una década antes. Es verdad que se habían sucedido las revoluciones en Irán y en Nicaragua y que las luchas obreras contra la dictadura estalinista en Polonia alcanzaban una dimensión superior a la de cualquier país occidental pero en el centro del sistema estábamos comenzando el reflujó de las luchas de los sesenta y los setenta y nuestras propuestas y nuestras organizaciones iban quedando arrinconadas en la periferia del acontecer político.

Desaparecidas en buena medida las luchas de masas, nuestras organizaciones iban quedando sin el medio en el que Mao Ze Dong recomendaba desenvolverse a los comunistas. En un momento de confusión generalizado, la investigación teórica y la ansiedad militante llevaron a una minoría dirigente del PTE a escudriñar nuevos caminos con el documento “*Una nueva fuerza para una nueva civilización*” en el que, de forma tardía y algo confusa, se pretendían incorporar algunos debates y reflexiones de la izquierda académica europea de unos años antes; pero ni la textura ideológica de la militancia ni, sobre todo, su situación de desánimo hacían posible una aventura de estas características y el PTE se disolvió en una desbandada general con trayectorias muy distintas según la procedencia social y cultural de sus militantes. En general, los militantes procedentes de la ORT que continuaron su carrera política ingresaron en el PSOE mientras que los procedentes del PTE o se fueron a su casa o volvieron a CC OO y algo más tarde ingresaron en IU.

Para cuando a mediados de los ochenta, ya con el PSOE en el gobierno y en marcha un proceso de reestructuración del capitalismo y del mundo del trabajo que habría de afectar a las perspectivas de la izquierda, vinieron las grandes movilizaciones contra la entrada de España en la OTAN, el PTE ya era recuerdo y sus militantes, con trayectorias muy distintas, lo más que podíamos hacer era encontrarnos en las manifestaciones y preguntarnos por qué algo que había costado tanto esfuerzo levantarlo se había esfumado con tanta facilidad.

Estos son los recuerdos, torpe y confusamente contados, de un militante del PTE. Mi experiencia es la de tanta gente de mi generación que quiso “coger el cielo con las manos” formando parte de un movimiento comunista idealizado y del que aún no habíamos conocido el daño sufrido por la pesadilla estalinista. Contarla tiene alguna función más que la de dar a conocer a los compañeros más jóvenes la historia en la que algunos participamos. Significa la posibilidad de volver a pensar juntos una experiencia en la que quisimos derrocar la dictadura franquista y acumular fuerzas para el enfrentamiento contra el capitalismo. Poder decirlo en *VIENTO SUR* es la seguridad de seguir en el mismo combate.

José Antonio Errejón fue militante del PTE.



6. La izquierda contra el franquismo

La izquierda abertzale en la pre-Transición (1974-junio 1977)

Francisco Letamendia

1974 es el año en el que se producen las escisiones más decisivas en la historia de ETA; tras la muerte de Carrero termina la prehistoria de ETA y comienza su historia contemporánea. En estas escisiones no se debatirán apenas cuestiones ideológicas; nadie discute el independentismo, y existe una amplia tolerancia sobre las opciones personales de los militantes respecto a las diferentes corrientes del marxismo. Las polémicas –y las escisiones consiguientes– tendrán como punto de referencia las estructuras organizativas.

Las tensiones entre el Frente Obrero y el Frente Militar aumentan a raíz del atentado de Carrero Blanco; el Frente Obrero considera que esta operación va a impedir toda acción de masas. En junio de 1974 se expulsa a tres dirigentes del Frente Obrero. Los expulsados crean en octubre de 1974 un nuevo partido, Langile Abertzale Iraultzaileen Alderdia, LAIA (Partido Abertzale Revolucionario de los Trabajadores), e impulsan la formación de unas Comisiones Obreras Abertzales (COA) a las que se les asigna la tarea de armar a la clase obrera.

La escisión del Frente Obrero ha puesto de relieve la inadecuación de la estructura frentista, la cual se va sustituyendo por otra basada en el doble principio de la separación en la base de las actividades militares y de masas y la coordinación en la cima por unos únicos responsables, estructuración a la que empieza a llamarse político-militar. Las resistencias a esta organización político-militar presentan un carácter de enfrentamiento “generacional”.

Los jóvenes líderes político-militares (p-m) pronto van a volverse contra los viejos líderes del Frente Militar en el exilio. Su discurso “insurreccional” rompe las barreras que habían impedido realizar atentados mortales contra los miembros de las fuerzas de Orden Público por el simple hecho de serlo. En una línea p-m, el III Biltzar Txikia de junio de 1974 decide “*la separación organizativa de los aparatos legal e ilegal*”, y “*la creación de un departamento de*

operaciones especiales en base a comandos ilegales” (esto es, los Comandos “Bereziak”). Adopta igualmente una estructuración basada en la división tripartita entre comando armado, comando de información y comando de apoyo.

De abril a julio de 1974, sucesos como la Revolución Portuguesa de los claveles y el primer gobierno de Arias Navarro ponen en el tapete la cuestión de la alternativa al franquismo. El 29 de julio de 1974 se constituye la Junta Democrática de España liderada por el PCE. El punto 9 de su programa dice textualmente: “*La Junta propugna: el reconocimiento, bajo la unidad del Estado español, de la personalidad política de los pueblos catalán, vasco*”, lo que excluye el derecho a la autodeterminación de los pueblos del Estado defendido hasta entonces por el PCE.

ETA ve la necesidad de elaborar una alternativa política propia al franquismo, lo que le despojará de sus planteamientos “insurreccionales”. La lentitud en despojarse de ellos provocará su escisión en las dos organizaciones ETA militar y ETA político-militar.

El Frente Militar convoca una reunión en octubre de 1974 en la que obliga a los responsables “político-militares” a definirse, conminando a abandonar la sala a los que se han definido como “políticos”. Argala racionalizará las posiciones de ETA militar, dando cuerpo teórico a lo que en un primer momento era más bien el deseo de los viejos “milis” de no perder la hegemonía organizativa.

ETA político-militar arrastra tras de sí en ese momento a casi toda la militancia. Su *Kemen 4* expone un programa de mínimos como alternativa al franquismo ante la nueva situación, la cual “*tendrá unas características democrático-burguesas*”; se liquida en él definitivamente la estructuración de frentes, a favor de una estructura político-militar con compartimentación funcional en la base, y coordinación en la cima; la dirección ejecutiva y el BT serán únicos y centralizados.

El Frente Militar publica por su parte un Manifiesto o “*Agiri*” en Noviembre de 1974. Rechaza en él las estructuras político-militares porque no están puestas las bases que harían posible una insurrección. De ahí las tres decisiones tomadas por el Frente Militar:

- 1) Consideramos que es preciso dar un cauce dentro de la legalidad democrática a los grupos obreros y populares independentistas, hoy escasamente organizados.
- 2) Decidimos no entrar en la legalidad democrática y mantener nuestra estructura en la clandestinidad.
- 3) Por ello nos separamos del aparato de masas.

“*ETA –concluye el Manifiesto– hace un llamamiento a todas las organizaciones, grupos y personalidades de los sectores independentistas, obreros y populares (antioligárquicos), a buscar la unidad de acción en un frente común de cara a la posición política a tomar con respecto a la alternativa democrática.*”

En respuesta a este llamamiento nace en diciembre de 1974 Eusko Alderdi Sozialista, EAS, formado por un grupo de personas que se mueven en el campo cultural euskaldun. EAS se transformará después en EHAS.

ETA político-militar decide celebrar la segunda parte de la VI Asamblea a fines de enero de 1975. Pertur defiende en ella que las Comisiones Obreras Abertzales rebajen su programa al de la liberación nacional y social. El primitivo nombre de COA, ligado a LAIA, se cambia por su nombre vasco de Langile Abertzaleen Batzordeak, LAB.

En cuanto a la lucha armada, se sustituye la estrategia de la insurrección por la de *“la guerra de desgaste, basada en la incapacidad de lograr derrotar al enemigo militarmente y con el objetivo de forzar una negociación política cuyos términos vendrían determinados por la correlación de fuerzas”*. Esta teoría tendrá un largo recorrido, pero no en ETA p-m, sino en ETA m.

El 25 de abril de 1975, el gobierno español declara el estado de excepción en las provincias de Bizkaia y Gipuzkoa, lo que no impide que continúe la ofensiva militar, ni que las fuerzas políticas de todos los signos elaboren sus alternativas a la luz del día. Pero la fortísima actividad desplegada por ETA p-m en los dos campos del partido armado y de la creación de movimientos de masas antisistema está provocando la erosión de sus estructuras. Un informe interno de la organización habla en noviembre de 1975 de más de 500 militantes encarcelados; en lo que respecta a las estructuras militares sólo queda un comando completo.

Para ETA m, la solución al estrangulamiento organizativo pasa por la transformación de ETA político-militar en un partido obrero exclusivamente político, quedando ella como la única organización armada; tesis desarrollada en el *Zutik* 65 de agosto de 1975.

En septiembre de 1975 Franco confirma la pena de muerte de los militantes vascos Txiki y Otaegui y de los militantes del FRAP Baena, García Sanz y Sánchez Bravo. La respuesta en el País Vasco es muy intensa, y la repulsa internacional, clamorosa.

De la muerte de Franco al referéndum de la Reforma: el desdoblamiento de ETA p-m

Franco muere el 20 de noviembre, y Juan Carlos de Borbón es ascendido como monarca a la jefatura del Estado. En los meses que siguen, la lucha por la amnistía arrebató el protagonismo a las organizaciones armadas y produce cierto repliegue de sus actuaciones. El movimiento pro-amnistía presenta una doble naturaleza: en los pueblos tiene un funcionamiento asambleario y unitario; en las capitales lo dinamizan personalidades conocidas del mundo jurídico, artístico y deportivo.

ETA militar explicita en el *Zutik* 66 de marzo de 1976 su concepto de amnistía; ésta *“no puede ser lograda como fruto de una gracia del Gobierno, sino únicamente a través de la lucha popular, bien mediante acciones armadas...bien a través de movilizaciones populares”*. Este concepto difiere de las motivaciones humanitarias de las gestoras de las capitales.

El 21 de julio tiene lugar un hecho que aún no ha sido esclarecido, el de la desaparición de Pertur. Al día siguiente, un grupo denominado “Alianza Apostólica Anticomunista de España” reivindica en Barcelona el secuestro. Para ETA político-militar, en estos momentos, la autoría de extrema derecha española de la acción no presenta duda alguna.

En este mes de julio, Adolfo Suárez, hombre del Movimiento, es nombrado presidente del gobierno. Se declara decidido partidario de llevar a cabo los dos hitos de la Reforma, el referéndum y las elecciones generales, y decreta una “amnistía” de la que una vez más quedan excluidos los llamados “delitos de sangre”. Pero los sucesivos indultos van vaciando las cárceles de presos vascos. Robert Clark indica que de 749 presos vascos en noviembre de 1975 se ha pasado en noviembre de 1976 a 150.

Es en este período cuando se sientan las bases del desdoblamiento de ETA político-militar. En julio de 1976, ETA p-m anuncia “*la creación de un Partido Independentista y Revolucionario que sea capaz de dirigir, de una forma efectiva, la lucha que la clase obrera y todo nuestro Pueblo están llevando*”.

Los trabajos del grupo Otsagabia, animado por el desaparecido Pertur, teorizan esta estrategia. Otsagabia plantea, como única solución viable a la situación actual, “*la separación organizativa entre la lucha política y la lucha armada; y la creación de un Partido, vanguardia revolucionaria de la clase obrera y de todo el pueblo vasco, de carácter independentista*”. El Partido debe aprovechar todos los foros que se le brindan, incluyendo los electorales.

Se afirma paralelamente que lo que tiene techo no es la lucha de masas, sino la lucha armada; de ahí que ésta deje de tener un carácter de vanguardia, para pasar a tenerlo de cobertura y retaguardia respecto a las conquistas obtenidas por las masas, convirtiéndose en un elemento garantizador de las conquistas populares y en factor de disuasión.

La fase de armonía que se abre a continuación entre ETA m y ETA p-m hace posible la constitución formal del KAS en el mes de agosto. Este organismo, integrado por EHAS, ETA-PM y LAIA, pretende ser una “*mesa de debate obligatoria entre las organizaciones que lo constituyen*”. Su programa comprende entre otros los siguientes puntos: disolución de las fuerzas represivas y petición de responsabilidades; Navarra, incluida en Euskadi; un grado de autogobierno nacional superior al que plasmaba el Estatuto del 36; considerar a Euskadi Norte como parte del pueblo vasco; bilingüismo priorizando el euskera.

La VII Asamblea de ETA político-militar que se celebra en el mes de septiembre de 1976 para llevar a cabo el desdoblamiento invita a la Asamblea a una delegación de ETA militar. Los Comandos Bereziak, cada vez más opuestos a la línea del grupo Otsagabía, ven sus posturas derrotadas por las de los otsagabianos en una relación de tres a uno.

El nuevo partido comienza a funcionar con el nombre de EIA, Euskal Iraultzarako Alderdia, Partido para la Revolución Vasca. El grueso de su mili-

tancia lo forman exmilitantes de ETA p-m, junto con algún aporte externo, como el mío.

ETA militar saluda alborozada en su *Zutik* 67 de noviembre de 1976 las Resoluciones de la organización político-militar. Pero las tesis sobre la lucha armada que se presentan en este *Zutik* divergen por completo de las expuestas por ETA-pm. ETA m dice en él que “*la lucha armada es la única actividad inasimilable por la burguesía en el marco de una democracia burguesa*”, y que mientras se mantenga “*la negativa unilateral por parte de las fuerzas en el poder de aceptar la alternativa del KAS*”, el tipo de acción armada ha de ser “*de carácter ofensivo*”. Estamos lejos, pues, del carácter de retaguardia que Otsagabía atribuye a la lucha armada en esta nueva fase política.

Las concepciones de ETA-pm sobre el nuevo partido son expresadas en dos trabajos de octubre del 76. El trabajo titulado “En torno al poder popular” se sirve de modo prácticamente exclusivo del pensamiento de Gramsci en la elección de sus significantes; lo que arrincona los sucesivos discursos anti-imperialistas utilizados en la historia de ETA. Según el segundo trabajo, el *Arnasa* 1, la estrategia de poder popular significa entre otras cosas “*participar en los organismos e instituciones oficiales*”, véanse la elecciones.

El referéndum sobre la ley de Reforma Política aprobada por las Cortes tendrá lugar el 15 de diciembre del 76. El KAS lanza la consigna de huelga general para el día de la celebración del referéndum, que será poco seguida. Pero mientras que la participación en el Estado ha sido del 79,9%, los votos se distribuyen así en los territorios vascos: Alava, 72,44% de votantes; Navarra, 70,64%; Bizkaia, 50,4%; Gipuzkoa, 42,46%, porcentajes los más bajos del Estado.

La aprobación del referéndum en el Estado español inaugura una nueva fase política, la de la “*reforma pactada*” con sectores del régimen favorables a la democracia formal, la cual da finiquito al proyecto de “*ruptura democrática*” de la oposición. En el País Vasco se mantendrá por el contrario una efervescencia de ruptura.

Del referéndum a las elecciones de junio de 1977: la escisión de la izquierda abertzale

En Enero de 1977 comienza a discutirse en el seno del KAS la actitud a adoptar ante las elecciones. Las dos organizaciones armadas toman ahora las riendas del debate; ETA-pm luchará por la participación, y ETA militar por la abstención. Mientras que para la primera la participación en las elecciones constituye la concreción de sus teorías sobre el poder popular, para la segunda la lucha armada y su protagonismo en ella dejarían de tener sentido si el KAS participase en los comicios.

Según el acuerdo tomado en el seno del KAS el 28 de febrero, la participación definitiva en las elecciones “*queda condicionada al cumplimiento de dos condiciones:*

- a) La amnistía total en su figura de salida de todos los presos vascos y vuelta de los exiliados.
- b) Las libertades democráticas en su figura de libertad plena de actuación en la campaña”.

El cumplimiento de las condiciones citadas “*será exigido un mes antes de las elecciones*”.

Las movilizaciones de la Semana Pro-Amnistía del 26 de febrero al 6 de marzo refuerzan las actitudes abstencionistas. La reivindicación de amnistía se presenta en ella como opuesta a la Reforma; el lema coreado en todas las manifestaciones es el de “*Amnistía ez da negoziatzen*” (la amnistía no se negocia). EIA empieza a dejar de ser visto por los sectores abertzales más radicales como una fuerza revolucionaria, mientras que EHAS aparece como el organizador de este movimiento anti-represivo.

EHAS celebra su II Asamblea extraordinaria en marzo. La concepción del KAS como bloque dirigente sustituye a la del partido dirigente. Si “*la amnistía no se negocia*”, tampoco son negociables los puntos de la alternativa KAS. EHAS propugna en consecuencia la transformación de los organismos de masas del KAS en ese partido.

ETA-pm ofrece el 20 de marzo al gobierno español una tregua de atentados a cambio de la liberación de los presos. Los Comandos Bereziak manifiestan en el *Kemen 13* su “*más enérgica negativa a la propuesta del BT sobre la proclamación de la tregua*”.

El 3 de abril hace su presentación pública en Gallarta el nuevo partido EIA (Euskal Iraultzarako Alderdia, Partido para la Revolución Vasca). Su “*Manifiesto a la clase obrera y al pueblo de Euskadi*” identifica independentismo y marxismo-leninismo. EIA, se dice, actuará en el seno del KAS; pero sólo mientras EIA no se constituya en el partido dirigente proyectado. Se defiende una alianza con las fuerzas estatistas revolucionarias en el seno del “*Euskal Erakunde Herritarra*”.

Las elecciones generales para el Congreso y Senado tendrán lugar el 15 de Junio de 1977. EIA, coherentemente con lo expuesto en su “*Manifiesto*”, propone ampliar las candidaturas a fuerzas como ESEI, Carlistas, Eusko Sozialistak, Movimiento Comunista. LAIA y EHAS, aunque no se oponen a ello, se desvinculan de hecho del proyecto. La coalición recibe el nombre de Euskadiko Ezkerra, la Izquierda de Euskadi, la cual queda reducida en realidad a un acuerdo EIA-MK.

Los Comandos Bereziak denuncian en un comunicado las negociaciones de la Dirección p-m con el Estado, y afirman haber expulsado a “*todos aquellos militantes que han contribuido directamente a este juego maniobrista*”. ETA militar decide apoyar a los Bereziak.

En realidad, las diferentes opciones organizativas responden a planteamientos políticos profundamente divergentes. Por parte de ETA militar (y de los

Bereziak), enfrentamiento frontal con el Estado español nacido de la Reforma, potenciación de una comunidad civil propia nacida de la lucha anti-represiva contra el Estado, e identificación afectiva con la lucha armada. Por parte de ETA político-militar, conquista de la hegemonía en el seno de la sociedad civil vasca, y ello dentro del nuevo marco político que va a crearse en el Estado.

Las Gestoras Pro-Amnistía convocan una semana pro-amnistía a partir del 8 de mayo. El día 10, una comisión formada por cinco representantes de las fuerzas nacionalistas se entrevistan en Madrid con Adolfo Suárez, no consiguiendo de él el compromiso de liberación de todos los presos para el 24 de mayo. Se generaliza el paro total, y la semana deja un saldo de cinco muertos y numerosos heridos.

Una vez que los candidatos del KAS en Euskadiko Ezkerra han decidido retirar sus candidaturas, el Consejo de Ministros toma el 20 de Mayo la decisión de proceder a indultos-extrañamientos de los presos “históricos”, entre ellos los cinco condenados a muerte en el proceso de Burgos de 1970.

El 29 de mayo EIA decide condicionar su participación a la excarcelación de todos los presos políticos vascos, no ya para el 30 de mayo, sino para el 15 de junio; lo que, en definitiva, supone la participación plena en la campaña electoral. Un tercio de sus militantes se han pronunciado por la abstención.

Se produce el extrañamiento de nueve presos vascos a diferentes países de Europa; pero llega el 15 de junio, día de las elecciones, sin que hayan salido en libertad todos los presos. Euskadiko Ezkerra consigue en ellas un diputado y un senador.

ETA militar retira en el *Zutik* 68 de julio de 1977 su apoyo a EIA, y anuncia su línea de actuación: promocionar la lucha popular, la cual se considera sustancialmente unida a la lucha armada. El *Hautsi* número 15 de ETA político-militar de julio de 1977 elimina por su parte toda vacilación abstencionista.

Tras 15 de junio, EIA intentará llevar a cabo una política rupturista en el seno mismo de las instituciones nacidas de la Reforma. Ello conducirá en breve a los sectores de EIA más influyentes a introducir correcciones que aminoren la tensión rupturista.

El contenido de este artículo responde a la invitación hecha en tal sentido por la redacción de VIENTO SUR. Presento en él un resumen de la evolución de las organizaciones de la izquierda abertzale en el período indicado (1974-elecciones generales de Junio de 1977) tal como ha sido descrita en mi tesis doctoral a partir de los documentos organizativos de las mismas, tesis publicada posteriormente en forma de libro en R&B Ediciones (“Historia del nacionalismo vasco y ETA”, Volúmenes I, II, y III, 1994); y lo hago en forma de relato sin conclusiones.

Francisco Letamendia es profesor de la UPV-EHU.

Documentos de las organizaciones (1974 – 1977)

ETA militar

- ETA'ren Agiria (1974).
- Zutik, 65 (1975).
- Zutik, 66 y 67 (1976).
- Zutik, 68 (1977).
- Zutik, 69 (1978).
- ETA'k Euskal-Herriari (1977).

ETA político-militar

- Hautsi: 6, 7 y 8 (1975); 9 a 14 (1976); 15 y 15 bis (1977)
- Kemen: 4 (1974); 5 y 6 (1975); 7 y 8 (1976); 9 a 16 (1977)
- Langile: 2 (1975).
- A la clase obrera y al pueblo de Euzkadi (1974).
- A todos los militantes de la Y, 1974.
- Comunicado de la 2.ª parte del VI Biltzar Nagusi de ETA (1975).
- Aberri Eguna 1975.
- Programa del Herriko Batasuna (1975).
- Actas de la reunión de Biarritz (1975).
- Informe sobre la alternativa (1976).
- Apuntes de un debate sobre el partido, 1976.
- ETA y la lucha armada: experiencias de ayer, tareas de hoy, Otsagabía (1976).
- A todo el pueblo vasco: Manifiesto del VII Biltzar Nagusia de ETA (1976).
- Reunión de KAS (1977).
- Informe sobre las dificultades existentes en KAS (1977).
- Comunicado-denuncia de ETA a la clase trabajadora y al pueblo vasco. Bereziak (1977).
- Comunicado del BT de ETA (p.m.). Bereziak (1977).
- Carta a la militancia (1977).

EHAS

- Erkide (1975).
- Manifiesto de EHAS (1976).
- Asteroko (s/n., 1976-1977).
- Informe sobre los debates del KAS (1977).
- Asamblea de la Convergencia de Arechabaleta: Ponencias (1977).

EIA

- Manifiesto de presentación de EIA (1977).
- Boletín interno: 3, 4, 6, 7, 8, 9 y 10 (1977).
- Bultzaka: 1, 2 y 3 (1977).
- Circular del K.E. Interno: 2, 3 y 4 (1977).
- Anasa: 1. Material de debate para la mesa de reagrupamiento (1976).

LAB

- Tesis sobre LAB (Kemen, 6), 1977.
- Comunicado de LAB a la clase trabajadora de Euskadi: Principios fundamentales de LAB (1975).
- Euskadiko Langileentzat nahi dugun Sindikatua (1976).
- Debate abierto: Hacia un Sindicato obrero vasco (Hautsi, 13), 1976.
- Algunas notas sobre el Sindicato (1976).
- Asamblea de LAB (Octubre 1976) (Kemen, 11) (1977).

LAIA

- Sugarra 1 (1975).
- Sugarra 2 y 3 (1976).
- Sugarra 5 Y 6 (1977).
- Resoluciones de la 1.ª Parte de la II Asamblea (1976).



7. La izquierda contra el franquismo

El PCE en el proceso de cambio político. La voluntad de ser arte y parte

Xavier Domènech Sampere

Con Franco ya en la cama, languideciendo hacia la muerte, más de trescientos dirigentes obreros fueron convocados a una conferencia en Francia. Allí el secretario general del PCE les arengó en un sentido muy determinado. En ese momento

la clase obrera, a través de su lucha, a través del movimiento de Comisiones Obreras y del Partido, es la vanguardia efectiva de la lucha democrática.(...) podéis dirigir una gran lucha de masas de los trabajadores. Pero, para eso –y es algo que yo quiero subrayar, camaradas, después de las discusiones que hemos tenido aquí–, hay que tomar plena conciencia de que la lucha que tenemos ante nosotros, ahora, en el movimiento obrero, en el movimiento democrático –pero yo recalco en el movimiento obrero– es, ante todo y fundamentalmente, una lucha de carácter político. Que el objetivo fundamental de esa lucha es político: aprovechar el desequilibrio que provoca la desaparición de Franco para derribar, para destruir el conjunto del régimen franquista, para allanar el terreno sobre el cual va a levantarse en un nuestro país un sistema democrático. ¡Ese es el contenido esencial de toda nuestra lucha, de toda vuestra lucha, de toda la lucha de la clase obrera hoy!¹.

Una arenga que, después de algunos intentos anteriores para forzar el paso hacia una lucha más directa contra el régimen saldadas con resistencias por parte de los propios dirigentes obreros, marcaba el fin de un ciclo y el inicio de uno completamente nuevo.

En el ciclo que ahora terminaba el partido había conseguido, después de los fracasos de la Jornada de Reconciliación Nacional de 1958 y de la Huelga Nacional Pacífica de 1959, devenir en el partido de los movimientos sociales opositores a la dictadura. Un proceso que se gestó a partir de una estrategia de trincheras que

¹/ Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), Fons PSUC, Santiago Carrillo; Gregorio López Raimundo, *Sobre el movimiento obrero*, Edita el CE del PSUC, noviembre de 1975, Doc. po. Del CE, caja 9.

subordinaba, no sin contradicciones, la acción política a la social en una progresiva acumulación de fuerzas con varios objetivos: llevar a la articulación de lo que se llamó en ese momento espacios de libertad, a la creciente erosión de la dictadura y a la extensión de una protesta social que, cual mancha de aceite, finalmente comportaría el fin de la dictadura (Domènech, 2008). Un ciclo que en definitiva ahora se cerraba. Se trataba, según proclamaba el secretario general del PCE, de pasar de la lucha de trincheras a la de movimientos directos contra la dictadura, impulsando un nuevo ciclo de protestas. ¿El objetivo? No otro que la caída de la dictadura. ¿El piloto? El partido del antifranquismo/2. Pero no fue así, o no fue exactamente así. De hecho en el proceso de cambio político ciertamente el PCE probablemente tuvo, exceptuando el período de la Guerra Civil, una capacidad de incidencia e influencia como nunca, pero, a pesar de ello, ese momento no devino para él prologo de una nueva historia, sino en gran parte el epilogo/3.

El partido del antifranquismo

Para la consecución del fin de la dictadura, el PCE había diseñado dos herramientas fundamentales, y fundamentalmente ligadas, ya desde mediados de los años cincuenta. Con múltiples mutaciones, y una progresiva sofisticación en el intento de adaptarse a una realidad cada vez más compleja, la primera de ellas buscaba la activación de la clase obrera y, posteriormente, del resto de la sociedad en una Huelga Nacional; la segunda, que tenía tanto que posibilitar esa acción común para hacer caer al régimen como dar una salida a su desaparición, buscaba la unidad de las fuerzas políticas antifranquistas. (Sánchez Rodríguez, 2004)

A la primera se le llamó Huelga Nacional Pacífica en el 1959, Huelga Nacional Política en 1963, cuando ya no se tenía tan claro que la caída del franquismo media-se sin violencia, Huelga General Política y Huelga Nacional, separando la primera que sería obrera de la segunda que sería del resto de la población, o, finalmente Acción Democrática Nacional ya en el período que nos ocupa. La segunda revestía, si cabe, un mayor complejidad cruzada de dos paradojas. El PCE era el principal partido del antifranquismo y en ese sentido ocupaba un papel central en su articulación política, pero a su vez era un partido comunista en medio del contexto de la Guerra Fría y el anticomunismo no era sólo patrimonio de la dictadura en este sentido, lo que dificultaba enormemente su capacidad para establecer alianzas políticas. En este marco sólo su relevancia como partido de los movimientos había conseguido superar, parcialmente, esta situación. Así, fue desde su presencia en los movimientos sociales como se pudo articular en la Taula Rodona, primera experiencia unitaria del antifranquismo catalán vinculada a los hechos de la *Caputxinada* protagonizados por los estudiantes, en 1966; en la Coordinadora de Forces Polítiques de Catalunya, después de la experiencia del Estado de Excepción de 1969 que evidenció hasta que punto el partido comunista catalán garantizaba la

2/ Expresión utilizada por Carme Molinero y Pere Ysàs (Molinero e Ysàs, 2004).

3/ No es motivo de este texto el intento de explicar la contribución del PCE al proceso de cambio político, sino aproximarse tan sólo aquellos elementos que explican su evolución como partido a través del mismo.

continuidad del antifranquismo social; y, posteriormente, en la Asamblea de Catalunya. Pero este era el caso del PSUC, un partido que se movía en un tejido social antifranquista singularmente denso (Molinero e Ysàs, 2010; Cebrián, 1997). En el caso del PCE no se pudo articular una primera plataforma unitaria, la Junta Democrática que reunía también al PSP de Tierno Galván, a las CC OO, al Partido Carlista de Carlos Hugo y a personalidades independientes, hasta una fecha tan tardía como julio de 1974. Articulación que fue acompañada, además, por la aparición de un competidor en la forma de la Plataforma de Convergencia Democrática pilotada por el PSOE en junio de 1975, acompañado en este caso por demócratacristianos, el Movimiento Comunista o la Organización Revolucionaria de Trabajadores. Pero si esta era la primera paradoja a la que se enfrentaba el PCE, en una de las piezas claves de su estrategia política, había todavía otra relacionada con esta primera.

En el desarrollo del antifranquismo el papel que se autootorgaba el PCE lo convertía en arte y parte del proceso, en una tensión no siempre bien resuelta. Como principal partido de los sectores populares en el marco del antifranquismo debía poder defender sus intereses, de la misma forma que los sueños de parte de la militancia que surgía de ellos. Como principal partido con la voluntad de articular la unidad del antifranquismo debía estar dispuesto a pactos cada vez más amplios e interclasistas. Doble realidad que a veces entraba en contradicciones. En este sentido, la política de alianzas se amplió en sus herramientas precisamente para intentar integrar las dos realidades. En la segunda mitad de los sesenta, en un momento donde el PCE sufrió varias escisiones por la izquierda, a la vez que crecían las organizaciones de la izquierda radical, se empezó a formular en este sentido, complementando y ampliando la tradicional política de alianzas para la consecución de la democracia, la idea de la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y la Cultura que permitiría dotar de base una democracia política y social avanzada y vislumbrar la posibilidad del camino hacia el socialismo, sin caer en:

El error principal de los grupos “izquierdistas” –que– radica en su subestimación del papel decisivo que la participación en la lucha reivindicativa y la propia experiencia juegan en el proceso de toma de conciencia revolucionaria de los trabajadores y de las masas en general. A causa de esto, estos grupos no ven la necesidad de escalar los objetivos revolucionarios, de colocar en primer término aquellos que en cada momento pueden hacer avanzar el proceso de marcha hacia el socialismo, de realizar una política de alianzas que junte en cada momento al mayor número de fuerzas contra el adversario principal, cosa que les lleva a negar el carácter revolucionario inmediato de la toma del Poder por el proletariado. Desconocen de esta manera las enseñanzas de Lenin y la experiencia revolucionaria internacional. Olvidan que meses antes de la Revolución de octubre se produjo en Rusia la revolución de febrero que derrocó el zarismo. Pasan por alto que la revolución cubana derrocó el poder dictatorial de Batista apoyándose en una coalición de fuerzas que incluía una parte de la burguesía nacional y enarbolando la bandera de la constitución de 1940 y que sólo posteriormente se pasó en Cuba a la etapa socialista de la revolución. Cierran los ojos, así mismo, a las enseñanzas que aporta la política que sigue el Frente Nacional de Liberación del

Vietnam del Sur (FNL) el cual, a pesar de que las cuatro quintas partes del territorio del Vietnam del Sur están en su poder, preconiza en su Programa la formación de un Gobierno de unión nacional y democrático que agrupe a las personas más representativas de todos los sectores populares, las nacionalidades, las religiones, de todos los partidos patrióticos y democráticos, así como a otras personalidades y fuerzas patrióticas que han contribuido a la liberación nacional/4.

Pero más allá de la plasmación práctica de esta alianza –se podría argumentar que en parte la Asamblea de Catalunya y, también en parte, los debates que se vivieron en la misma durante el año 1976 tuvieron algo que ver con este tema– lo cierto es que una vez formulada como opción estratégica de fondo quedó prácticamente en esto: en una opción estratégica de fondo. Fue lo que se llamó Pacto por la Libertad, que tenía como objetivo principal la ampliación constante de alianzas en el intento de derrocar la dictadura, lo que realmente se puso en juego. En ese contexto, por ejemplo, en el marco del desarrollo del Pacto por la Libertad se asumía durante la celebración del VIII Congreso del PCE en 1972 la integración de España en el Mercado Común. De esta forma se evitaba, según el partido, que la integración europea se convirtiera en una bandera que permitiera el aislamiento de los comunistas, ya que

(...) no cabe duda que la aceptación del Mercado Común constituía la base sobre la que la derecha social (...) pensaba poder agrupar a todas las fuerzas excluyendo a la clase obrera, excluyendo al Partido Comunista, aislando al Partido Comunista y capitalizando al movimiento democrático en nuestro país. Y una alianza, un acuerdo que fuese desde los centristas hasta la derecha del Partido Socialista sería el tipo de acuerdo que garantizaría el desarrollo neocapitalista en nuestro país/5.

Este era un camino que por algunos instantes, como los vividos posteriormente a la muerte de Carrero Blanco en 1973, incluía la posibilidad la convergencia con los sectores reformistas del régimen, en un momento donde:

Nuestro país entra en una fase crítica cuya trascendencia nadie puede minimizar. La crisis del régimen dictatorial, mucho tiempo larvada, ha quedado abierta tras la muerte del Almirante Carrero Blanco. Las cosas han transcurrido diferentes a como todos imaginaban. No es el General Franco quien se esfuma sino quien estaba destinado a garantizar la sucesión en su continuidad.. (...) En esta hora nadie puede encerrarse en el papel de espectador. Todos debemos ser protagonistas (...) es indispensable un diálogo, una convergencia que rompa las barreras entre los que dicen querer cambiar el sistema desde de dentro y los que hemos sido situados implacablemente durante decenios fuera de toda legalidad (...) Si la voz responsable del Partido Comunista no es escuchada, si no se emprende el logro de soluciones políticas de convergencia que permitan ir hacia un gobierno de amplia coalición, con libertades, con libre consulta al

4/ ANC, Fons PSUC, *Deturar la repressió, acabar amb l'immobilisme, imposar un canvi democràtic*. Informe presentat per Gregori López Raimundo en nom del Comitè Executiu del P.S.U. de Catalunya en una reunió de comunistes catalans, enero de 1969, caja 55. Traducido del catalán.

5/ ANC, Fons PSUC, *Intervencions polítiques*, III Congreso del PSUC, febrero de 1973, caja 4.

pueblo para que éste, sin revancha, reconciliado, enterrada la hacha de la guerra civil, decida soberanamente los destinos de España, las clases dominantes serán responsables una vez más, ante la historia del periodo de violencia que puede instalarse en nuestro país/6.

De hecho en los posibles desarrollos del Pacto de la Libertad, en unas fechas tan tempranas como 1970, ya se llegó a entrever la posibilidad de que:

La cristalización del Pacto para la Libertad puede incluso determinar que el Gobierno, o los gobiernos que todavía surjan dentro de este régimen, sean los de su liquidación. Se habla de la posibilidad de un nuevo Gobierno que desempeñe un papel de transición, de liquidación de lo actual. Por muy difícil que parezca, eso no es imposible (...). Todo depende en esta situación de que haya una auténtica alternativa potenciada por un fuerte apoyo popular en la calle. Esa alternativa y el movimiento popular pueden vaciar progresivamente al Gobierno de su capacidad de resistencia, restarle día tras día sus apoyos, obligarle a realizar, cualesquiera que hayan sido sus intenciones originales, una política de liquidación del régimen”/7.

De todas formas esa era una posibilidad inicialmente marginal en el desarrollo estratégico del PCE. Lo que no fue marginal es la tensión entre ser el principal partido que pretendía representar a las clases populares, y los mismos sueños de su militancia, y la voluntad de ser, a su vez, el principal defensor de la unidad antifranquista, en una concepción extremadamente amplia de esa unidad. Esta fue una tensión que en diferentes momentos y contextos acabó por atravesar toda la dinámica del Partido Comunista durante el proceso de cambio político, hasta acabar por afectarle en su vida interna.

De la calle a los despachos

Si el secretario general del PCE había pedido la activación de la movilización social en los momentos finales del dictador, lo cierto es que ésta, por múltiples factores, tomó una dimensión inusitada durante el primer semestre de 1976. A lo largo de ese año, clave en la consecución del fin de la dictadura, 110 millones fueron las horas perdidas en conflictos laborales, por sólo 10 millones en 1975, en un país donde el derecho a huelga no existía y a pesar de ello se ponía a la vanguardia de la conflictividad europea. Una oleada de huelgas que se concentró en el primer semestre y que contenía en ella huelgas de carácter local, comarcal o provincial con un alto contenido político y que, en cierta manera, prefiguraban la imagen de la huelga general política como antesala de la caída del franquismo. En este sentido, los conflictos locales, en un marco de conflictividad generalizada y en un tempo político muy concreto, visualizaban como la agregación de conflictos, en forma de mancha de aceite, podía llevar a una huelga general que, seguida de la Acción

6/ ANC, Fons PSUC, *Declaración del Pleno del CE del Partido Com. De Esp.*, texto tomado de la escucha de la REI, Editado por el CE del PSUC, diciembre de 1973, caja 8.

7/ Carrillo, S. *Libertad y Socialismo*, París, Éditions Sociales, 1971, págs. 46 – 47.

Democrática Nacional de toda la población, consumaría la caída de la dictadura y la instauración de un Gobierno Provisional conformado por el conjunto de la oposición (Domènech, 2002). Y si la primero, la Acción Democrática Nacional, parecía poderse tocar ya con los dedos, lo segundo, la unidad del antifranquismo, se encontraba también en un proceso acelerado. Tal como había esperado el Partido Comunista, la movilización social y política fue un acicate hacia la unidad del antifranquismo político. Finalmente, las dos principales plataformas unitarias del antifranquismo, pilotadas por el PCE y el PSOE respectivamente, se fusionaron en Coordinación Democrática en marzo de 1976. Pero el proceso no culminó allí, nuevos grupos se fueron incorporando hasta la conformación final en octubre de la Plataforma de Organismos Democráticas. Una unidad, de todas formas, que no se hizo sin una transformación. La omisión de la necesidad de ir hacia una Acción Democrática Nacional en ese proceso, llevó a la centralidad de la idea de una ruptura pactada. Pero fue otro actor el que rompió con la idea la posibilidad de que una caída del régimen llevase a la formación de un gobierno provisional.

La caída del primer gobierno de la monarquía, presidido por Arias Navarro, y su sustitución en junio de 1976 por el nuevo gobierno de Adolfo Suárez, supuso un cambio radical en las posiciones que había operado el cambio político para el antifranquismo y el PCE, hasta entonces. La imposibilidad de un proyecto meramente reformista del franquismo, dada la capacidad de movilización social mostrada por la oposición en la calle, llevó a que éste fuera asumiendo progresivamente el programa de la oposición. Este fue uno de los grandes éxitos del antifranquismo, y en este sentido del mismo PCE, pero también se dio en unas condiciones distintas y con limitaciones a aquello que se había proyectado desde las plataformas unitarias. Un cambio que fue percibido desde la dirección comunista y que impuso unas nuevas reglas del juego. Tal como se debatía en la dirección del PSUC en esos momentos:

De un gobierno que quería imponer la reforma (...) desde posiciones autoritarias (Fraga), a un gobierno que está dispuesto a negociar la reforma (...) ha empezado una campaña de aproximación y discusión (no de negociación aún) con la oposición (aunque no con toda y no colectivamente: evitando un frente común de toda la oposición a nivel estatal). (...) Pero esta disposición introduce un elemento nuevo a la situación. ¿Se tiene que negociar con el gobierno? (...) mientras el gobierno quiere elecciones a Cortes, reguladas y controladas por el propio gobierno (...), nosotros queremos elecciones constituyentes, es decir con garantías: presidido por un gobierno provisional representativo de todas las fuerzas democráticas a nivel de Estado. Se trata de negociar la ruptura, no la reforma. (...) Este es el gran debate (...) Para nosotros hay cuestiones sine qua non, cuestiones fundamentales, a las que no podemos renunciar (...). Pero somos una fuerza política responsable. Hacemos política y no demagogia. Por esto cuando hacemos propuestas, las hacemos de acuerdo con la correlación real de fuerzas del país y no formulamos propuestas utópicas. Y cuando hablamos de ruptura tenemos en cuenta los dos términos: ruptura - pactada. (...). En España no habrá Democracia contra el ejército (...) Y esto no responde

a un deseo del P., sino a la correlación real de fuerzas. Si perdemos de vista la correlación real de fuerzas, no habrá libertades. Es por eso que, cuando hablamos de condiciones para la ruptura, tratamos de encontrar un punto de equilibrio que permita el Pacto: no hacemos demagogia, hacemos política/8.

Una nueva realidad que llevó al PCE a una nueva agenda política, donde la discusión ya no fue como provocar la caída del régimen, sino en qué condiciones se iba llegar a un proceso electoral. Una nueva baraja de cartas se repartió en esta partida. Donde antes estaba el intento de producir una huelga general de la clase obrera, en un proceso de mancha de aceite que llevase al fin de la dictadura, ahora las huelgas y las protesta, y con ello los movimientos sociales, se convertían para el partido en un recursos para forzar la negociación con el gobierno. El máximo exponente de esto fue la convocatoria, a la vez que se intentaban limitar en esta nueva etapa los conflictos de larga duración a nivel local o comarcal, de la huelga general de un día del 12 de noviembre de 1976, en el contexto del referéndum por la reforma política celebrado finalmente el 15 de diciembre. Pero no sólo fue ese el cambio. Donde antes había un progresivo proceso de unidad antifranquista, ahora las dinámicas de divergencia empezaban a hacer acto de presencia. Hechos como la celebración abierta del congreso de la UGT en el interior en abril de 1976, en los mismos instantes que la dirección de la UJCE era detenida y sometida a torturas/9, o la celebración tolerada en diciembre del congreso del PSOE con el respaldo de dirigentes internacionales de la Internacional Socialista, mostraban a las claras que no todos serían tratados por igual. Y en este mismo sentido, finalmente, donde antes se trataba de conseguir pilotar a un bloque antifranquista, ahora, con progresiva ansiedad se trataba de conseguir la legalización, la salida a la superficie, con la celebración de actos públicos, forzando a su vez la presencia de los dirigentes en la legalidad, que tuvo su coronación con la detención y posterior liberación de Santiago Carrillo el 22 de diciembre de 1976, para poder llegar a las elecciones. Casi todos los recursos del partido se centraron en definitiva, ante las disyuntiva provocada por la convocatoria de elecciones para el 15 de junio de 1977, en:

Ir: Es la mejor manera de conseguir las 7 condiciones, la mejor manera de conseguir nuestra legalización. No ir querría decir seguir con una actividad testimonial, que nos aislaría de la escena política y reduciría nuestra incidencia. La batalla política no se libra en el terreno que nosotros hemos escogido, sino (...) en el terreno de las elecciones de la reforma. ¿Podríamos esperar a qué se diesen las condiciones? Los demás se pondrían delante nuestro. (...) El cambio táctico no es para aceptar los éxitos de la reforma, sino para resituar nuestra política en su terreno para conseguir nuestros objetivos (...). No podemos colocarnos a la defensiva ante las elecciones. Eso nos llevaría al dilema “electoralistas” y “movilizadores”. Hoy ser electoralistas quiere decir ser movilizados. El punto más importante de movilización son las elecciones. (...) La movilización fundamental es la campaña electoral. Todo ha de estar supeditado a la campaña electoral/10.

8/ ANC, Fons PSUC, *Informe de conjuntura*, CE, manuscrito, 21 de julio de 1976, caja 9. Traducido del catalán.

9/ ANC, Fons PSUC, *Libertat per Domènec Martínez*, 23 de abril de 1976, 1272 (I), caja 76.

Y ciertamente ser electoralista quería decir en ese momento movilizarse. Finalmente los recursos acumulados por el partido, en militancia, en capacidad de incidencia en los movimientos sociales y en el tejido civil, durante décadas de trabajo, para conseguir su legalización en ese 9 de abril de 1977, a pesar de todas las resistencias del viejo régimen que no fueron pocas. Una legalización tardía, y más aun en el caso del PSUC que se demoró todavía unas semanas más, que iba en detrimento de sus posibilidades, una legalización con la que el proceso democrático ganaba en profundidad y amplitud, pero una legalización que no llevó a los resultados esperados. Las elecciones del 15 de junio de 1977 marcan uno de los instantes cruciales del fin real de la dictadura. Inesperadamente, si el conjunto de los partidos que provenían del antifranquismo, en un voto de todas maneras fragmentado, representaban al 48,3% de los electores, los que venían de las filas del franquismo, en un voto mucho más agrupado que permitió la formación del gobierno de UCD, cosecharon el 43%. Fue este resultado el que marcó el paso de lo que eran unas elecciones a Cortes dentro del franquismo, a su transformación en Cortes Constituyentes y, por tanto, el paso de un régimen a otro. Pero para el PCE lo cierto era también que si la movilización se había centrado en las elecciones, éstas se habían mostrado muy poco cálidas en sus resultados. La movilización había luchado por la legalización del partido, y con ella también por la ampliación de la democracia, pero no por eso los resultados electorales dejaban de ser un jarro de agua fría para los militantes y los dirigentes del partido.

El partido del antifranquismo pasaba a ser ahora un partido. Un partido que ya no se encontraba en el centro del debate político, un partido que no se encontraba ya ni siquiera en el centro del arco de la izquierda. El 9,2% de votos cosechados lo dejaban a mucha distancia de un PSOE que, con el 29,2% de los votos, coqueteará con una retórica radical, lejos del discurso de la “responsabilidad” comunista, durante todo el primer ciclo electoral de la nueva democracia. El PCE seguía conservando una notable presencia en los movimientos sociales, específicamente en CC OO, y un importante patrimonio histórico labrado en el campo del antifranquismo, lo que lo dotaba de capacidad de influencia aún en el proceso político, como se demostró en la redacción de la Constitución, pero el cambio de papel era radical en el nuevo contexto. El intento, en este sentido, de propugnar una política de concentración nacional con la Unión de Centro Democrático, incluyendo en la misma la firma de los Acuerdos de la Moncloa ya que “*implican una política de concentración, que es precursora del gobierno de concentración*”¹¹, parecía una prolongación de toda la política anterior en un contexto donde su debilidad era mucho más patente. En todo caso este ciclo quedó ya absolutamente cerrado en 1982, cuando el PSOE se erigió ya no en el partido de la izquierda institucional, sino en el nuevo partido de gobierno, mientras el PCE cosechaba sólo un 4% de los votos y se quedaba sin grupo parlamentario propio.

¹⁰/ ANC, Fons PSUC, *Reunions del comitè executiu (1976 - 1977)*, acta de la reunió del 20 de diciembre de 1976, caja 9. Traducido del catalán.

¹¹/ ANC, Fons PSUC, *IV Congrés PSUC, Informe del CC*, octubre de 1977, caja 7. Traducido del catalán.

El partido ensimismado

Más allá de los debates sobre el leninismo, prosovietismo o eurocomunismo, como opciones estratégicas, tácticas e identitarias, que ocuparon gran parte de la vida interna del PCE al final del proceso de cambio político, y que son aún materia de debate en la atribución de responsabilidades sobre lo que pasó, es difícil no ver cómo su actuación hunde las raíces en la tradición comunista, mucho antes que en la misma el vocablo eurocomunista ni siquiera se hubiese articulado. Como mínimo comparte una forma de actuación común con los partidos comunistas occidentales surgidos de la Segunda Guerra Mundial, aunque en un marco radicalmente diferente. El ejercicio de la responsabilidad política o lo que se llamó en el caso italiano el *pragmatismo coraggioso* fueron también señas de identidad del PCE en este período. Si en Italia la aceptación de la legitimidad monárquica por parte del principal partido de la resistencia en 1944 o la actitud autocontentida en las manifestaciones posteriores al intento de asesinato de Togliatti en 1948, fueron dos momentos claves des este “pragmatismo valiente” que mostraban al comunismo hacia la sociedad por su capacidad de contención, disciplina y capacidad de integración, también en el caso español se encuentran estos elementos en las manifestaciones posteriores a los asesinatos de Atocha o en la aceptación de la bandera monárquica. En el primer caso, el de la matanza de abogados laboristas ligados al PCE en enero de 1977, es ya un lugar común afirmar que en la gran manifestación posterior el Partido Comunista se ganó la legalización, en una demostración de poder precisamente como poder autocontenido, sereno y silencioso. En el segundo, una vez consumada la legalización, inesperadamente para la militancia, y gran parte de los propios dirigentes, el Comité Central decidía renunciar a la bandera republicana en sus actos oficiales, para asumir la bicolor, un 15 de abril de 1977 (haberlo hecho el 14 habría podido aumentar intolerablemente el tono de la broma). En este sentido, a pesar de la euforia y el crecimiento militante vivido por un PCE ya legal después de casi 40 años de clandestinidad, los elementos de autocontención de lo esperado y de renuncias en los propios signos de identidad estuvieron plenamente presentes en la práctica del PCE. El resultado de esta forma de hacer política no supuso para los partidos occidentales, al menos aparentemente, una erosión electoral para un Partido Comunista Francés que salió de la Segunda Guerra Mundial siendo el primer partido en número de votos de Francia o para un Partido Comunista Italiano que, en su alianza con el PSI, llegó a agrupar el 44% del voto en esos mismos años. Pero en su caso las condiciones del fin del fascismo, por derrumbamiento final, y la práctica desaparición, o subordinación en el marco de la resistencia, de las opciones de la socialdemocracia clásica, creaban un contexto radicalmente diferente al vivido por su homólogo español en los años setenta. Y en ese contexto diferente, y la incapacidad para adaptarse a una nueva situación en el que él ya no estaba en el centro de la dinámica política, se encuentran parte de las claves de su deriva al final del período.

El ciclo electoral se realizó a partir de renunciaciones. Renunciaciones a la propia identidad, renunciaciones a las esperanzas de cómo sería esa democracia que nacía en medio de una crisis económica que estaba afectando a la propia base militante del partido. Renunciaciones que a medida que avanzaba un proceso de político de un ritmo extremadamente acelerado, donde las elecciones generales, los referéndums, las municipales y las autonómicas se encabalgaban a la vez que se pretendía construir un partido, se hacían cada vez más acuciantes, en un intento de retomar un proceso que ya no se controlaba. Tal fue el caso del largo debate sobre el leninismo, abandonado en abril de 1978 en el IX Congreso. Renunciaciones que a su vez no se traducían en mejoras apreciables en los resultados electorales. A la vez, si el PCE consiguió ser el partido del antifranquismo, lo consiguió primordialmente siendo primero el partido de los movimientos sociales, en un momento donde además la acción política no tenía ningún espacio institucional de desarrollo. En ese sentido la institucionalización democrática, la bifurcación entre sistema político y sociedad, supuso una consideración diferente del papel de estos movimientos, de los militantes que actuaban en los mismos, que conllevó también una pérdida de influencia en un campo que había sido crucial. Proceso, todo él, que supuso finalmente una sangría militante, ideológica y, finalmente, identitaria que cerraba todo un ciclo de la historia del comunismo español/12. Parecía que iba a ser prólogo, pero finalmente fue epílogo.

Xavier Domènech Sampere es historiador y profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona. Miembro del Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica sus investigaciones han girado al entorno de la relación entre movimientos sociales y cambio político, las identidades obreras y militantes bajo el franquismo, la memoria de los bombardeos durante la Guerra Civil y la relación entre movimientos memoriales y políticas públicas.

Bibliografía:

- Cebrián, C. (1997) *Estimat PSUC*. Barcelona: Empúries.
- Domènech, X. (2002) "El cambio político (1962-1976). Materiales para una perspectiva desde abajo". *Historia del Presente*, 1, 46-67.
- Domènech, X. (2008) *Clase obrera, antifranquismo y cambio político*. Madrid: Catarata.
- Domènech, X. (2009) "Cenizas que ardían todavía: la identidad comunista en el tardofranquismo y la transición". En M. Bueno y S. Gálvez (eds.) *Nosotros los comunistas*. Madrid: Atrapasueños.
- Molinero, C., e Ysàs, P. (2004) "El partido del antifranquismo". *Papeles de la FIM*, 22, 103-126.
- Molinero, C., e Ysàs, P. (2010) *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*. Barcelona: L'Avenç.
- Pala, G. (2008) "El PSUC hacia dentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)". En G. Pala (ed.) *El PSU de Catalunya. 70 anys de lluita pel socialisme*. Barcelona: ACIM.
- Sánchez Rodríguez, J. (2004) *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*. Madrid: FIM.

12/ El proceso que llevó a la crisis del PCE y el PSUC es mucho más amplio que lo apuntado aquí y ha sido tratado por distintos autores desde distintas perspectivas (Cebrián, 1997; Pala, 2008; Domènech, 2009; Molinero e Ysàs, 2010).

4 plural2 plural2

Política, conflicto y populismo (II)

También en Europa: posibilidades populistas en la política europea y española

Iñigo Errejón

[El texto que sigue es la segunda entrega de un trabajo más extenso, “Política, conflicto y populismo (I y II)”, dedicado al análisis y la discusión del concepto de “populismo” y su relación con la izquierda. El trabajo ha sido dividido por razones de espacio y temáticas.

La primera parte se publicó en el anterior número 114 de VIENTO SUR. Se dedicó a una discusión de carácter fundamentalmente teórico sobre el uso de un término que ha suscitado tanta polémica entre el pensamiento radical, y que hoy vuelve a estar de actualidad a raíz de la revitalización de experiencias calificadas como “populistas”, así como de la aparición de fuerzas políticas que suponen una reedición del populismo en formulaciones ideológicas no convencionales. Se ofrecía también un enfoque alternativo que relacionase la construcción de identidades populares con la teoría de la hegemonía de cuño gramsciano.

Esta segunda parte se centra en cambio en analizar los discursos actuales que presentan rasgos populistas, y los sujetos políticos que constituyen. En un enfoque descendente, se revisan las experiencias nacional-populares contemporáneas en América Latina, el populismo de derechas y xenófobo que surge con cierto vigor en Europa, y las implicaciones de la renuncia al antagonismo —y por tanto a la formación de identificaciones populares— de las izquierdas mayoritarias en España. Se ha mantenido la numeración continua de los epígrafes para remitir al primer artículo y resaltar el carácter unitario del texto.

Los dos artículos forman parte de un mismo esfuerzo teórico, y es recomendable que sean leídos como parte de la misma reflexión. No obstante, también cabe la posibilidad de que sean leídos como artículos independientes, de discusión teórica el primero y de análisis político el segundo.]

5. Populismo en América Latina

Hemos visto ya que una condición inicial y necesaria para las rupturas populistas es la acumulación de demandas insatisfechas y la delimitación de una frontera que divide y simplifica la comunidad política en dos campos enfrentados: la “élite” y el “pueblo”. El nombre concreto que cada uno de los dos polos reciba depende, en cada caso, de cuál sea la demanda central en torno a la que se produzca la ruptura, y el contenido ideológico que genere retrospectivamente para cada uno de los términos de la oposición.

Esto sucede con mayor facilidad en los Estados de institucionalidad débil, donde los sistemas políticos son menos capaces de canalizar las reivindicaciones particulares a través de las estructuras administrativas estatales, y el Estado tiene unos reducidos recursos, que dificultan la satisfacción de las demandas planteadas.

En América Latina los procesos de periferia han causado generalmente la debilidad de los Estados nacionales ¹. Las reformas neoliberales implementadas en la región en las dos últimas décadas del siglo XX redujeron los ya escasos instrumentos fiscales y políticos de los Estados, al tiempo que multiplicaron las demandas sociales en medio de un contexto de desregulación económica, precarización y empobrecimiento de las clases subalternas ².

En la mayoría de los países esta sobrecarga de demandas insatisfechas provocó el colapso de los sistemas políticos, expresado en primer lugar por la creciente deslegitimación de los órganos institucionales de canalización de propuestas y reclamaciones: los medios de comunicación y, sobre todo, los partidos políticos. En algunos de estos países, las promesas neoliberales de desarrollo y enriquecimiento individual generaron expectativas que contrastaron con el empeoramiento general de las condiciones de vida y la creciente “insonorización” de los sistemas políticos a las reclamaciones planteadas.

En esas condiciones, las demandas insatisfechas comenzaron a vincularse en base a su común frustración. Las revueltas que estallaron en muchos de ellos, desde el “caracazo” de Venezuela en 1989 a la “guerra del gas” en Bolivia en 2003, el cambio de siglo fue particularmente conflictivo para las élites tradicionales latinoamericanas. Esas protestas, que comenzaban en torno a una reivindicación –incluso de mayor carga “simbólica” que “material”– cuya desatención se consideraba intolerable, desembocaron –a veces de inmediato, a veces en un largo proceso de decantación– en cuestionamientos abiertos del orden existente, en deslegitimaciones masivas de las clases dirigentes y en la impugnación efectiva de su capacidad rectora. En estas sociedades el espacio político se simplificó produciendo “crisis del régimen”, que se convirtió en una “crisis orgánica” cuando las demandas de los grupos subalternos adquirieron centralidad como la cristalización de una oposición generalizada que enfrentaba al “pueblo” con las élites que ostentaban el poder económico, político y, a menudo, étnico. Estos pueblos, cabe destacar, no fueron la expresión política de ningún sujeto constituido en un espacio immaculado de “lo social”. Por el contrario, fueron una construcción contingente, marcada por el anti-neoliberalismo como narrativa del resentimiento de los grupos subalternos, y por el nacionalismo como aspiración de inclusión ciudadana y desarrollo soberano.

¹ Para una reflexión sobre los Estados en las periferias del sistema-mundo, ver: Wallerstein, I. (2005 [1974]) “The Rise and Future Demise of the World Capitalist System”. *Comparative Studies in Society & History*, XVI, 4 (septiembre de 1974), Cambridge University Press, en *Capitalismo Histórico y Movimientos Antisistémicos. Un análisis desde los sistemas-mundo*. Madrid: Akal, 2005. págs. 387-415; y Taylor, P. J. y Flint, C. (2002) *Geografía política. Economía-mundo, Estado-Nación y Localidad*. Madrid: Trama Editorial.

² Ver, por ejemplo: Kohl, B. y Farthing, L. (2006) *Impasse in Bolivia. Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. Nueva York: Zed Books y Harvey, D. (2002) *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Akal.

6. El populismo realmente existente en Europa: el de la derecha

En Europa, la situación es muy diferente. No es éste el lugar para ofrecer una explicación del fenómeno del populismo de derechas^{3/}. Pero sí resulta interesante ubicar su surgimiento en un contexto de alta institucionalización, que ha inspirado en las élites políticas e intelectuales la ilusión de un destierro definitivo del antagonismo, de un tiempo más allá del conflicto en el cual las decisiones por tomar sean entregadas a los “expertos”.

La hipótesis del “fin de la historia” de Fukuyama ha sido objeto de muchos intentos de descrédito, pero su peligro no reside tanto en su carga descriptiva cuanto en su apuesta normativa: la consolidación de un amplio consenso en torno a la democracia liberal entendida como competición electoral de grandes maquinarias partidistas, el libre mercado y los derechos individuales como límites a la voluntad popular. Este consenso cerraría la época de las confrontaciones ideológicas, y sustituiría, de hecho, la política por la administración estatal y la gestión mercantil. De Fukuyama se podrán decir muchas cosas, pero lo cierto es que no parecía ir demasiado descaminado: este escenario parece dominar la agenda política y la esfera pública de la mayor parte de países europeos, dominada por la competición de dos grandes partidos, uno conservador-liberal y otro nominalmente socialdemócrata, pero que habría renunciado en lo fundamental a la redistribución de la riqueza y a las “aventuras” en las que la soberanía popular pudiera friccionar con la acumulación privada de capital.

Precisamente el paso de los partidos socialdemócratas, con diferentes acentos, a la “tercera vía” supone la sanción de un horizonte “postpolítico” que pretende que los “intereses generales” de la sociedad están ya definidos, y pueden ser perseguidos, en ausencia de necesidades contradictorias, mediante la mera gestión “eficiente”. Habiendo renunciado a dar la batalla por la definición de los intereses generales, aceptando así los parámetros de la discusión política establecidos por los límites que el Estado liberal fija al alcance de la soberanía popular, abandonando toda pugna por establecer cuál es el “bien común” de nuestras sociedades, el centro izquierda ha renunciado a la política *strictu sensu*.

El correlato ideológico de esta evolución ha sido la extensión de la exaltación de los logros individuales y la denigración de lo colectivo como limitador de la libertad. En un artículo reciente en *Le Monde Diplomatique*, Slavoj Žižek mostraba de manera brillante la contradicción de una época en la que la publicidad, el cine, la industria del ocio y la cultura exaltan permanentemente la idea de que “nada es imposible” para el ser humano individualmente considerado, al tiempo que se repite machaconamente la idea de que, como especie, no hay nada

^{3/} En su lugar, es altamente recomendable la lectura del trabajo de Chantal Mouffe “El fin de la política y el desafío del populismo de derecha”. En F. Panizza, (coord.) (2009) *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, págs. 71-96.

más que conseguir más allá del horizonte democrático-liberal y la única postura racional y no arcaica es renunciar a cualquier meta colectiva, sospechosas todas de tendencialmente totalitarias/4.

No es extraño así que una parte sustancial del consenso embrutecedor dominante sea la creencia mayoritaria en “soluciones eficaces” por encima de las ideologías, que serían sólo un corsé obstaculizador para la búsqueda –técnica, claro– de las mejores opciones. También es sintomática la querencia por “la moderación” –que es otra posición vacía susceptible de los contenidos más diversos– y la convicción, nunca argumentada, de que “todos los radicalismos son malos” y de que “los extremos se tocan”. Se trata de la tensión policiaca a cerrar la discusión política acotándola a quienes ya están de acuerdo.

El programa de TVE “Tengo una pregunta para usted”, que permite una comunicación más fluida entre los candidatos y los electores, es una buena muestra de ello/5. La mayor parte de las intervenciones de “ciudadanos anónimos” planteaban a “los políticos” problemas particulares no formulados dentro de ninguna superficie de inscripción colectiva, sino dentro del esquema mercantil de satisfacción aislada de necesidades fragmentadas. Además de reflejar la estupidez reinante, que confunde a los candidatos a puestos de gobierno con administradores conocedores de las normativas y entresijos de las instituciones de regulación social, este hecho expresaba la despolitización generalizada: muy pocas intervenciones interpelaban a los candidatos desde un “nosotros” que excediese los marcos familiares o estrechamente corporativos/6, y por tanto ninguno cuestionaba las definiciones de la cosa pública rectoras de las políticas públicas postuladas por cada partido.

Este marco no sólo naturaliza el orden existente y constriñe todas las opciones razonables al interior de sus parámetros, consiguiendo así la pasividad generalizada. También fomenta la denigración de la política, paso previo para entregársela a comités de sabios muy bien pagados.

Es lógico que a una desustanciación de la política, a una actividad interesada en sacar del debate político las grandes cuestiones que afectan a la vida cotidiana-

4/ Zizek, S. (2010) “Salir de la trampa y hacer lo imposible. Rechazo obstinado de un orden insoportable”. *Le Monde Diplomatique* Edición española. Noviembre 2010; número 181.

5/ Me refiero en concreto a los programas del 9 y 10 de noviembre de 2010 dedicados a las elecciones al Parlamento de Cataluña del 28 de noviembre de 2010.

6/ El único tema en torno al cual, en los debates entre candidatos y ciudadanos en el programa de TVE, se expresaron temáticas con vocación de universalidad, capaces de producir identidades fuertemente políticas, fue el de la cuestión nacional catalana. Esto demuestra la enorme fuerza de las identidades nacionales, en modo alguno socavada por los procesos de globalización; también la imposibilidad, para cualquier proyecto que se quiera hegemónico, de descartar esa centralidad de los significantes nacionales a base de ignorarla. En contra de la mayor parte de los análisis postelectorales, el resultado del 28 de noviembre muestra el peso determinante de la fractura nacional como eje orientador del voto. Las dos fuerzas más castigadas en las pasadas elecciones, PSC y ERC, han pagado ante sus electorados potenciales los intentos de contemporización de la tensión nacional, perdiendo votos a favor de partidos más nítidamente españoles en el caso del PSC hacia el PP, o nítidamente independentistas como en ERC hacia SI o “Reagrupament”.

na de la mayoría de las personas –salarios, condiciones de trabajo, precios, inversiones públicas, prestación de servicios públicos, derecho a la vivienda, al transporte o a la cultural, o incluso las grandes decisiones de política exterior– le haya seguido una pérdida generalizada de interés por la política. Pero la actividad continuada de desprestigio de la política como una actividad sospechosa, y de los políticos como “vividores” o “ineficaces” debe ser tomada como una ofensiva que, no por casualidad, deja siempre a salvo de su denigración la actividad privada entendida como el esfuerzo por el enriquecimiento personal. Algunos sectores de la izquierda radical, dicho sea de paso, se han apuntado de manera infantil al desprestigio de “los políticos” creyendo haber encontrado en ello una consigna que entronca con el hartazgo popular. En realidad, sus críticas suelen ser desestimadas tan pronto como afectan a los “emprendedores” o proponen un horizonte más allá del existente. El desprestigio de la política acaricia la utopía comunista del fin de la política y su sustitución por “la administración de las cosas” tras haberla deformado. El resultado es una distopía que fomenta el cinismo, el individualismo y la atomización, y la competencia salvaje. No se acaba con la política, pero se la entrega a la burocracia y las instituciones mercantiles no democráticas.

Este es el caldo de cultivo para el populismo de derechas. Descartados los ideales colectivos –a excepción de las apelaciones a la “nación” en sus diferentes formulaciones– y en un escenario de desprestigio de lo público y exaltación de lo privado, las frustraciones, angustias e insatisfacciones son difícilmente articulables por discursos de izquierda. Las nuevas modalidades de derecha “plebeya” construyen discursivamente un “pueblo” constituido por los buenos ciudadanos, honestos trabajadores blancos y propietarios, estafado por los políticos y las élites intelectuales nacionales y europeas, amordazado por lo políticamente correcto, y amenazado por la inmigración. En consonancia con lo afirmado hasta aquí, hay que afirmar que las fuerzas políticas de la nueva derecha populista dejan por lo general fuera de su punto de mira al libre mercado. Así ha sido en el caso de las derechas populistas que han llegado al gobierno, como el FPÖ austriaco, los “posfascistas” de Gianfranco Finni o incluso la *Lega Nord* de Bossi; también sucede en el Estado español con las fuerzas menos marginales de una extrema derecha aún escasamente autónoma en lo político y electoral.

Esta apelación populista recibe su contenido ideológico del carácter de la frontera que traza: el odio del penúltimo –el ciudadano olvidado por las élites– frente al último –el migrante no propietario ni de estatus de ciudadanía. Ésta es la fractura que constituye el pueblo del populismo reaccionario, xenófobo y antiliberal.

Así, el único populismo realmente existente en la Europa del consenso por el “centro” político es el de derecha. A ello han contribuido todos los que sueñan

“La exclusión de las grandes cuestiones de la vida política, el miedo al conflicto, la ilusión de una política aséptica y libre de las identificaciones pasionales, han llevado a Europa a un *impasse* que ha permitido que en diferentes países la extrema derecha se haya presentado eficazmente como una fuerza antisistémica”

con el fin de la política y el conflicto, y en especial la izquierda mayoritaria que ha renunciado a ofrecer soluciones sustancialmente diferentes sobre las cuestiones socioeconómicas. En este contexto discursivo, es más normal que las demandas frustradas se articulen en un sentido cínico y egoísta, agresivo contra los más desposeídos y profundamente desconfiado de la democracia y de lo público como ámbito de discusión y mejora de la vida en colectivo.

La acusación de que la derecha populista ofrece “soluciones fáciles” o “simplistas” es tan ineficaz como la condena moral que aumenta la posibilidad de los reaccionarios de presentarse como la oposición al sistema político existente. Todas las fuerzas políticas que han sido capaces de movilizar amplios sectores de la sociedad en pos de un objetivo común, lo han sido merced a su habilidad para sintetizar sus diagnósticos y, sobre todo, sus propuestas de solución en formulaciones sencillas y directas. Cualquier fuerza que no sea capaz de hacerlo debe ser tomada, en consecuencia, como sospechosa de no tener ninguna solución en absoluto.

La exclusión de las grandes cuestiones de la vida política, el miedo al conflicto, la ilusión de una política aséptica y libre de las identificaciones pasionales, han llevado a Europa a un *impasse* que ha permitido que en diferentes países la extrema derecha se haya presentado eficazmente como una fuerza antisistémica. Esto no es un fenómeno periférico, sino directamente relacionado con la hegemonía de la “postpolítica” neoliberal, su cara oscura, plebeya y agresiva. Por el contrario, en los momentos en los que la agenda política ha estado ordenada por fronteras antagónicas, que provocaban adhesiones pasionales e identificaciones populares que excedían la canalización institucional –como durante las movilizaciones contra la invasión a Irak, o las protestas contra los recortes en Francia, Inglaterra, Grecia o en menor medida el Estado español– las frustraciones no han sido articuladas en discursos de derechas sino que han estado relativamente disponibles para la construcción de “pueblos” de izquierdas, unificados contra los recortes sociales y las salidas regresivas a la crisis. Ese es el camino, profundizar la construcción de antagonismo.

7. Unos últimos apuntes sobre el sistema político español y las posibilidades de ruptura populista

En el país llamado España, y que las dificultades de la izquierda para nombrar un “nosotros-pueblo”⁷ le obligan a llamar “Estado español”, la situación de negación del conflicto y de adormecimiento de la política ha dificultado enormemente la constitución de un sujeto político amplio por el cambio social. Pero esa dificultad no afecta de la misma forma a todas las fuerzas de la arena política, ni constituye sólo un problema para las izquierdas con voluntad radical. La izquierda que apostó por la concertación también sufre en la actualidad las consecuencias de su intento de retiro de la política.

Aquí la última vez que el escenario político estuvo sustancialmente “abierto” fue en los últimos años de la dictadura de Franco y en el proceso de la Transición. La multiplicación de organizaciones políticas, del debate ideológico y de las energías colectivas orientadas a fines de emancipación social, hablan claramente de un momento de aceleración histórica y de discusión de los sentidos políticos: esto es, de una redefinición colectiva de los marcos de convivencia y de los canales institucionales de solución de conflictos.

La clausura exitosa de la Transición como un pacto entre élites basado en primer lugar en la reclusión de la política en las instituciones –sacándola de las calles, los centros de trabajo o las asociaciones vecinales– supuso la estabilización de un sistema político marcado por un amplio consenso entre los grupos rectores de la dictadura y las fuerzas políticas más “moderadas” y homologables ante Europa de la oposición democrática. Este pacto excluía de la agenda de discusión política las cuestiones que tradicionalmente habían ordenado las identidades políticas en el Estado español: la monarquía y la bandera nacional, la propiedad de los medios de producción y la distribución de la riqueza social, y lo intentó con éxito desigual con el modelo territorial de Estado. Así, el pacto constitucional conformaba un amplio bloque histórico dirigente del Estado y un sólido sistema político tendente a la exclusión de ciertas demandas y a la tramitación aislada de otras. Una operación radical de “transformismo”, en términos gramscianos.

El fantasma que esta estabilización del sistema político debía conjurar era aquel de las “dos Españas”, la dicotomización radical del campo político que llevó a la Guerra Civil como momento culmen del antagonismo –y de la politización. Frente a aquella suerte de “ruptura populista”, la construcción de la democracia exigía, según el discurso dominante, la disolución de las identidades populares en una amplia y difusa identidad nacional reunificada, y en una estructura política que permitiese la minimización del conflicto social.

⁷ Estas dificultades no rigen obviamente para los discursos nacional-populares de las izquierdas que reivindican nacionalidades periféricas alternativas a la española. Pese a sus dificultades en la nominación de un pueblo distinto del español, y en la materialización jurídica de esa comunidad política por escindir, no deja de ser significativo que –con las diferencias obvias entre territorios– sólo las izquierdas con capacidad de interpelación nacional alternativa a la española hayan sobrevivido con una cierta relevancia social al proceso de marginalización de las fuerzas políticas “rupturistas” después de la Transición a la democracia.

En la medida en que gran parte de los puntos de partida de aquella construcción política eran las “líneas rojas” trazadas por los grupos dirigentes de la dictadura, la derecha asumió sin demasiados traumas el nuevo escenario, con gran parte de sus intereses blindados por su exclusión de la agenda política. Se trataba de una inclusión controlada, que no invalidaba por tanto el relato nuclear del pensamiento conservador: el que oponía a la patria verdadera con sus antitesis de la degeneración, la lucha de clases como enfrentamiento fratricida, y los nacionalismos periféricos: la “antiespaña”.

Las fuerzas de la izquierda tuvieron en cambio que representar un giro discursivo notable, de los marcos del antagonismo entre la(s) España(s) amplia de las mayorías populares (y los pueblos) y la minoría dominante –encarnada en la caricatura del señorito, el guardia civil y el cura– a los de la reconciliación nacional y la gestión institucional de los conflictos. Estos conflictos, en todo caso, no serían ya las cuestiones centrales con capacidad de dibujar fronteras antagónicas, sino diferencias mínimas. Los elementos centrales de la convivencia se encontraban a salvo de la discusión política, definidos de una vez por todas en un momento en el que para las fuerzas del cambio pesaba la amenaza de la involución militar, y fuera por tanto del ámbito de la soberanía popular.

De esta forma, fue la izquierda mayoritaria, particularmente pusilánime, quien se empeñó en dar muestras de su “democraticidad”, igualada ésta con la renuncia a los “temas sensibles”, y de su capacidad única para desconflitar el sistema político español. La derecha, mientras tanto, mantuvo sus signos identitarios fuertes, tales como la bandera rojigualda y el nacionalismo español, el antisindicalismo feroz o el catolicismo agresivamente antilaico. No por sorpresa de estos elementos han partido todas las movilizaciones de masas de las organizaciones conservadoras de la sociedad civil.

Suscitando bastante atención mediática, la iniciativa “Transforma España” de la Fundación Everis presidida por Eduardo Serra, entregó a Juan Carlos I el 16 de noviembre de 2010 un documento que resulta una magnífica demostración de operación hegemónica conservadora/8. Al mismo tiempo que anima a *desideologizar la política* y superar el “obsoleto” antagonismo de clase, redibuja la frontera que constituye la sociedad: el *valor país de España* debe ser afirmado *contra el Estado y los políticos*, identificados con la ineficiencia y el enfrentamiento/9. Este discurso liberal apunta a la creación de una “Big

8/ El documento, titulado “Un momento clave para construir entre todos la España admirada del futuro” puede consultarse aquí: www.fundacioneveris.es/Images/Transforma%20Espa%C3%B1a%20Fundaci%C3%B3n%20everis_tcm32-71088.pdf

9/ Aquí se realiza un brevísimo análisis discursivo del documento “Transforma España” de la Fundación Everis para emplearlo como ejemplo de la tensión postpolítica de la hegemonía liberal-conservadora. No obstante, para una reflexión más profunda sobre la iniciativa de la Fundación Everis y los objetivos políticos que persigue, este análisis se remite al lúcido artículo de Jaime Pastor “La sociedad civil...del gran capital vuelve a la ofensiva” (VIENTO SUR, nº 113) Disponible en: <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=3340>

Society” –a la Cameron– unificada en torno a un consenso sólo alcanzable mediante la confinación de los antagonismos a la esfera privada, donde son invisibilizados. Este sí es un dispositivo de reafirmación de la frontera, con ciertos ribetes populistas: la buena sociedad española sólo podrá reconciliarse consigo misma reduciendo el peso de la política y apartando a los partidarios de (otras) divisiones. Pretendiendo hablar desde ninguna parte, los promotores del manifiesto se ubican así desde la universalidad, la posición invisible del vencedor. El llamamiento “pluralista” a superar la división y el enfrentamiento político debe ser leído entonces como un violento movimiento hegemónico, que opera mediante el estrechamiento de las posibilidades de la soberanía popular y la reificación de las relaciones de poder existentes, colocándolas a salvo de lo político. Así, este discurso no parte de una comunidad política pre-existente, sino que la (re)construye definiéndola, atribuyéndole morfología, intereses comunes y fronteras. Se trata siempre, por tanto, de una construcción en el antagonismo.

La izquierda, habiendo abrazado en solitario la idea de las “dos Españas”, ha renunciado así a activar, vivificar y movilizar a la suya. Gracias a eso se ha hecho campeona de la corrección política, pero ha ido retrocediendo pasos agigantados en la lucha ideológica y por la institución del sentido político de los hechos sociales, y en consecuencia siendo la facción progresista de un bloque social cuyas fronteras discursivas define el adversario.

La derecha debe parte de su influencia creciente sobre el sentido común de nuestra época a su beligerancia, a no haber olvidado nunca que la política democrática no sólo no es contradictoria con el conflicto sino que lo necesita. En la medida en que esa beligerancia pase por una interpelación al “pueblo español” que lo enfrente a las élites bienpensantes y políticamente correctas y a los consensos edificados en una correlación de fuerzas en decadencia, podremos hablar de una activación populista de la derecha. Temáticas como la inmigración, el debate sobre el cambio climático, el rol constitucional de los sindicatos o el modelo confrontacional al que tienden los medios de comunicación conservadores, podrían ser una muestra de esta dinámica, ante la sonrisa educada y displicente de una izquierda a la que le gustaría que alguien le exonerase de la política.

Agradezco las lecturas previas y comentarios de Manuel Canelas, Jorge Moruno, José Antonio Errejón y Miguel Romero.

Íñigo Errejón es investigador en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR* y de la Fundación CEPS. E-mail: ierrejon@cps.ucm.es

Bibliografía:

- Aboy Carlés, G. (2003) “Repensado el Populismo”. *Política y Gestión*, Homo Sapiens Ediciones, Vol. 4.
- Aboy Carlés, G. (2005) “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”. *Estudios Sociales*, Revista Universitaria Semestral, Año XV, núm. 27, primer semestre.
- Barros, Sebastián (2005) “The discursive continuities of the Menemist rupture”. En F. Panizza (comp.) *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso.
- Butler, J., Laclau, E. y Žizek, S. (2004) *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De la Torre, C. (2003) “Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo”. *Revista de Ciencia Política*, vol. 23, Santiago de Chile.
- Errejón, I. (2010) “Somos MAS”. *Un análisis discursivo de la construcción del pueblo boliviano durante el primer gobierno de Evo Morales*.
Disponible en: http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/53/61/10/PDF/AT14_Errejon.pdf
- Femia, J. (1987) *Gramsci Political Thought*. Oxford: Oxford University Press.
- Gramsci, A. (2000 [1929-1937]) *Cuadernos de prisión*. México DF: Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 6 vol.; traducción de la edición del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana.
- Harvey, D. (2002) *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Akal.
- Kohl, B. y Farthing, L. (2006) *Impasse in Bolivia. Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. Nueva York: Zed Books.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1985) *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso.
- Laclau, E. (ed.) (1994) *The making of political identities*. Londres: Verso.
- Lukács, G. (1969 [1923]) *Historia y conciencia de clase*. Traducción de Manuel Sacristán. México DF: Grijalbo.
- Morton, A. D. (2007) *Unravelling Gramsci Unravelling Gramsci. Hegemony and Passive Revolution in the global economy*. Londres: Pluto Press Books.
- Mouffe, Ch. (1996) “La política y los límites del liberalismo”. *La política. Revista de estudios sobre el Estado y la sociedad*. 1, 171-190.
- Mouffe, Ch. (2009) “El fin de la política y el desafío del populismo de derecha”. En F. Panizza, (coord.) *El populismo como espejo de la democracia* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 71-96.
- Panizza, F. (coord.) (2009) *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pastor, J. (2010) “La sociedad civil...del Gran Capital vuelve a la ofensiva”, *VIENTO SUR*, 28/11/2010.
- Portelli, H. (1974) *Gramsci y el bloque histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Taylor, P. J. y Flint, C. (2002) *Geografía política. Economía-mundo, Estado-Nación y Localidad*. Madrid: Trama Editorial.
- Wallerstein, I. (2005 [1974]) “The Rise and Future Demise of the World Capitalist System”. *Comparative Studies in Society & History* XVI, 4 (septiembre de 1974), Cambridge University Press, en *Capitalismo Histórico y Movimientos Antisistémicos. Un análisis desde los sistemas-mundo*. Madrid: Akal, 2005, 387-415.
- Žizek, S. (2007) *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.
- Žizek, S. (2010) “Salir de la trampa y hacer lo imposible. Rechazo obstinado de un orden insoportable”. *Le Monde Diplomatique* Edición española. Noviembre 2010; número 181.

5 Voces miradas

Primera palabra

Pablo Martín Coble (Madrid, 1960)

Licenciado en Ciencias Económicas. Miembro de la Tertulia Poética “Indio Juan” del Ateneo Cultural 1º de mayo de CC.OO. de Madrid desde el año 2000.

Ha publicado poemas en antologías y revistas literarias. Ha obtenido diversos premios de poesía. En 2008 publica *Primera palabra* (Legado Ediciones, colección Duetos, Madrid, 2008), el poemario *El sueño interrumpido* en el libro colectivo *La República de la imaginación* (Legado Ediciones, Madrid, 2009) y *Métodos del recuerdo* (Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, 2009) que fue Accesit del Premio Internacional de Poesía “José Verón” 2008 de Calatayud. Su blog: www.palabrasdegranito.blospot.com. Publicamos los poemas “Polifonía” y “Amnesia con rap de fondo” y una selección de la serie de 21 que componen *Primera palabra*: esa asombrosa aproximación al momento terrible y hermoso en que la primera palabra fue pronunciada.

“La belleza no es un lugar / donde van a parar los cobardes”, estos versos de Antonio Gamoneda, definen muy bien el empeño de Pablo Martín Coble; su poesía es una difícil y arriesgada búsqueda de la belleza. Una atenta labor de escucha porque “Crecer se hace en silencio”. De ahí nacen las palabras que nombran y son consuelo, esas que “aún no existen” pero que calentarán como un fuego para “hacer un recuento/ de los amaneceres y apuntarlos,/ y enseñar a otros hombres a alumbrarse”. Una palabra que destruya sombras. Así fue la palabra original, nacida del dolor: “La primera palabra/ fue la de una madre arrullando a su niño/ mientras se moría”, “Y la dijo/ entre la lentitud del crecimiento/ y el fuego de los desaparecidos”. Su poesía nos habla de esa mujer con amnesia que “olvida / que se olvida”, de esa espera y ese afán: “y mientras tanto/ escribiremos poemas/ para no llorar”. Y también de la esperanza de nombrar mundo y habitar el lenguaje. La palabra que nos ayude a esperar en la noche, a decir el silencio, a poblar el difícil lugar de la belleza: “Allí donde caminar / es construir el espacio”.

Antonio Crespo Massieu

POLIFONÍA

No serán las palabras las que te hagan crecer.

El tiempo que transcurre entre un minuto y otro,
el espacio entre el dedo pulgar y el dedo índice
y la memoria lenta.

Crecer se hace en silencio,
entre la fantasía y su cojera,
con muletas de estaño
y la rara
costumbre de esperar.

AMNESIA CON RAP DE FONDO

Sentada en una silla una mujer
está leyendo un libro. En su portada,
una mujer está leyendo un libro,
en su portada una mujer está
leyendo, sentada en una silla.

Apoya los ojos en la lista de los medicamentos,
la inserta entre las once dimensiones que tiene la memoria,
cierra de golpe los pliegues de su vida.

adiro, trangorex

...del recuerdo, las hojas,
del tiempo, la parte más seca de los ojos,
del olvido, el olvido...

Una mujer está sentada en una silla.
Tiene un libro en las manos. Su portada
es la foto de un libro sin portada.

*covals, omeprazol,
arimidex, metamizol*

Como un niño psicótico,
ha perdido las frases y las duplicaciones
donde depositaba los acontecimientos.

Llama a su madre
en un desierto de lunas salicílicas.

*sintrom, dobupal,
plantabén, fosamax*

Olvida
que se olvida
que se olvida.

Primera palabra

I

Levantó la cabeza,
vio las garzas en formación de cuña.

Con un palo en el suelo
no pudo describir lo que pensaba.

Con ellas se marchó sin darse cuenta
del terror inmortal
que produce el lenguaje.

II

Donde está el silencio de la hierba mojada,
una hormiga
con las antenas rotas se refleja
y lucha
y no se reconoce.

También es inmortal aunque ella no lo sabe.

Allí donde caminar
es construir el espacio.

V

Se ha sentido solo y ha bebido
cerveza y habla con los muertos.

Sueña con un lenguaje caído entre las piedras,
y aprende las palabras
en las ondas del río.

A partir de ese día
tiene nombre el silencio.

XV

Deseas las palabras que aún no existen.
Vas por la maleza en busca de unas cañas
que pongan una voz a tus cantos internos.

Cuando las encuentras
un rayo de luz atraviesa las hojas.

Haces sonar tus flautas.

Otros ya te escuchan.

XIX

Un hombre que jamás te acarició
te enseñó a hacer fuego con dos palos.

Qué fácil es la luz,
tanto que su origen se olvida.

Ahora tu obsesión es hacer un recuento
de los amaneceres y apuntarlos,
y enseñar a otros hombres a alumbrarse.

XX

La primera palabra
fue la de una madre arrullando a su niño
mientras se moría.

Es igual de grande el canto de las rocas
que terrible
el silencio del cosmos.

Y la dijo
entre la lentitud del crecimiento
y el fuego
de los desaparecidos.

6 in memoriam

Jean Haïra, lagun, internacionalista, jusqu'au bout *

Josu Chueca

Que nadie se extrañe por el plurilingüismo del título. Es reflejo del homenaje que el 30 de diciembre pasado, hicimos a Jean Haïra, *Jeannot*, en Mia-ritze, tras habernos dejado, pocos días antes. Viejo “*compagnon de route*” e ideales, merecía sin duda que los versos, canciones y recuerdos de la andadura compartida glosasen su larga y consecuente militancia.

Jugando con las cifras y las siglas que acompañaron su “*parcours*” militante se puede resumir en “de VI a la IV” o de ETA (VI) al NPA, pasando por



la LCR. Pero detrás de estos guarismos y curiosas denominaciones, había en el caso de Jean, mucho trabajo y solidaridad revolucionaria. “*Du vrai et réel internationalisme*”. Internacionalismo práctico y del bueno, el que iba más allá de reclamarse de una Internacional, para llevarlo a la práctica. Porque Jeannot fue de los primeros integrantes de ETA(VI) originarios de Iparralde, que demostró que el verdadero internacionalismo se demuestra andando. En el crisol cotidiano de la lucha de clases.

*/Jean Haïra, compañero, internacionalista, hasta el final.

Iniciado a la militancia, en la especial coyuntura del proceso de Burgos, vivió los primeros pasos y evolución de una ETA que rompiendo con el nacionalismo originario, quería intervenir en todos los frentes de la lucha de clases y en especial del movimiento obrero. Fue Jean coprotagonista junto a los cada vez más numerosos exiliados, de la evolución que llevó del nacionalismo al marxismo revolucionario, a toda una generación de jóvenes luchadores. Gracias a *Jeannot* y a otros camaradas de Iparralde, *Zutik*, *Berriak*... reflejaron puntualmente el avance de la lucha antifranquista, por encima de mugas y fronteras. Las mismas que él y otros camaradas franqueaban una y otra vez como *mugarlaris*, para poner en Dantxaria, Iruña o Donostia, la propaganda más innovadora y mejor editada de toda la clandestinidad vasca. Pagó su compromiso, albergando a camaradas huidos y organizando imprescindibles infraestructuras organizativas, con detenciones y procesos, pero siguió, al pie de las *roneo* y *offset*, de la militancia comprometida “*jusqu’au bout*”.

Cuando LCR-ETA(VI) cogió suficiente peso y vuelo propio en el interior, Jeannot orientó su militancia a la “*Ligue*”, al trabajo sobre las problemáticas específicas del Estado francés. Desde entonces, a pesar de los altibajos que nuestras organizaciones han sufrido, Haïra siempre fue el “*fil rouge*” que llevó sin discontinuidad el testigo del marxismo revolucionario en la intrincada problemática vascofrancesa. Pieza fundamental, junto a su compañera Martine, en el desarrollo de la última LCR y del actual Nouveau Parti Anticapitaliste, editando con la misma ilusión de los 70, el actual *Le Piment Rouge* abierto a los nuevos debates sobre ecología, decrecimiento... seguía reflexionando sobre la problemática *nacionalitaria*, origen de su primera militancia. Su obra póstuma sobre la Cuestión Nacional en el País Vasco, refleja esta inquietud y su preocupación constante por responder a todas las injusticias que en la sociedad existen.

Aunque, no la podremos comentar ni discutir contigo, la leeremos con interés, recordándote como lo que fuiste: afectuoso y sonriente en la discusión, amigo y camarada en la discrepancia, y sobre todo, con el aval de tu larga y consecuente militancia, de tu real y comprometido internacionalismo. *Jeannot Adiorik Ez!* Como te cantamos en tu despedida

Guzti guztiok izanen haugu/ beti Jean bidelagun!

(*Siempre te tendremos/ Jean junto a nosotros*)

7 subrayados

El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano

José Manuel Naredo y Antonio Montiel Márquez. *Editorial Icaria (Antrazyt)*. Madrid, 2010.

El libro es la reelaboración de las ponencias presentadas en el “Coloquio sobre Urbanismo, democracia y mercado: una experiencia española”, celebrado en París, en marzo de 2010. Su objetivo es poner en manos de la ciudadanía un instrumento que permita analizar el origen y la naturaleza de nuestro modelo inmobiliario, su relación con la burbuja especulativa y la conexión de ambos con la crisis económica actual. Los autores adelantan una respuesta clara y escueta a estas cuestiones, permitiendo profundizar, con conocimiento de causa, sobre sus posibles remedios y alternativas.

La primera parte: “*El modelo inmobiliario español y sus consecuencias*”, obra de José Manuel Naredo, explica como la configuración de este singular modelo hunde sus raíces en el franquismo, ecosistema particularmente propicio a la cultura del pelotazo, a partir de dos procesos que se retroalimentan con creciente intensidad: por una parte la progresiva desaparición del planeamiento urbano que va siendo sustituido por la “lógica” de la especulación y, por otra, la evolución desde el predominio de la vivienda en alquiler y la promoción de la vivienda social hasta el dominio absoluto de la vivienda libre en propiedad, apoyada

en un sistema de crédito hipotecario muy desarrollado.

Un interés particular tiene el análisis de los factores que hicieron posible la culminación de este modelo con la democracia y la adhesión a la Unión Europea. Un primer requisito fue que la metamorfosis democrática del régimen franquista se solapó con una refundación oligárquica del poder, en la que un caciquismo renovado extendió la cultura del pelotazo en progresión geométrica. Otro fue el continuo desarrollo de una normativa urbanística que hizo de las operaciones inmobiliarias, acordadas entre promotores y políticos, la pieza clave de la nueva ordenación urbano-territorial al margen de cualquier planeamiento. El tercer requisito fue que, tras la adhesión a la Unión Europea, este modelo contó con una financiación barata y abundante, que animó la formación de una enorme burbuja especulativa.

A continuación se estudian las consecuencias de este modelo, en primer lugar condicionando tanto el modelo urbano-territorial resultante, como el marco institucional que lo impulsa. En el terreno económico, la burbuja inmobiliaria ha generado endeudamientos y desequilibrios que llevaron a la economía española a una profunda crisis, agravaron el déficit y el endeudamiento exterior y lastran

ahora su posible recuperación. Las repercusiones sociales de esta crisis son obvias y están ligadas al aumento del paro, el empobrecimiento y el miedo de buena parte de la población, fenómenos agravados por la “reforma laboral” y de las pensiones que suponen serios recortes en la protección social de trabajadores y ciudadanos. Las consecuencias ecológicas, más allá del tsunami de ladrillos y cemento que ha recorrido la geografía peninsular, se derivan de que el boom inmobiliario ha desplegado un modelo territorial, urbano, constructivo y un estilo de vida mucho más exigente en recursos y pródigo en residuos y en daños ecológicos que los previamente existentes.

Esta primera parte acaba con una importante reflexión sobre las condiciones de un posible cambio de modelo, a partir de un diagnóstico preciso de sus nefastas consecuencias y de su incapacidad para resolverlas.

La segunda parte: “*El modelo inmobiliario valenciano, marco institucio-*

nal, actores, resultados y perspectivas”, elaborada por Antonio Montiel Márquez, es un concienzudo e interesantísimo análisis de un caso particularmente ilustrativo, el destroz perpetrado en el País Valenciano cuyo mejor resumen son las cien mil viviendas actualmente construidas y sin vender y un litoral alicatado hasta el techo, que ha añadido una nueva patología a las deficiencias antes analizabas: “el síndrome de la ciudad vacía”, prueba de los errores resultantes de políticas marcadas por la dejación de responsabilidades públicas y la complacencia con el capital especulativo.

Por último, la introducción al libro termina con la siguiente afirmación: “*Sirva este texto para comprender mejor el origen y la naturaleza de nuestros males, abriendo el camino para superarlos*”. Y lo mejor que se puede decir de él es que, efectivamente, sirve.

José Galante

La Crisis de la Economía de Mercado

Jesús Albarracín. Adaptación y actualización de Daniel Albarracín. *Maia Ediciones*. Madrid, 2010.

La crisis que atravesamos no se puede contemplar desde la superficie de lo coyuntural, ni desde la espera ingenua en la providencia —que si se mueve entre las sombras, acaba pergeñándola el poder—, ni desde la complacencia confiada en que tras la tempestad regrese la calma. Nada, después de esta crisis, será igual, y cómo se opere ante ella determinará las condiciones de la salida.

El capitalismo se sume en una crisis profunda. Su sistema explica su vitalidad así como sus quiebras. Comprender qué sucede y cómo sucede resulta

crucial para manejarnos o, como pretendía el autor, intentar transformar el mundo en el que se despliega. Nada más alejado de un prisma mecanicista, Jesús Albarracín nos ayuda a entender que la dinámica capitalista no se promueve desde ninguna ley automática. Los factores sociales y políticos le dan forma y, a partir de ahí, el sistema recorre su camino con un vigor contradictorio. Con cruces de rutas que suscitan la posibilidad de alternativas.

Jesús Albarracín, reconocido economista del Servicio de Estudios del Banco de España, de orientación man-

deliana y vinculado a la IV Internacional, comunista y referente internacionalista del movimiento obrero, fallecido en 2000, nos legó este imprescindible manual de análisis económico. Una contribución fundamental, desde una aproximación actual, para dar cuenta de aspectos tales como la lógica de la mercancía, el papel de la rentabilidad, la teoría del valor trabajo, la dinámica a largo plazo de la acumulación y la teoría de las ondas largas, algunas problemáticas monetarias, o ciertos rasgos de la hipertrofia financiera que ya a fines del siglo XX descollaban, anticipando la crisis que ahora estalla. También nos brinda un análisis crítico de la planificación burocrática en el Este europeo, y nos aporta criterios de orientación para superar estas experiencias históricas.

Daniel Albarracín, su sobrino, realiza un ejercicio de síntesis, adapta-

ción y actualización, con el ánimo de recoger las clarividentes explicaciones de Jesús, rescatando y difundiendo un trabajo intelectual imprescindible, que más allá de la añoranza de la inteligencia, compromiso y personalidad del autor, comporta un arma de futuro en manos de aquellos inconformistas con lo existente.

El texto sale en formato de libro de bolsillo, y fue publicado en su día por Trotta como *La economía de mercado*. Ahora, con el título original que deseó el autor, se recupera como síntesis con todos sus apartados fundamentales, se actualizan afirmaciones, o se adaptan formulaciones referidas a monedas que ya no están en curso, para que el texto siga vivo con toda actualidad.

Camilo Espino

La universidad en conflicto. Capturas y fugas en el mercado global del saber

Edu-factory y Universidad Nómada (comps). *Traficante de sueños*. Mapas. Madrid, 2010.

En pleno ciclo de luchas estudiantiles contra la crisis capitalista y la mercantilización de la educación, la red internacional de investigadores y activistas “Edu-factory”, junto a la “Universidad Nómada”, publican este libro en forma de material útil para explicar e intervenir en los distintos conflictos emergentes en el nuevo formato de la Universidad-Empresa.

Impulsoras de las teorías asociadas al “capitalismo cognitivo”, los autores de *La Universidad en conflicto* proponen como fórmula estratégica de intervención para el movimiento la reapropiación de la producción de los saberes, entendidos como elemento básico de los bienes comunes. Para ello, y

nutriéndose de los intensos debates del movimiento estudiantil transnacional, plantean (como en el caso italiano) la puesta en marcha de la “autoformación” y la experimentación de distintos modelos de “universidades anómalas” como laboratorios alternativos y de fuga frente al disciplinamiento, la segmentación y la precarización de las universidades gerenciales.

Entre los distintos temas abordados en el libro, habría que destacar dos capítulos por encima del resto: uno, por la condensación de ideas y propuestas, y el otro por la incorporación de aspectos más novedosos en nuestro contexto, pero que en el medio plazo pueden convertirse en

aspectos nucleares de futuros conflictos en las universidades.

En el primer caso, el artículo introductorio de la profesora Montserrat Galcerán sintetiza el escenario de transformación global de la universidad en cuanto a su interés para el capital internacional y la mutación de sus propias funciones. Así mismo, se esbozan las diferentes alternativas de respuesta discursiva que los movimientos estudiantiles han planteado, situando la auto-representación del estudiante-precario como la figura antagonista por excelencia frente a la nueva universidad y la más funcional para hacer emerger las nuevas formas de construcción del saber.

La segunda aportación analiza un aspecto clave para entender la genealogía del nuevo ciclo de luchas estudiantil (véase el caso de los países anglosajones): la cuestión de la deuda estudiantil. Este capítulo, escrito por Jeff Williams, resulta enormemente didáctico para enten-

der la trascendencia del mecanismo de la deuda en su doble vertiente: como elemento de inserción de la educación en la lógica de la financiarización de la economía y como posibilidad abierta para novedosos procesos de resistencia del estudiantado.

Sin desdeñar la importancia y pertinencia de otros temas tratados en el libro, éstos no dejan de ser una reafirmación de elementos ya planteados por esta corriente del movimiento estudiantil en otras obras. Ello, obviamente, no es óbice para que *La Universidad en conflicto* sea un libro necesario para desentrañar los mecanismos de adaptación de la universidad global en el creciente mercado del saber y seguir acumulando cursos y experiencias para la nueva onda de conflictos estudiantiles en marcha y que, esperemos, vuelva a hacer su aparición en nuestro país.

Joseba Fernández González

Democracia laica y religión pública

Rafael Díaz-Salazar. *Taurus*, Madrid, 2007.

Esta obra de un sociólogo de Madrid es una aportación importante, desde un punto de vista que se define como *cristiano laico*, al actual debate europeo sobre el lugar de las religiones en el espacio público. Su punto de partida es la constatación, por un pensador laico eminente, Jürgen Habermas, de que hemos entrado, en Europa y en el mundo, en una época “post-secular”, en la que las religiones son un hecho social público. La religión ha dejado de ser, desde hace tres decenios al menos, un asunto puramente “privado”, para ocupar un lugar eminente en el debate público.

Esta participación de las organizaciones religiosas en la esfera pública es legítima, a condición de que respete el laicismo del Estado y la autonomía del proceso legislativo democrático.

Sin embargo, recuerda el autor, varias fuerzas religiosas, de sensibilidad “neo-conservadora”, tanto en Estados Unidos como en Europa, quieren imponer al Estado sus concepciones normativas: es el caso de la derecha cristiana protestante en Estados Unidos, de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, y de los episcopados de España e Italia, que

no aceptan la autonomía del Estado y quieren imponer su idea de la “Verdad” contra las decisiones democráticas de la sociedad.

El autor ilustra el enfrentamiento entre dos concepciones opuestas de las relaciones entre valores morales y Estado democrático analizando el debate entre el cardenal Ratzinger y Jürgen Habermas –“el principal intelectual laico de Occidente”–; se trata no sólo de su controversia en Munich, en enero de 2004, publicada posteriormente, sino del conjunto de sus trabajos de los últimos años. Para el cardenal, adepto a una metafísica cristiana de la verdad, lo que está en juego es la defensa de la ley natural cristiana contra el “relativismo”: de ahí la exigencia de que el Estado reconozca como su fundamento los valores cristianos, es decir verdades que no son sometidas al consenso democrático. El filósofo, resueltamente “post-metafísico”, aboga por el contrario por un “republicanismo kantiano”, neutro en relación a las diferentes visiones del mundo en conflicto, tolerante y pluralista, fundado en la común aceptación del procedimiento democrático. El laicismo del Estado no significa, según Habermas, que el creyente deba abandonar sus convicciones ni que la religión deba desaparecer de la esfera pública (“privatización”), sino sencillamente el reconocimiento de un sistema de reglas democráticas.

En el último capítulo del libro, el autor defiende un *cristianismo laico*, que podría contribuir a la promoción de una cultura cívica, republicana y democrática, una cultura de la fraternidad. Cita sobre este tema a Jean Baubérot, para quien ciertas formas de cristianismo favorecen “la producción social del altruismo”, y a

Jürgen Habermas, para quien el cristianismo es una de las fuentes culturales de la solidaridad de los ciudadanos. Se refiere también a Alexis de Tocqueville, que habría puesto en evidencia el cristianismo democrático y republicano de Estados Unidos. Pero se puede uno preguntar si esta visión tocquevilliana no es un poco demasiado idílica: ¿no forman parte de la cultura político-religiosa norteamericana, desde el XIX siglo hasta nuestros días, las tendencias fundamentalistas y conservadoras del protestantismo americano, tan bien descritas por el autor?

¿Quiénes serían, hoy, los representantes de ese cristianismo laico, republicano y solidario? A propósito de Francia, el autor cita a Jacques Delors, Michel Rocard, Emmanuel Mounier, Simone Weil: un conjunto un poco demasiado heterogéneo... Más convincente es su análisis de las afinidades electivas entre el altermundialismo y las religiones de la liberación. El cristianismo de la liberación es una religión pública, muy presente en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, en el que el 68,5% de los participantes se definen como “religiosos”.

En conclusión, dos fuerzas se disputan el campo religioso: los neoconservadores de todas las confesiones, deseosos de imponer sus normas y sus valores a toda la sociedad, y los partidarios de la modernización religiosa, que proponen la recreación de tradiciones espirituales milenarias en el interior de culturas laicas. El futuro de la democracia laica en el mundo depende en gran medida del triunfo o del fracaso de la modernización religiosa.

Michael Löwy

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

C/ Limón, 20. Bajo ext. dcha. • 28015 Madrid • Tel y Fax: 91 559 00 91

Correo electrónico: vientosur@vientosur.info

Apellidos _____ Nombre _____
Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____
Localidad _____ Provincia _____
Región/Comunidad _____ C.P. _____ País / Estado _____
Teléfono _____ Móvil _____ Fax _____
Correo electrónico _____ NIF _____

SUSCRIPCIÓN NUEVA SUSCRIPCIÓN RENOVADA CÓDIGO AÑO ANTERIOR

MODALIDAD DE SUSCRIPCIÓN ANUAL (6 NÚMEROS)

ESTADO ESPAÑOL 40€

EXTRANJERO 70€

SUSCRIPCIÓN DE APOYO 80€

MODALIDAD DE ENVÍO

ENTREGA EN MANO

ENVÍO POR CORREO

MODALIDAD DE PAGO

TRANSFERENCIA (*)

DOMICILIACIÓN BANCARIA

DATOS BANCARIOS para INGRESO POR TRANSFERENCIA

Banco Santander. C/ Lehendakari Agirre, 6. 48330 - Lemoa (Bizkaia)

Número de cuenta: **0049 // 3498 // 24 // 2514006139** - IBAN: **ES68 0049 3498 2425 1400 6139**

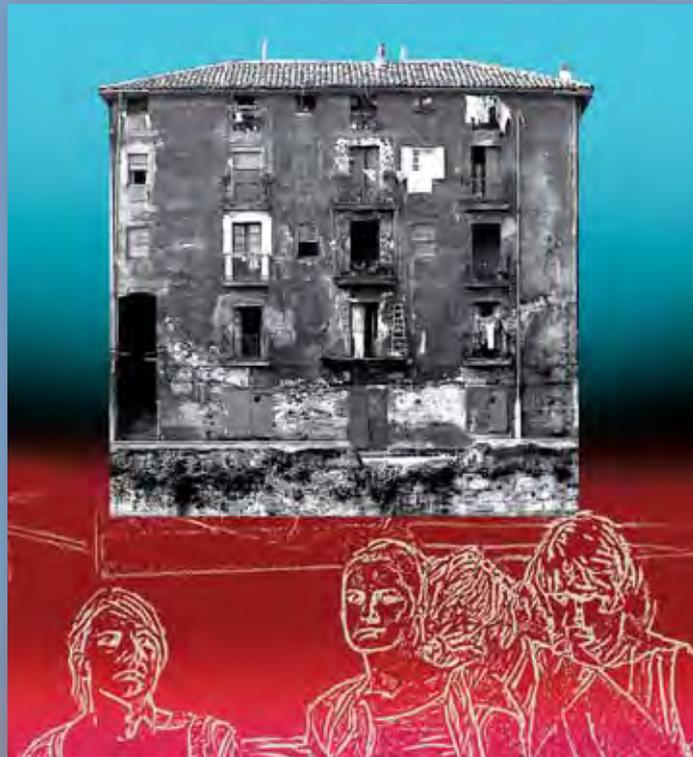
DOMICILIACIÓN BANCARIA - AUTORIZACIÓN DE PAGO (datos del titular de la cuenta)

Apellidos _____ Nombre _____
Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____
Localidad _____ Provincia _____
Región/Comunidad _____ C.P. _____ NIF _____

ENTIDAD _ _ _ _ OFICINA _ _ _ _ DÍGITO CONTROL _ _ _ _ NÚMERO CUENTA _ _ _ _ _

Fecha: _____ Firma: _____

Observaciones: (*) Comunicar los pagos por transferencia por medio de un correo a: vientosur@vientosur.info indicando oficina de origen, fecha y cantidad transferida.



*“...un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas”*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York